

The background of the cover is an impressionist painting. It depicts a landscape with a path leading towards a cluster of buildings. The style is characterized by visible brushstrokes and a vibrant, somewhat muted color palette of purples, yellows, and blues. The overall mood is serene and evocative of a summer scene.

Rosamunde
PILCHER

Al final del
verano

Lectulandia

La vida en California no es agradable para Jane. Su padre, guionista de cine, está continuamente ocupado en reuniones y fiestas. Jane extraña la casa de su abuela en Escocia, donde se crió, y a Sinclair, un primo del que ha estado enamorada desde que tiene memoria. Pronto descubre que su padre le ha ocultado deliberadamente varias cartas e invitaciones de su abuela. El regreso a Escocia será excitante y revelador.

Lectulandia

Rosamunde Pilcher

Al final del verano

ePub r1.0

viejo_oso 13.09.13

Título original: *The End of Summer*
Rosamunde Pilcher, 1971
Traducción: Rosario Solanet de Braun
Diseño de la cubierta: Eduardo Ruiz

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

Durante todo el verano habíamos tenido un tiempo nublado; el calor del sol no nos llegaba a causa de las brumas que avanzaban continuamente desde el Pacífico. Pero en septiembre, como generalmente sucede en California, las brumas empezaron a retirarse hacia el océano, formando en el horizonte una mancha alargada y oscura.

Tierra adentro, lejos de la costa, los árboles frutales, el maíz, las alcachofas y las calabazas se abrasaban bajo los rayos de sol. Las aldeas dormitaban azotadas por el calor, grises y polvorientas como un enjambre de polillas. Las praderas, ricas y fértiles, se extendían hacia el este sobre las colinas de Sierra Nevada, atravesadas por la gran autopista de Camino Real que, hacia el norte, lleva a San Francisco y, hacia el sur, a Los Ángeles, siempre atestada de automóviles.

Durante los meses de verano, la playa había estado desierta, ya que Reef Point se encontraba en un extremo y muy raras veces era frecuentada por el visitante de un solo día. El camino era inhóspito, incómodo e inseguro. Además, el centro turístico de La Carmella, con sus encantadoras calles flanqueadas de árboles, su exclusivo club campestre y sus limpiísimos moteles, se encontraba justo antes, así que cualquier persona con algo de sentido común, y unos dólares para gastar decidía quedarse allí. Sólo los más aventureros, los que estaban sin blanca o los locos por el surf se arriesgaban a recorrer el último kilómetro y llegaban con mucho esfuerzo por el sendero de tierra que conduce a esta gran bahía solitaria y azotada por los temporales.

Pero ahora, con el tiempo agradable y las enormes olas que llegaban a la playa, el lugar se llenaba de gente. Coches de todo tipo bajaban dando tumbos por la colina y aparcaban a la sombra de los cedros, trayendo gente que venía a pasar el día, excursionistas, aficionados al surf y familias enteras de *hippies* que, aburridos de San Francisco, avanzaban hacia el sur, a Nuevo México y el sol, como tantas aves migratorias. Los fines de semana llegaban los estudiantes universitarios de Santa Bárbara, en viejos descapotables y Volkswagen decorados con flores, repletos de latas de cerveza y tablas de surf de colores brillantes. Se instalaban en pequeños campings a lo largo de la playa y llenaban el aire de voces, risas y olor a bronceador.

Entonces, después de meses de estar casi solos, nos encontramos rodeados de gente y de actividades de todo tipo. Mi padre estaba muy ocupado porque tenía que terminar de escribir un guión y se le acababa el plazo, por lo que estaba de un humor terrible. Sin que se diera cuenta, bajé a la playa con provisiones (hamburguesas y Coca-Cola), un libro, una enorme toalla donde echarme y *Rusty* como compañía.

Rusty es un perro. Mi perro. Un bicho lanudo, de color marrón, de raza indeterminada, pero muy inteligente. Cuando nos mudamos a la cabaña, en primavera, no teníamos perro y *Rusty*, que nos espiaba, había decidido solucionarlo. Empezó a rondar por los alrededores de la casa. Lo perseguí, le grité, mi padre le

arrojó botas viejas, pero a pesar de todo volvía, incansable y sin ninguna malicia, esperaba sentado a unos metros del porche, moviendo la cola. Una cálida mañana sentí lástima de él y le puse un recipiente con agua fresca para beber. Se la tomó toda, se sentó y continuó moviendo la cola. Al día siguiente le di un hueso viejo que aceptó educadamente, se lo llevó, lo enterró y regresó a los cinco minutos para agradecermelo.

Mi padre salió de la casa y le arrojó una bota, pero con poca convicción. No era más que un intento de demostrar su superioridad, pero sin demasiado interés. *Rusty* se dio cuenta y se acercó un poco.

Le dije a mi padre:

—¿De quién crees que es?

—Quién sabe...

—Parece creer que es nuestro.

—Te equivocas. Cree que nosotros somos suyos.

—No parece fiero y tampoco huele mal.

Me miró por encima de la revista que estaba leyendo.

—¿Intentas decirme que quieres quedarte con este maldito animal?

—Sencillamente no veo la forma... no veo la forma de poder deshacernos de él.

—Podemos pegarle un tiro.

—Ni se te ocurra.

—Debe de tener pulgas. Nos llenará la casa de pulgas.

—Le compraré un collar antipulgas.

Mi padre me miró por encima de las gafas. Vi que estaba a punto de echarse a reír, así que le dije:

—Por favor. ¿Por qué no? Me hará compañía cuando no estés.

Respondió:

—De acuerdo.

Entonces me puse unos zapatos, llamé al perro con un silbido y caminé con él colina arriba hasta La Carmella, donde había un veterinario. Allí esperé, en una habitación pequeña, junto con otros dueños que acompañaban a sus mimados perritos o gatos siameses. Finalmente me hicieron pasar, el veterinario revisó a *Rusty* y declaró que estaba bien, le puso una inyección y me indicó dónde podía comprar un collar antipulgas. Pagué, salí, compré un collar antipulgas y volví a casa. Cuando entramos mi padre continuaba leyendo la revista. El perro entró educadamente, permaneció de pie un momento como esperando a que le indicaran que se sentara, y finalmente se acomodó en la vieja alfombra, frente a la chimenea.

Mi padre preguntó:

—¿Cómo se llama?

—*Rusty* —respondí, porque había tenido una bolsa con forma de perro para

guardar el camisón que se llamaba *Rusty*; y porque fue el primer nombre que me pasó por la cabeza.

Rusty no tuvo ningún problema en adaptarse a la familia, ya que parecía como si siempre hubiese formado parte de ella. Me acompañaba a todas partes. Le encantaba la playa y constantemente descubría espléndidos tesoros enterrados que traía a casa para que los admiráramos. Restos flotantes, botellas de plástico, largas tiras de algas marinas. Y a veces, cosas que evidentemente no había desenterrado. Una zapatilla nueva, una toalla de colores brillantes y hasta una pelota de playa pinchada, que mi padre tuvo que reponer después de buscar por todos lados al pequeño y lloriqueante propietario. También le gustaba nadar, y siempre se empeñaba en acompañarme; a pesar de que yo podía nadar mucho más rápido y mucho más lejos que él, siempre acababa persiguiéndome. No podía esperar que se rindiese, porque nunca se daba por vencido.

Aquel día, un domingo, lo pasamos en la playa. Mi padre, una vez cumplido el plazo, había ido a Los Ángeles a entregar el guión en persona y *Rusty* y yo nos habíamos quedado haciéndonos compañía mutuamente, zambulléndonos en el mar toda la tarde, recogiendo conchas y jugando con un palo. Pero empezaba a refrescar, así que me puse algo de ropa y permanecimos sentados uno al lado del otro, frente al sol dorado que se ponía, casi cegándonos, mientras observábamos a los jóvenes surfistas.

Habían estado practicando todo el día, pero parecían incansables. Arrodillados sobre las tablas, remaban mar adentro, cruzaban la rompiente y llegaban a la zona donde el agua era más tranquila y verde. Allí esperaban, pacientes, balanceándose sobre el horizonte como cormoranes, y aguardaban a que las olas se formaran, crecieran y finalmente rompieran. Elegían una ola, se ponían de pie a medida que ésta formaba una curva ascendente, se encrespaba y su borde daba un fulgor blanco, y al tiempo que se enroscaba y rompía, los jóvenes avanzaban, montados sobre ella, ejemplo de equilibrio y de esa arrogancia que otorga la juventud. Montaban sobre la ola hasta que ésta llegaba a la arena; después bajaban con indiferencia, cogían la tabla y regresaban al mar, ya que el credo del surfista es que en cualquier momento puede venir una ola más grande. El sol se estaba poniendo y en seguida iba a oscurecer, así que no había tiempo que perder.

Un joven me había llamado la atención. Era rubio, con el cabello al estilo militar, estaba muy moreno y llevaba bermudas del mismo azul brillante que la tabla. Practicaba el surf maravillosamente bien, con un estilo y un donaire que hacía que los demás parecieran torpes aficionados. Pero ahora, mientras lo observaba, parecía haber decidido dar por terminada la jornada, ya que montó sobre una última ola, llegó a la playa con habilidad, bajó de la tabla y, tras una última mirada hacia el mar rosado de la tarde, se volvió, cogió la tabla y comenzó a caminar sobre la arena.

Miré hacia otro lado. Él pasó junto a mí y siguió caminando unos metros hasta una pila de ropa cuidadosamente doblada que lo estaba esperando. Dejó caer la tabla y cogió una camiseta vieja de encima de la pila. Miré otra vez hacia él, y cuando su cabeza asomó por el cuello de la camiseta, me miró también. Durante un momento sostuvimos las miradas.

Parecía divertido. Dijo:

—Hola.

—Hola.

Se acomodó la camiseta sobre las caderas añadió:

—¿Quieres un cigarrillo?

—Bueno.

Se agachó, sacó un paquete de Lucky Strike y un encendedor de un bolsillo y avanzó sobre la arena hasta donde yo estaba sentada; extrajo de un golpecito un cigarrillo para mí y otro para él, los encendió y se recostó junto a mí, apoyado sobre los codos. Tenía arena en las piernas, el cuello y el cabello; sus ojos eran azules y con esa apariencia de limpieza que aún se puede encontrar en los campus de las universidades norteamericanas. Dijo:

—Has estado sentada aquí toda la tarde. Quiero decir, cuando no estabas nadando.

—Lo sé.

—¿Y por qué no te has unido a nosotros?

—Porque no tengo tabla.

—Pero podrías intentar conseguir una.

—No tengo dinero.

—Pues pídelo prestado.

—No conozco a nadie que me la pueda prestar. El joven frunció el entrecejo.

—Eres inglesa, ¿no?

—Sí.

—¿Estás de visita?

—No, vivo aquí.

—¿En Reef Point?

—Sí.

Hice un ademán con la cabeza para señalar la hilera de cabañas desteñidas que se podían ver por encima de las dunas.

—¿Cómo has llegado a parar aquí?

—Alquilamos una cabaña.

—¿Quiénes?

—Mi padre y yo.

—¿Y cuánto hace que vivís aquí?

—Desde la primavera.

—Pero, ¿no pensarás quedarte aquí todo el invierno?

Era una afirmación más que una pregunta. Nadie se quedaba en Reef Point en invierno. Las casas no estaban preparadas para soportar las tormentas, el camino de acceso se hacía intransitable, el viento derribaba las líneas telefónicas y la electricidad fallaba.

—Pues creo que sí. A menos que decidamos mudarnos.

Volvió a fruncir el entrecejo.

—¿Sois *hippies* o algo por el estilo?

Consciente de mi aspecto en ese momento, no le reproché que me hiciera esa pregunta.

—No. Mi padre escribe guiones para películas o para la televisión. Odia tanto Los Ángeles que se niega a vivir allí, así que... alquilamos esta cabaña.

Parecía intrigado.

—¿Y qué haces tú?

Cogí un puñado de arena y la dejé caer, gruesa y gris, entre los dedos.

—No demasiado. Compró la comida, vació el cubo de la basura y trato de mantener la casa sin arena.

—¿Ése es tu perro?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—*Rusty*.

—*Rusty*. ¡Eh, *Rusty*, ven!

Rusty hizo un movimiento hacia adelante, inclinó la cabeza como haciendo una reverencia y luego continuó contemplando el mar. Para compensar esta falta de modales, pregunté:

—¿Eres de Santa Bárbara?

—Sí. —Pero el joven no quería hablar de sí mismo—. ¿Cuánto tiempo hace que vives en los Estados Unidos? Aún tienes un acento terriblemente británico.

Sonreí con cortesía ante una broma que había oído ya montones de veces.

—Desde que tenía catorce años. Hace siete.

—¿En California?

—En muchos sitios. En Nueva York, Chicago, San Francisco...

—¿Tú padre es norteamericano?

—No, pero le gusta vivir aquí. La primera vez vinimos porque había escrito una novela que un estudio cinematográfico compró, y él tuvo que ir a Hollywood para escribir el guión.

—¿Me tomas el pelo? ¿Lo conozco? ¿Cómo se llama?

—Rufus Marsh.

—¿Quieres decir *Alta como la mañana*? —Asentí—. ¡Vaya! Lo leí de cabo a rabo cuando todavía estaba en la escuela secundaria. Obtuve toda mi educación sexual a partir de ese libro.

Me miró con interés renovado y pensé que siempre sucedía lo mismo. Eran simpáticos y bastante amables pero nunca se interesaban de verdad hasta que se sacaba a colación *Alta como la mañana*. Supongo que tenía que ver con mi aspecto, ya que tengo unos ojos pálidos e inexpresivos, unas pestañas totalmente descoloridas y un rostro que no se broncea sino que más bien se llena de centenares de enormes pecas. Aparte de esto, soy demasiado alta como mujer y se me marcan todos los huesos de la cara.

—Debe de ser un hombre muy interesante.

Una nueva expresión le había invadido el rostro y parecía desconcertado y lleno de preguntas que, obviamente, por educación no iba a formular. «Si eres la hija de Rufus Marsh, ¿cómo es que estás sentada en esta playa olvidada, en esta apartada región de California y llevas pantalones remendados y una camisa de hombre que debería estar en una trapería desde hace años, y ni siquiera tienes dinero para comprarte una tabla de surf?».

En cambio, dijo, siguiendo con exactitud ridícula la línea de mis propios pensamientos:

—¿Qué clase de hombre es? Quiero decir, además de ser tu padre.

—No lo sé.

Nunca podía describirlo, ni siquiera para mí misma. Cogí otro puñado de arena, lo dejé escurrir hasta formar una montaña en miniatura, hundí el cigarrillo en la cima y formé un pequeño cráter, un volcán enano, donde la colilla hacía de núcleo humeante. Un hombre que siempre tiene que estar en movimiento. Un hombre que hace amigos con facilidad y los pierde al día siguiente. Un hombre pendenciero, discutidor, con el talento de un genio, pero demasiado confundido por los pequeños problemas de la vida cotidiana. Un hombre que puede encantarte y sacarte de quicio. Un hombre paradójico. Repetí:

—No lo sé. —Y me di la vuelta para mirar al muchacho que se encontraba a mi lado. Era agradable—. Te invitaría a casa a tomar una cerveza, para que lo conocieras personalmente y así pudieses juzgar por ti mismo. Pero está en Los Ángeles y no volverá hasta mañana por la mañana.

Escuchó mis palabras pensativo, rascándose la parte posterior de la cabeza, con lo que provocaba una pequeña tormenta de arena.

—Ya sé —dijo—. Volveré el fin de semana que viene, si el tiempo se mantiene bueno.

Sonreí.

—¿Ah, sí?

—Y te buscaré por aquí.

—Muy bien.

—Traeré una tabla de más y así podrás hacer, surf.

Repuse:

—No hace falta que me sobornes.

Fingió estar ofendido.

—¿Qué quieres decir con eso de sobornarte?

—Te llevaré a que lo conozcas el fin de semana que viene. Le gusta recibir la visita de gente nueva.

—No estaba intentando sobornarte. Te lo aseguro.

Cedí, Después de todo, quería hacer surf, así que dije:

—Lo sé.

Sonrió y apagó el cigarrillo. El sol se hundía bajo la línea del mar, tomando forma y color cada vez más parecidos a una enorme calabaza. El joven se sentó, se restregó los ojos cegados por tanta luz, bostezó suavemente y se estiró. Dijo:

—Tengo que irme. —Se puso de pie, vaciló un momento y permaneció junto a mí. Su sombra parecía alargarse sin fin—. Bueno, adiós.

—Adiós.

—Nos vemos el próximo domingo.

—Muy bien.

—Es una cita. No lo olvides.

—No lo haré.

Se volvió, caminó un poco y se detuvo para recoger el resto de sus cosas. Se volvió de nuevo y esbozó un último saludo antes de irse atravesando toda la playa hacia el sendero, flanqueado por viejos cedros cubiertos de arena, que llevaba a la carretera.

Lo observé mientras se alejaba y caí en la cuenta de que ni siquiera sabía su nombre. Y, lo que todavía era peor, tampoco se había molestado en preguntarme el mío. Era sólo la hija de Rufus Marsh. Pero quizá el domingo siguiente, si el tiempo continuaba apacible, volverla. Si no cambiaba el tiempo. Era algo que siempre esperábamos con interés.

Capítulo 2

Sam Carter era el responsable de que viviésemos en Reef Point. Sam era el representante de mi padre en Los Ángeles y, en un momento de absoluta desesperación, se ofreció para buscarnos algo barato donde vivir, ya que mi padre no iba a ser capaz de escribir una sola palabra vendible mientras viviese en Los Ángeles, por ser completamente incompatible con esta ciudad. En consecuencia, Sam corría peligro de perder dos cosas importantes: clientes y dinero.

—Hay un lugar llamado Reef Point —había dicho Sam—. Es un pueblo perdido, pero realmente tranquilo..., de una paz absoluta —añadió, evocando imágenes de algo parecido a un paraíso pintado por Gauguin.

Entonces alquilamos la cabaña; cargamos todas nuestras pertenencias (que eran más bien pocas) en el viejo y destartado Dodge de papá y llegamos aquí, dejando atrás la contaminación y el estrés de Los Ángeles, excitados como niños que perciben por primera vez el olor del mar.

Al principio fue muy emocionante. Después de vivir en la ciudad, era una maravilla despertarse con el canto de las aves marinas y el eterno ronroneo del mar. Era agradable caminar sobre la arena al amanecer y contemplar la salida del sol por detrás de las colinas; tender unas sábanas recién lavadas y observar cómo el viento marino las mecía e hinchaba como si se tratase de velas nuevas. El trabajo doméstico era simple a la fuerza. De todas formas, yo nunca había sido una gran ama de casa y en Reef Point sólo había una tienda pequeña —un colmado— que mi abuela habría llamado un cajón de sastre, ya que allí se vendía de todo: permisos de armas, ropa, comida congelada o paquetes de Kleenex. La regentaban Bill y Myrtle, con poco entusiasmo, como por pasar el tiempo, ya que nunca tenían verdura ni fruta fresca, ni pollo, ni huevos, es decir, el tipo de artículos que me habría gustado comprar. Sin embargo, pasado el verano nos llegó a gustar la carne con chile enlatada, la pizza congelada y los diferentes tipos de helado que a Myrtle obviamente le encantaban, ya que era desproporcionadamente gorda. Tenía grandes caderas y unos muslos que parecían a punto de hacer estallar los vaqueros, y sus brazos como jamones quedaban totalmente expuestos con esas blusas sin mangas que le gustaba tanto llevar.

Pero ahora, después de seis meses en Reef Point, me estaba empezando a sentir inquieta. ¿Hasta cuándo iba a durar el buen tiempo? Se mantendría un mes más, quizá. Y luego las tormentas arreciarían con gran intensidad, oscurecería más temprano, llegarían la lluvia, el barro y el viento. La cabaña no tenía ningún tipo de calefacción central, sólo disponía de un hogar enorme en el comedor que consumía leña a una velocidad alarmante. Me habría gustado tener un cubo de carbón, pero no había carbón. Cada vez que volvía de la playa, arrastraba un palo o una rama, como una exploradora, y los sumaba a la pila que había en el porche trasero. La pila estaba

adquiriendo unas dimensiones inmensas, pero yo sabía que cuando de verdad necesitáramos la leña, no habría tiempo para buscar más.

La cabaña estaba ubicada justo encima de la playa y una pequeña duna era su única protección contra los vientos marinos. Era una construcción de madera descolorida, levantada sobre pilares, de forma que un par de escalones llevaban a los porches delantero y trasero. Tenía un gran comedor con unos ventanales que daban al mar, una estrecha cocina, un baño con ducha y dos habitaciones, una grande donde dormía mi padre, y otra más pequeña, con una litera quizá destinada a un niño o a algún pariente lejano, donde dormía yo. Los muebles eran de ese estilo deprimente de las cabañas de verano, obviamente desechados de otras casas más grandes. La cama de mi padre era una monstruosidad de bronce y tenía muelles que chirriaban cada vez que se daba la vuelta. En mi habitación había un espejo con adornos dorados que parecía provenir de un burdel de la época victoriana, en el cual mi imagen se reflejaba como la de una mujer vencida y llena de manchas negras.

No es que el comedor fuese mucho mejor. Los sillones estaban hundidos y llenos de parches gastados que no lograban ocultarse bajo las cubiertas de ganchillo. La alfombra, frente al hogar, tenía un agujero y en las sillas rellenas de crin los pelos de caballo luchaban por asomarse. Había sólo una mesa, uno de cuyos extremos estaba ocupado por los papeles de mi padre, que la usaba como escritorio, por lo que nos veíamos obligados a comer apretujados en el otro. Lo mejor de la casa era el sofá que había bajo la ventana, que ocupaba toda la anchura de la habitación; estaba relleno de espuma y cubierto de mantas confortables y almohadones, y era tan agradable como el viejo sillón de un cuarto de niños, especialmente cuando deseaba acurrucarme y leer, o contemplar la puesta de sol, o simplemente pensar.

Pero era un lugar solitario. Por la noche, el viento golpeaba las ventanas y se colaba por los resquicios, y los dormitorios se llenaban de extraños susurros y crujidos, como si la casa fuera un barco en alta mar. Cuando mi padre estaba allí no me importaba, pero cuando me quedaba sola, mi imaginación —inspirada por las historias de violencia narradas en las columnas de los periódicos locales— en seguida comenzaba a trabajar. La cabaña era frágil, ya que ninguno de los cerrojos podría detener a un intruso resuelto a entrar, y ahora que ya había pasado el verano y todos los ocupantes de las demás cabañas habían vuelto a sus hogares, estaba completamente aislada. Incluso Myrtle y Bill se encontraban a unos cuatrocientos metros, y la línea telefónica era colectiva y no siempre funcionaba bien. Lo mirara por donde lo mirara, era mejor no pensar en ello.

Nunca le confesé a mi padre estos temores, ya que, después de todo, él tenía que trabajar. Además, era un hombre muy perspicaz y estoy segura de que sabía que yo era capaz de superar un estado de nervios; ésta era una de las razones por las que me había permitido quedarme con *Rusty*.

Aquella tarde, después de pasar el día en la playa llena de gente bajo el sol y del encuentro con el joven estudiante de Santa Bárbara, la cabaña parecía aún más solitaria.

El sol ya se había deslizado por debajo de la línea del horizonte, se había levantado una suave brisa y muy pronto estaría todo oscuro. Encendí el fuego para sentirme más acompañada y me di una ducha caliente, me lavé el pelo, me envolví en una toalla y me dirigí a mi habitación para buscar unos vaqueros limpios y un viejo suéter blanco que había sido de mi padre antes de que se encogiera de tanto lavarlo.

Bajo el espejo de burdel había una cómoda barnizada que hacía la función de tocador, y sobre la cual (al no haber más sitio) había puesto unas fotografías. Tenía muchas y ocupaban mucho espacio, pero en general no les prestaba demasiada atención. Aquella tarde era diferente y, mientras me desenredaba el cabello mojado, las estudié una por una, como si pertenecieran a una persona que apenas conocía y mostraran lugares que nunca había visto.

Había un retrato de mi madre enmarcado en plata. Se veían sus hombros desnudos, tenía el cabello recién peinado y lucía unos pendientes de diamantes. Me encantaba esa fotografía, pero no era así cómo recordaba a mi madre. Ésta era mejor: la ampliación de una foto en una excursión, con una falda escocesa y sentada sobre el brezo, que le llegaba hasta la cintura. Reía como si algo ridículo estuviera a punto de suceder. Y luego tenía una colección, más que un montaje, con la que había llenado ambos lados de un gran portarretratos de cuero. Elvie, la vieja casa blanca rodeada de alerces y pinos, la colina detrás, el brillo del lago en un extremo del jardín, el muelle y el viejo bote de madera que utilizábamos cuando salíamos a pescar truchas. Y mi abuela, junto a uno de los ventanales abiertos y con las consabidas tijeras de podar en la mano. Y una postal muy alegre del lago de Elvie que había comprado en la oficina de correos de Thrumbo. Y otra excursión con mis padres, con el viejo coche al fondo y un perro de aguas gordo, marrón y blanco, sentado junto a los pies de mi madre.

Y también había fotos de mi primo Sinclair. A docenas. Sinclair con su primera trucha; Sinclair con su falda escocesa, preparado para alguna salida. Sinclair con una camisa blanca, capitán del equipo de críquet en la escuela primaria. Sinclair esquiendo; apoyado en su coche; con un gorro de papel en alguna fiesta de fin de año y con aspecto de ebrio (tenía un brazo alrededor de una hermosa morena, pero yo había colocado las fotos de forma que ella no se viera).

Sinclair era hijo del hermano de mi madre, Aylwyn, que se había casado demasiado joven, según decían todos, con una muchacha llamada Silvia. La desaprobación de la familia, por desgracia, demostró estar bien fundada ya que, en cuanto tuvo el bebé, la madre los abandonó a los dos para irse a vivir con un administrador de fincas de Mallorca. Tras el golpe inicial, todos coincidieron en que era lo mejor que podía haber sucedido, sobre todo para Sinclair, que fue entregado a

su abuela y criado en Elvie en un ambiente muy feliz. Parecía, al menos para mí, tener siempre lo mejor de todo.

No recuerdo nada de su padre, el tío Aylwyn. Cuando yo era muy pequeña se fue a Canadá y probablemente volvía de vez en cuando para visitar a su madre y a su hijo, pero nunca fue a Elvie estando nosotros allí. Mi único interés hacia él era la posibilidad de que me enviara un penacho de piel roja. Durante todos esos años, se lo sugerí al menos un centenar de veces, pero sin ningún resultado.

De modo que Sinclair era virtualmente el hijo de mi abuela. Y no puedo recordar ningún momento de mi vida en que no estuviera más o menos enamorada de él. Era seis años mayor que yo y, por lo tanto, el consejero de mi infancia, inmensamente sabio e infinitamente valiente. Me enseñó a atar el anzuelo al sedal, a columpiarme en su trapecio, a lanzar una pelota de críquet. Nadábamos y viajábamos en trineo juntos, encendíamos fogatas sin permiso, jugábamos a los piratas en un viejo bote agujereado, y construimos una cabaña en lo alto de un árbol.

Cuando llegué a los Estados Unidos, le escribía con regularidad, pero empecé a desilusionarme porque no me respondía. Pronto la correspondencia se redujo a tarjetas de Navidad o una nota escrita de prisa para un cumpleaños; sólo recibía noticias de él a través de mi abuela; también gracias a ella tengo la fotografía de la fiesta de fin de año.

Cuando murió mi madre, y como si encargarse de Sinclair no fuera suficiente, mi abuela se ofreció para cuidarme a mí también.

—Rufus, ¿por qué no dejas a la niña conmigo?

Lo dijo de vuelta a Elvie tras el funeral, dejando de lado el dolor para poder hablar sobre el futuro, con ese sentido práctico que la caracterizaba. Yo no debía estar escuchando, pero estaba allí, en la escalera, y las voces se oían con toda claridad a través de la puerta cerrada de la biblioteca.

—Porque un niño bajo tu responsabilidad es más que suficiente.

—Pero me encantaría tener a Jane... y ella también me haría compañía.

—Eres un poco egoísta, ¿no?

—No lo creo. Rufus, es su vida y deberías pensar en su futuro...

Mi padre profirió una grosería. Me sentí horrorizada, no por la palabra en sí, sino por a quién iba dirigida. Me pregunté si no estaría algo ebrio...

Mi abuela, con su estilo tan femenino, lo pasó por alto y continuó, pero en un tono más seco, como siempre hacía cuando comenzaba a enfadarse.

—Acabas de decir que te irás a los Estados Unidos para escribir un guión basado en tu novela. No puedes arrastrar a una niña de catorce años por Hollywood.

—¿Por qué no?

—¿Y qué va a pasar con su educación?

—Hay colegios en los Estados Unidos.

—Sería tan fácil tenerla aquí... Sólo hasta que te instales, hasta que encuentres un lugar donde vivir.

Mi padre empujó la silla hacia atrás. Oí sus pasos sobre el suelo.

—Y entonces, ¿la mando a buscar y tú la pones en el primer avión?

—Por supuesto.

—No va a funcionar, lo sabes.

—¿Pero por qué no iba a funcionar?

—Porque si dejas a Jane aquí contigo durante un tiempo, Elvie pasará a ser su hogar y nunca querrá dejarlo. Sabes que prefiere estar en Elvie más que en cualquier otro lugar del mundo.

—Entonces, por su bien...

—Por su bien, me la llevo conmigo.

Siguió un largo silencio. Después mi abuela comenzó a hablar nuevamente:

—Ésa no es la única razón, Rufus, ¿verdad?

Él dudó, como si quisiera evitar ofenderla.

—No —dijo finalmente.

—Cualquiera que sea el motivo, sigo creyendo que cometes un grave error.

—En caso de que así sea, es mi error. Del mismo modo que Jane es mi hija y se va a quedar conmigo.

Ya había escuchado bastante. Me puse en pie y subí atropelladamente la escalera oscura. Llegué a mi habitación, me eché en la cama boca abajo y rompí a llorar porque me marchaba de Elvie, porque no volvería a ver a Sinclair y porque las dos personas que más quería en el mundo se estaban peleando por mí.

Escribí muchas cartas y, por supuesto, mi abuela me iba respondiendo, de forma que todos los sonidos y olores de Elvie seguían llegando, encerrados en cada carta. Después de un tiempo me escribió:

¿Por qué no vuelves a Escocia? Al menos para pasar unas cortas vacaciones, de un mes. Te echamos mucho de menos y hay tantas cosas que tienes que ver... He plantado más rosales en el jardín, y Sinclair también estará aquí en agosto... Tiene un pequeño apartamento en Earls Court, donde me invitó a almorzar la última vez que fui a Londres. Si tienes algún problema con el pasaje, sabes que no tienes más que decírmelo y haré que el señor Bembridge, de la agencia de viajes, te mande uno. Coméntaselo a tu padre.

La idea de Elvie en agosto, y con Sinclair, era casi irresistible, pero no podía decirle nada a mi padre porque había oído aquella conversación agitada aquel día, en la biblioteca, y creía que no me dejaría ir.

Además, nunca parecía llegar el momento o la oportunidad de viajar a casa. Éramos como nómadas: llegábamos a un lugar, y en cuanto nos instalábamos ya debíamos mudarnos a otro. A veces teníamos mucho dinero, pero con más frecuencia estábamos sin un céntimo. Mi padre, sin el control de mi madre, gastaba el dinero a manos llenas. Vivimos en mansiones de Hollywood, en moteles, en apartamentos de la Quinta Avenida, en albergues miserables. Al cabo de unos años tenía la sensación de haber pasado toda la vida viajando por los Estados Unidos y de que nunca podríamos instalarnos definitivamente en ningún lugar. El recuerdo de Elvie se desvanecía y parecía irreal, como si las aguas del lago hubiesen crecido e inundado todo el lugar; tenía que hacer esfuerzos para convencerme de que todavía seguía allí, lleno de seres humanos que eran parte de mí y que yo amaba, que no se habían hundido ni habían desaparecido para siempre en las turbias y profundas aguas de alguna terrible catástrofe.

Rusty empezó a gemir a mis pies. Asombrada, lo miré; tan lejos habían estado mis pensamientos, que durante un momento me costó dilucidar quién era y qué estaba haciendo. Después, como en una película que se hubiese atascado en la mitad, la maquinaria volvió a funcionar y la vida diaria entró de nuevo en escena. De pronto me di cuenta de que tenía el cabello casi seco y de que *Rusty* tenía hambre y quería comer y, lo que era más importante, que a mí me sucedía lo mismo. Así que dejé el peine, aparté Elvie de mi mente, puse más leña al fuego y eché un vistazo al congelador para ver qué podíamos cenar.

Eran casi las nueve cuando oí el ruido de un motor que bajaba por el camino que venía de La Carmella. Lo oí porque avanzaba en primera, como todos los coches que pasaban por ese camino, y porque estaba sola y tenía todos los sentidos alerta para captar el más mínimo sonido extraño.

Estaba leyendo un libro, precisamente volviendo una hoja, pero me quedé helada y agucé el oído. *Rusty* también lo oyó; se sentó y permaneció muy quieto, como si no quisiera alterar nada. Juntos, escuchamos. Un leño se movió en el fuego, el mar tronaba en la lejanía. El coche continuaba bajando por la colina.

Pensé: «Deben de ser Myrtle y Bill. Habrán ido al cine, en La Carmella». Pero el coche no se detuvo en su tienda. Continuó avanzando en primera, pasó el bosquecillo de cedros, donde los que venían de excursión aparcaban los coches, y siguió por el camino solitario que sólo llevaba a la cabaña.

¿Mi padre? Pero no tenía previsto volver hasta el día siguiente por la noche. ¿El muchacho que he conocido hoy, que viene a tomar una cerveza? ¿Un vagabundo? ¿Un preso que se ha fugado de la cárcel? ¿Un maniaco sexual...?

Me puse de pie, dejé caer el libro sobre la alfombra y corrí a revisar los cerrojos de las puertas. Estaban cerradas, pero no había cortinas en la cabaña y cualquiera

podía verme sin ser visto. En un ataque de pánico, corrí a apagar las luces, pero el fuego todavía resplandecía y llenaba el comedor de luz brillante... iluminaba las paredes y los muebles, y daba a las viejas sillas un aspecto triste y amenazador.

Dos faros rasgaron de pronto la oscuridad exterior. Pude ver el coche, que se acercaba despacio, tropezando con los baches del camino. Dejó atrás la última cabaña vacía, junto a la nuestra, y continuó lentamente hasta detenerse justo al lado del porche posterior. Y no era mi padre.

Llamé a *Rusty* en voz baja para palpar su cálido pelo tostado y para sentirme más segura con el tacto de su collar. Los gruñidos luchaban por salir del fondo de su garganta, pero no ladró. Juntos oímos cómo se apagaba el motor, se abría la puerta y luego se cerraba de un golpe. Hubo silencio por un momento. Después, unos pasos que se acercaban suavemente sobre la arena, entre el porche posterior y el camino, y en el instante siguiente, alguien llamaba a la puerta.

Me quedé sin aliento, pero fue el detonante para que *Rusty* se soltara y corriera ladrando para alcanzar a quien fuera.

—¡*Rusty!* —Fui detrás de él, pero seguía ladrando—. ¡*Rusty*, basta... *Rusty!*

Lo cogí por el collar y lo alejé de la puerta, pero continuaba ladrando, y me pareció que daba la sensación de ser tan grande y tan feroz, que quizá era lo mejor que podía haber pasado.

Traté de dominarme y le di un cachete para que se callara. Mi sombra provocada por el fuego bailaba en la puerta cerrada.

Tragué saliva, respiré hondo y pregunté, con la voz más firme y clara que pude sacar:

—¿Quién es?

Un hombre respondió.

—Lamento molestarla, pero estoy buscando la casa del señor Marsh.

¿Un amigo de mi padre? ¿O sólo un truco para entrar? Dudé.

El extraño habló de nuevo.

—¿Es ésta la casa de Rufus Marsh?

—Sí.

—¿Está aquí en este momento?

¿Otro truco?

—¿Por qué? —dije.

—Bueno, me han dicho que podría encontrarlo aquí. —Aún estaba tratando de decidir qué hacer cuando él añadió, en un tono de voz diferente—: ¿Eres Jane?

El mejor método para hacer que las garras de una gata asustada vuelvan a su estado normal es llamarla por su nombre. Además, había algo en su voz... aunque llegara apagada a través de la puerta cerrada... algo...

Dije:

—Sí.

—¿Está tu padre?

—No, está en Los Ángeles. ¿Quién es usted?

—Me llamo David Stewart... Parece... que es bastante difícil hablar con una puerta por medio...

Pero antes de que continuase hablando yo ya había quitado el cerrojo y abierto la puerta. Lo hice inconscientemente, por la forma en que había dicho su nombre: Stewart. A los norteamericanos, sin duda, les cuesta mucho pronunciarlo... «Stuwart», dicen. Pero él había dicho «Stewart», tal como lo habría pronunciado mi abuela, y por lo tanto, no era norteamericano; venía de casa. Y, con un nombre así, probablemente venía de Escocia.

Supongo que en un principio imaginé que iba a reconocerlo inmediatamente, pero de hecho no lo había visto en mi vida. Estaba de pie frente a mí, con los faros del coche todavía encendidos detrás de él; la luz del fuego me dejaba ver su rostro. Llevaba gafas de concha y era alto... más alto que yo. Nos miramos durante unos segundos, él parecía sorprendido por mi cambio de actitud, y de repente me sentí invadida por una oleada de furia. Nada me hace enfurecer tanto como sentir miedo, y había estado aterrada.

—¿Qué desea, para llegar a hurtadillas en plena noche...?

Mi voz sonaba chillona y algo fuera de control, incluso para mí.

Respondió con lógica.

—Son sólo las nueve, y no tenía la intención de esconderme de nadie.

—Podía haber llamado por teléfono y avisar que venía.

—No he encontrado el número en la guía. —No había hecho ningún ademán para entrar. *Rusty* aún miraba desde atrás—. Y no tenía idea de que estarías sola; si lo hubiese sabido habría venido otro día.

Estaba empezando a calmarme y me sentí algo avergonzada por mi actitud.

—Bueno... ahora que está aquí, será mejor que entre.

Di un paso atrás y alcancé el interruptor. La habitación se llenó de luz eléctrica, fría y brillante.

Pero él dudó.

—¿No quieres que te enseñe algún documento..., quiero decir, la tarjeta de crédito o el pasaporte?

Lo miré fijamente y me pareció vislumbrar un brillo de ironía tras sus gafas; me pregunté qué le resultaba tan divertido.

—Si viviese aquí, como yo, tampoco le habría abierto la puerta a ningún extraño merodeador.

—Bueno, antes de que el extraño merodeador entre, quizá será mejor que apague las luces de su coche. Las he dejado encendidas para poder ver por dónde caminaba.

Sin esperar la respuesta mordaz que me hubiese encantado pronunciar, volvió a salir. Dejé la puerta abierta, me dirigí al fuego para añadir otro leño y me di cuenta de que me temblaban las manos y de que mi corazón latía como un tambor. Estiré la alfombra, eché el hueso de *Rusty* bajo una silla e iba a encender un cigarrillo cuando él entró en la cabaña, cerrando la puerta tras de sí.

Me volví para mirarlo. Tenía la piel muy clara y el cabello completamente negro, combinación muy típica de los habitantes de los Highlands. Era delgado y tenía aspecto de intelectual, por la angulosidad de su cara y la falta de armonía en su modo de vestir. Llevaba un traje de paño liso, un poco gastado en los codos, las rodillas y los ojales, una camisa escocesa marrón y blanca y una corbata color verde oscuro. Parecía un profesor de alguna ciencia extraña. Era imposible adivinar su edad: podía tener entre treinta y cincuenta años.

—¿Te sientes mejor? —me preguntó.

—Estoy bien —respondí, pero me seguía temblando la mano y él se dio cuenta.

—No te iría mal un traguito de algo.

—No sé si habrá alguna bebida en la casa.

—¿Dónde puede haber?

—Tal vez allí, junto a la ventana...

Avanzó y abrió el armario; rebuscó unos segundos y volvió con la manga de la chaqueta llena de pelusa y un cuarto de botella de Haig en la mano.

—Esto es perfecto. Ahora sólo nos hace falta un vaso.

Fui a la cocina y volví con dos vasos, una jarra de agua y la cubitera de hielo, que había sacado del congelador; lo observé mientras servía las copas. Se veían sospechosamente oscuras. Dije:

—No me gusta el whisky.

—Considéralo una medicina.

Me alcanzó el vaso.

—No me gusta sentirme abrumada.

—Tranquila, ya verás qué bien te sienta.

Y era verdad. El whisky tenía un sabor amargo y resultó maravillosamente reconfortante. Un poco avergonzada por haber actuado como una tonta, sonreí, vacilante.

Él también sonrió.

—¿Por qué no nos sentamos?

Nos sentamos; yo en la alfombra, y él en el borde del sillón de mi padre, con las manos sobre la rodillas y el vaso en el suelo, entre los pies. Dijo:

—Por curiosidad, ¿qué te ha hecho abrir la puerta tan de repente?

—La manera en que ha pronunciado su nombre: Stewart. Viene de Escocia, ¿verdad?

—Sí.

—¿De dónde?

—De Caple Bridge.

—Eso está cerca de Elvie, ¿no?

—Sí. Mira, trabajo con Ramsay, McKenzíe y King...

—Los abogados de mi abuela...

—Así es.

—Pero no le recuerdo.

—Entré a trabajar en el despacho hace cinco años.

El ritmo de mi corazón comenzó a acelerarse de nuevo, pero me armé de valor para preguntar:

—¿Ha ocurrido algo... malo?

—Nada malo.

El tono de su voz era muy tranquilizador.

—Entonces, ¿por qué ha venido?

—Por unas cartas que no recibieron respuesta —dijo David Stewart.

Capítulo 3

Después de un momento, dije:

—No entiendo a qué se refiere.

—A cuatro cartas, para ser exacto. Tres de la señora Bailey y una mía, escrita en su nombre.

—¿A quién dirigidas? —En aquel momento la gramática era lo que menos me preocupaba.

—A tu padre.

—¿Cuándo?

—En el transcurso de los últimos dos meses.

—¿Las enviaron aquí? Quiero decir, nos hemos mudado tantas veces...

—Tú misma escribiste a tu abuela para darle esta dirección.

Era verdad. Siempre la avisaba cuando nos mudábamos. Tiré el cigarrillo a medio fumar al fuego e intenté adaptarme a esta situación tan extraordinaria. Mi padre, con todos sus defectos, era el hombre menos reservado..., en todo caso, pecaba de lo contrario; cuando algo lo perturbaba o molestaba se pasaba días enteros protestando y quejándose. Pero no me había comentado nada sobre las cartas.

Me insinuó:

—¿No sabes nada de ellas?

—No. Pero eso no me sorprende, porque el que recoge el correo todos los días es mi padre. —Quizá no las ha llegado a abrir.

Pero esto tampoco tenía sentido. Mi padre siempre abría las cartas. No necesariamente porque fuera a leerlas, sino porque siempre existía la grata posibilidad de que el sobre encerrara un cheque.

—No, eso no es posible. —Tragué saliva nerviosamente y me aparté el cabello del rostro—. ¿Qué decían esas cartas? O tal vez no lo sabe.

—Sí, por supuesto que lo sé. —Su tono era muy seco y no era difícil de imaginar sentado tras un escritorio pasado de moda, aclarándose la garganta y tragándose las emociones para hablar sin ningún miramiento de los entresijos de un testamento, de declaraciones juradas, de compraventas, alquileres y sentencias—. Simplemente, tu abuela desea que vuelvas a Escocia... que la vayas a ver...

—Lo sé, siempre me lo dice en sus cartas —respondí.

Alzó una ceja.

—¿No quieres venir?

—Sí... claro que quiero...

Pensé en mi padre, recordé aquella conversación que había escuchado sin querer...

—No lo sé..., es decir, no puedo tomar una decisión así... —añadí.

—¿Existe alguna razón por la que no puedas venir?

—Bueno, sí..., mi padre...

—¿Quieres decir que no tendría a nadie que le cuidara la casa?

—No, no quiero decir eso.

Esperó a que ampliara la respuesta, a que le dijese a qué me refería. No quería encontrarme con su mirada y me volví para observar el fuego. Sentía la desagradable sensación de que en la expresión de mi rostro se notaba la vergüenza. Dijo:

—¿Sabes? Tu abuela no alberga ningún rencor por el hecho de que tu padre te haya traído a los Estados Unidos...

—Ella quería que me quedara en Elvie.

—Entonces, ¿lo sabes?

—Sí, oí cómo discutían. No solían hacerlo casi nunca. De hecho, creo que se llevaban bastante bien. Pero tuvieron una terrible pelea con respecto a mí.

—Pero esto sucedió hace siete años. Ahora, entre nosotros, sin duda podemos llegar a arreglarlo.

Presenté la excusa más fácil:

—Pero es tan caro...

—La señora Bailey, por supuesto, te pagará el billete.

Imaginé con tristeza la reacción de mi padre frente a este hecho.

—No tienes por qué estar fuera más de un mes. ¿No quieres venir?

Su forma de pedírmelo me desarmó.

—Sí, claro que quiero...

—Entonces, ¿a qué viene esa falta de entusiasmo?

—Es que no quiero molestar a mi padre. Y él obviamente no quiere que vaya; si no, habría respondido a las cartas de las que me habla.

—Sí, las cartas... Me pregunto dónde estarán.

Le señalé la mesa que había detrás de él, con un montón de manuscritos y libros de consulta, fichas viejas, sobres y facturas sin pagar.

—Supongo que ahí.

—Me pregunto por qué no te habrá hablado de ellas.

No respondí, pero creía saberlo. Supongo que estaba resentido contra Elvie por el hecho de que significara tanto para mí. Quizá sentía celos hacia la familia de mi madre. Tenía miedo de perderme. Dije:

—No tengo ni idea.

—Bueno, ¿cuándo vuelve de Los Ángeles?

—Será mejor que no se encuentre con él. Lo haría sentirse muy mal, porque, aunque estuviera de acuerdo en que me marchara, yo no podría dejarlo aquí, solo.

—Pero seguro que se las arreglaría...

—No, no lo haría. Necesita de alguien que le cuide. Es la persona menos práctica

del mundo... No compraría comida, ni echaría gasolina al coche, y si lo dejase estaría todo el tiempo preocupada, pensando en él.

—Jane... tienes que pensar en ti misma...

—Iré en otra ocasión. Dígale a mi abuela que otra vez será.

Consideró mi respuesta en silencio. Terminó su bebida y dejó el vaso vacío en el suelo.

—Bueno, dejémoslo así. Vuelvo a Los Ángeles mañana por la mañana, sobre las once. Tengo un billete reservado para ti en el avión a Nueva York del martes por la mañana. Consúltalo con la almohada, y si cambias de opinión...

—No lo haré.

No prestó atención a mi respuesta.

—Si cambias de opinión, nada te impide que vengas conmigo. —Se puso de pie delante de mí—. Y sigo creyendo que deberías venir.

No me gusta estar sentada y tener a alguien de pie cerca, así que me puse de pie también.

—Parece muy seguro de que iré con usted.

—Me encantaría que lo hicieras.

—Piensa que sólo son excusas, ¿no?

—No del todo.

—Me siento muy culpable de que haya tenido que venir desde tan lejos para nada.

—Estaba en Nueva York por razones de trabajo. Además, ha sido un placer conocerte. Lo único que lamento es no haber encontrado a tu padre. —Me tendió la mano—. Adiós, Jane. —Después de dudar unos segundos, estreché su mano. Los norteamericanos no suelen dar la mano y una pierde el hábito—. Le daré recuerdos a tu abuela de tu parte.

—Si, y a Sinclair.

—¿Sinclair?

—Debe de conocerlo, ¿no? Cuando va a Elvie.

—Sí, sí, por supuesto que sí. Y con mucho gusto le daré recuerdos de tu parte.

—Dígale que me escriba —añadí, y me incliné para acariciar a *Rusty*, porque tenía los ojos llenos de lágrimas y no quería que David Stewart lo notara.

Inmediatamente después de que se fuera me dirigí a la mesa donde mi padre guardaba todos sus papeles. Poco a poco fui encontrando, una por una, las cuatro cartas a las que no había contestado, todas abiertas y obviamente leídas. No las leí. Mis buenos modales prevalecieron; además ya sabía lo que decían, así que las volví a dejar en su lugar, ocultas como antes.

Me arrodillé en el asiento de la ventana, la abrí y me asomé. Estaba muy oscuro, el océano se veía negro y el aire era frío, pero todos mis temores se habían evaporado. Pensé en Elvie y deseé estar allí. Pensé en los ánsares que surcaban el

cielo invernal, en el aroma de la turba quemándose en el hogar del vestíbulo. Pensé en el lago, brillante y tranquilo como un espejo, o con esas olas creadas por los vientos del norte, que parecían pinceladas blancas sobre el fondo gris.

De repente, deseé fervientemente estar allí, hasta tal punto que sentí dolor físico.

Y sentí rabia contra mi padre. No quería dejarlo, pero podía haberse dignado hablar del tema conmigo, podía haberme dado la oportunidad de decidir por mí misma. Tenía veintiún años, ya no era una niña, y me molestó lo que consideraba una actitud absolutamente egoísta y anticuada.

«Esperaré a que vuelva», me prometí a mí misma. «Esperaré hasta que pueda desafiarlo con esas cartas. Voy a decirle... Voy a...»

Pero la rabia duró poco. Nunca permanecía enfadada por mucho tiempo. Ayudada por el aire fresco de la noche me fui calmando poco a poco, hasta que el enfado desapareció por completo y me sentí extrañamente tranquila. Después de todo, nada había cambiado. Me quedaría con él porque le quería, porque él me quería a mí y porque me necesitaba. No había otra alternativa. Y no iba a desafiarlo con las cartas, porque al verse descubierto se sentiría desacreditado e indigno, y era importante, si pensábamos seguir viviendo juntos en el futuro, que se sintiera más grande, más fuerte y más sabio que yo.

A la mañana siguiente, estaba fregando la cocina cuando oí el inconfundible crujido del viejo Dodge, que bajaba la colina hacia Reef Point. Terminé de fregar rápidamente el último metro cuadrado de linóleo desgastado, me puse de pie, retorcí la fregona, vacié el agua sucia en el desagüe y salí por la puerta que daba al porche trasero para recibir a mi padre, secándome las manos con el viejo delantal rayado.

Hacía un día espléndido: el sol brillante, el cielo azul y las nubes blancas que avanzaban rápidamente, la cálida mañana mecida por el viento y por el sonido de las olas que llegaban a la playa. Había tendido la ropa recién lavada, que ahora se agitaba en la cuerda. Pasé por debajo y salí al camino por donde avanzaba el coche, traqueteando y dando sacudidas por los baches.

En seguida me di cuenta de que mi padre no venía solo. Como el tiempo era bueno, había bajado la capota y, junto a él, pude ver la inconfundible melena pelirroja de Linda Lansing volando al viento. Cuando ella me vio, se asomó para saludarme, y la perrita blanca, sentada sobre su falda, se asomó también y comenzó a ladrar exaltadamente, como si yo no tuviera derecho a estar allí. *Rusty*, que había estado en la playa jugando con una cesta destrozada, oyó a la perrita y vino corriendo a rescatarme; dobló la esquina de la cabaña, gruñendo y ladrando, y arremetió varias veces contra el Dodge, mostrando los dientes y deseando que llegara el feliz momento de poder hundirlos en el cuello de la perrita. Mi padre profería tacos, Linda gritaba, abrazando a la perrita, la perrita ladraba, y yo tuve que coger a *Rusty* por el collar, arrastrarlo adentro y ordenarle que se callara, antes de que surgiera la más

mínima posibilidad de una conversación humana. Dejé a *Rusty* malhumorado y salí de nuevo. Mi padre ya había bajado del coche.

—Hola, cariño. —Se acercó, me abrazó y me besó. Era como ser abrazada por un gorila, la barba me raspó la mejilla—. ¿Todo va bien?

—Si, todo bien. —Me volví—. Hola, Linda.

—Hola, querida.

—Siento mucho lo del perro.

Me acerqué a abrirle la puerta. Iba muy maquillada, con pestañas postizas, un vestido celeste y zapatillas de baile doradas. La perrita llevaba un collar rosa con piedras falsas incrustadas.

—No te preocupes. Supongo que *Mitzi* es demasiado nerviosa. Tiene que ver con el hecho de ser de una raza tan fina.

Alzó el rostro y frunció los labios, preparada para recibir mi beso. Se lo di y la perrita empezó a ladrar de nuevo.

—Por Dios —dijo mi padre—, dile a esa maldita pena que se calle.

Entonces Linda la sacó bruscamente del coche y bajó detrás de ella.

Linda Lansing era actriz. Unos veinte años atrás había empezado a destacar en Hollywood como una joven promesa, lo que le valió una campaña de publicidad personal prodigiosa, seguida de una serie de películas vulgares en las que generalmente representaba a una gitana o a una campesina, con blusas que le dejaban los hombros al aire, labios de un rojo subido y expresión malhumorada. Pero, inevitablemente, ese tipo de películas, junto con ese estilo de actuación, pasaron de moda, y a Linda le sucedió lo mismo. De pronto, y muy astutamente —ya que nunca fue estúpida—, se casó. Los comentarios a pie de foto del reportaje sobre su boda rezaban: «Mi esposo es más importante que mi carrera» y, durante un tiempo, desapareció totalmente de Hollywood. Pero más tarde, ya divorciada de su tercer marido y sin haber conseguido el cuarto, reapareció en pequeños papeles en televisión. Para una generación de televidentes más jóvenes, representaba un rostro nuevo y, con una dirección inteligente, reveló una aptitud sorprendente para la comedia.

La conocimos en uno de esos aburridos almuerzos tan característicos de Los Ángeles. Mi padre reparó en ella de inmediato, ya que era la única mujer del lugar con la que valía la pena conversar. También a mí me cayó bien. Tenía un sentido del humor vulgar, una voz dulce y grave y una habilidad sorprendente para reírse de sí misma.

Las mujeres se sienten generalmente atraídas por mi padre, pero él siempre ha tratado sus relaciones con una discreción admirable. Yo sabía que había tenido una aventura amorosa con Linda, pero no esperaba que la trajera a Reef Point.

Decidí comportarme con naturalidad.

—Bueno, qué sorpresa. ¿Qué haces en este rincón del mundo?

—Oh, querida, ya sabes cómo es tu padre cuando comienza a insistir. Y además, no me podía perder esta brisa marina.

Respiró hondo, tosió un poco y regresó al coche a coger su bolso. En ese momento pude ver todo el equipaje que había traído consigo, apilado en el asiento de atrás. Tres maletas, un bolso, un neceser, un abrigo de visón en una bolsa de plástico y la cesta de *Mitzi*, con un hueso de goma rosa. Semejante abundancia me dejó boquiabierta, pero antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, mi padre me empujó y sacó dos de las maletas.

—Bueno, no te quedes ahí parada con la boca abierta —dijo—. Lleva algo adentro.

Y se dirigió hacia la cabaña. Linda, al ver mi expresión, decidió discretamente que *Mitzi* necesitaba dar un paseo por la playa, y desapareció. Salí en busca de mi padre, aunque luego lo pensé mejor, volví a recoger la cesta de la perra y me puse de nuevo en marcha.

Lo encontré en el comedor, donde había dejado las dos maletas, la gorra con visera sobre una silla, y una pila de cartas y papeles viejos que llevaba en el bolsillo encima de la mesa. La habitación, que acababa de limpiar y ordenar, quedó inmediatamente desordenada, incómoda, desequilibrada. Mi padre era capaz de lograr el desorden en cualquier lugar sólo con entrar. Se acercó a la ventana y se asomó para observar el paisaje y respirar una profunda bocanada de aire marino. Por encima de su hombro macizo pude ver la figura lejana de Linda, que corría junto a la perrita por la orilla del mar. *Rusty*, todavía malhumorado, ni siquiera movió la cola.

Mi padre se volvió y buscó los cigarrillos en el bolsillo de la camisa. Parecía encantado consigo mismo.

—Bueno —dijo—, ¿no me vas a preguntar cómo me ha ido? —Encendió un cigarrillo, me miró, frunció el entrecejo, sacudió la cerilla y la tiró por la ventana, tras él—. ¿Qué haces ahí, de pie, con la cesta de la perra? Deja esa maldita cesta en el suelo.

No lo hice. Le dije:

—¿Qué pasa?

—¿Qué quieres decir?

Intuí que ese estado de ánimo tan bueno era parte de algo mucho más grande.

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Con Linda.

—¿Qué pasa con Linda? ¿No te gusta?

—Claro que me gusta, pero eso no tiene nada que ver. ¿Qué hace aquí?

—La he invitado.

—¿Con todo ese equipaje? ¿Por cuánto tiempo, si puede saberse?

—Bueno... —Hizo un gesto indefinido con la mano—. El tiempo que ella quiera.

—¿No trabaja?

—No, ya lo ha dejado. —Se dirigió a la cocina en busca de una lata de cerveza. Oí cómo abría la nevera y la volvía a cerrar—. Odia Los Ángeles tanto como yo. Entonces pensé, ¿por qué no? —Volvió a aparecer por la puerta de la cocina con la lata de cerveza abierta en la mano—. Apenas se lo sugerí, consiguió alquilar la casa, criada incluida, hizo el equipaje y en seguida estuvo lista. —Frunció el entrecejo de nuevo—. Jane, ¿sientes algún cariño especial por esa cesta para perros?

Seguí sin hacerle caso.

—¿Por cuánto tiempo? —insistí, inflexible.

—Bueno, mientras nos llevemos bien. No lo sé. Durante el invierno, quizá.

Dije:

—No hay sitio.

—Claro que hay sitio. Y, además, ¿de quién es esta casa?

Vació la lata de cerveza, la arrojó hábilmente al cubo de la basura que estaba al otro lado de la cocina y salió de la casa para buscar el resto del equipaje. Esta vez llevó las maletas al dormitorio. Dejé la cesta de *Mitzi* en el suelo y lo seguí. Entre la cama, las maletas y nosotros dos, ya no quedaba demasiado espacio.

—¿Dónde va a dormir? —le pregunté.

—Bueno, ¿dónde crees tú? —Se sentó sobre la monstruosa cama y los muelles se quejaron rencorosamente—. Aquí.

No supe qué contestar. Me limité a mirarlo. Nunca, nunca había ocurrido nada parecido. Me pregunté si no se habría vuelto loco.

Mi rostro debió de traicionarme, ya que, de repente, pareció arrepentido y me cogió las manos.

—Janey, no me mires así. Ya no eres una niña, no tengo que disimular delante de ti. Sé que Linda te gusta; no la habría traído si no supiera que te caía bien. Y te hará compañía, ya no tendrás que quedarte sola. Vamos, alegre esa cara y ve a preparar café.

Me aparté y repuse:

—No tengo tiempo.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo... tengo que hacer el equipaje.

Salí de su habitación y entré en la mía; saqué la maleta, la dejé sobre la cama, la abrí y comencé a llenarla de ropa, como hacen en las películas, abriendo cajones y vaciándolos dentro.

Mi padre habló desde la puerta:

—¿Qué estás haciendo?

Me volví con las manos llenas de camisas, cinturones, bufandas y pañuelos. Dije:

—Me voy.

—¿Adónde?

—A Escocia.

Dio un paso y me cogió bruscamente del brazo para que le mirara a la cara. Continué hablando, sin darle tiempo a pronunciar una palabra.

—Has recibido cuatro cartas en los últimos dos meses —le dije—. Tres de la abuela y una de los abogados. Las has abierto, las has leído y no me has dicho nada porque no querías que me fuera. Ni siquiera me lo has llegado a plantear.

No me soltó el brazo, pero me pareció que su rostro había perdido un poco de color.

—¿Cómo te has enterado de lo de esas cartas?

Le conté la visita de David Stewart.

—Me lo dijo todo —concluí—. En realidad, no era necesario que me lo contara —añadí precipitadamente—, ya que de todos modos lo sabía.

—¿Y qué era exactamente lo que sabías?

—Que no quisiste que me quedara en Elvie tras la muerte de mamá. Que no querías que volviera nunca. —Me observaba, sorprendido—. Os oí —le grité, como si estuviera sordo—. Estaba en el vestíbulo y oí todo lo que hablasteis tú y la abuela.

—¡Y nunca me dijiste una palabra!

—¿De qué habría servido?

Se sentó con cuidado en el borde de la cama para no molestarme mientras hacía la maleta.

—¿Querías que te dejara?

Tanta torpeza me enfureció.

—No, por supuesto que no; me encantaba estar contigo y no habría elegido otra cosa, pero eso sucedió hace siete años y ahora soy una mujer adulta; no tenías derecho a esconder esas cartas sin decirme nada.

—¿Tanto deseas volver?

—Sí. Me gusta Elvie, sabes lo que significa para mí. —Cogí el cepillo del pelo y los portarretratos y los metí también en la maleta—. No... no iba a decirte nada sobre las cartas, porque pensaba que te sentaría mal, y, de todas formas, no me podía ir porque no tenías a nadie que te cuidara. Pero ahora todo es diferente.

—Está bien, es diferente y por eso te vas. No voy a detenerte. Pero, ¿cómo te las vas a arreglar para viajar?

—David Stewart se va de La Carmella a las once. Si me doy prisa lograré alcanzarlo. Tiene un asiento reservado para mí en el vuelo a Nueva York de mañana por la mañana.

—¿Y cuándo volverás?

—Oh, no lo sé. Supongo que algún día.

Cogí un libro, *El regalo del mar*, de Anne Morrow Lindbergh, del que no me

podía separar, y mi disco de Simon and Garfunkel. Bajé la tapa de la maleta pero por todas partes sobresalían cosas, así que no la pude cerrar; levanté de nuevo la tapa, lo aplasté todo desesperadamente, pero todavía no cerraba, y al final mi padre tuvo que intentarlo por medio de la fuerza bruta, apretando hasta que logró que se cerrara.

Encontré su mirada por encima de la maleta cerrada. Dije:

—Si Linda no hubiese venido no me marcharía...

Me temblaba la voz. Cogí el impermeable que colgaba de un gancho detrás de la puerta y me lo puse.

Mi padre dijo:

—Todavía llevas puesto el delantal.

En otras circunstancias nos habríamos reído. Pero ahora, en medio de un silencio sepulcral, lo desaté, me lo arranqué y lo tiré sobre la cama. Dije:

—Si me llevo el coche y lo dejo en el motel, ¿podréis tú o Linda ir a buscarlo?

—Claro —respondió. Luego añadió—: Espera... —Se metió en su habitación y volvió con un puñado de billetes, de cinco, de diez, de un dólar, todos sucios y rotos como un manojo de periódicos viejos—. Aquí tienes —dijo, y me los metió en el bolsillo del impermeable—, es mejor que lleves esto. Podrías necesitarlo.

Dije:

—Pero tú...

En ese momento, Linda y *Mitzi* decidieron regresar de la playa. *Mitzi* esparcía arena por todos lados, y Linda estaba encantada después de ese breve encuentro con la naturaleza.

—Oh, qué olas; nunca había visto nada igual. Deben de medir al menos tres metros. —En ese momento se percató de la maleta, del impermeable y quizá también de mi rostro abatido—. Jane, ¿qué estás haciendo?

—Me voy.

—¿Adónde?

—A Escocia.

—Espero que no sea por mí.

—En parte. Pero sólo porque significa que mi padre tiene a alguien que le cuide.

Pareció un poco desconcertada, como si cuidar de mi padre fuese lo último que se le habría ocurrido hacer, pero supo disimularlo y salió al paso.

—Seguro que te vas a divertir. ¿Cuándo te vas?

—Hoy. Bueno, ahora. Me llevo el Dodge a La Carmella... —Ya había empezado a salir, porque la situación se estaba haciendo insoportable. Mi padre cogió la maleta y me siguió—. Espero que el invierno sea bueno. Y que no haya muchas tormentas. Hay huevos y una lata de atún en la nevera...

Bajé los escalones del porche trasero, salí de la casa y pasé por debajo de la ropa tendida (¿se acordaría Linda de guardarla?); subí al coche mientras mi padre ponía la

maleta en el asiento posterior.

—Jane...

Pero me sentí incapaz de despedirme. Ya me había puesto en marcha cuando de pronto me acordé de *Rusty*. Demasiado tarde. Me había oído, había oído el ruido de la puerta del coche y el motor, y había salido de la casa detrás de mí, como un rayo. Ladraba, indignado, corría junto al coche, con las orejas pegadas a la cabeza, poniendo su vida en peligro.

Era lo último que faltaba. Frené. Mi padre gritó: «¡*Rusty!*» y corrió detrás del perro. *Rusty* se alzó sobre las patas traseras y empezó a rascar la puerta del coche con las garras. Me asomé y traté de alejarlo. Le dije:

—*Rusty*, no hagas eso, Vete. No puedes venir. No puedo llevarte conmigo.

Mi padre, que seguía corriendo, nos alcanzó. Cogió a *Rusty* en brazos y permaneció de pie, mirándome. *Rusty* me observaba, dolido y lleno de reproches, pero mi padre tenía una expresión que nunca había visto antes y que no comprendía del todo. Supe que no quería despedirme de ninguno de los dos, y rompí a llorar.

—Cuidarás a *Rusty*, ¿verdad? —grité—. Enciérralo para que no me pueda seguir. Y no dejes que lo atropellen. ¡Ah!, sólo le gusta la comida para perros Red Heart, ninguna otra. Y no lo dejes solo en la playa, podrían robarlo.

Busqué un pañuelo pero, como siempre, no llevaba y, también como siempre, mi padre sacó uno de su bolsillo y me lo alcanzó en silencio. Me soné la nariz, alargué los brazos y lo abracé para besarlo, y a *Rusty* también, y finalmente me despedí.

Mi padre dijo:

—Adiós, mi niña.

No me llamaba así desde que tenía seis años, y lloré todavía más, casi no podía ver. No me volví en ningún momento, pero sabía que estaban allí y que me observarían hasta perderme de vista.

Eran las once menos cuarto cuando entré en el vestíbulo del motel. El hombre de detrás del mostrador observó sin demasiado interés mi rostro confuso y anegado en lágrimas, como si constantemente entraran y salieran mujeres llorosas durante todo el día.

Dije:

—¿Se ha marchado ya el señor David Stewart?

—No, todavía está aquí. Tiene pendiente una cuenta de teléfono.

—¿En qué habitación está?

Miró el tablero.

—En la treinta y dos. —Recorrió con los ojos mi impermeable, los pantalones, las zapatillas sucias, luego cogió el teléfono—. ¿Quiere verle?

—Sí, por favor.

—Voy a llamarlo... le diré que está aquí. ¿Cuál es su nombre?

—Jane Marsh.

Hizo un ademán con la cabeza en dirección a la puerta para indicarme el camino.

—Número treinta y dos —dijo.

Avancé por un camino cubierto que bordeaba una enorme piscina de agua cristalina. Había dos mujeres recostadas en tumbonas mientras sus hijos nadaban, gritaban y se peleaban por un flotador. No había llegado a mitad de camino cuando vi a David Stewart venir a mi encuentro. Empecé a correr, y ante las miradas curiosas de las dos mujeres, y también para mi sorpresa, busqué refugio en sus brazos; él me dio un abrazo reconfortante, luego me apartó y dijo:

—¿Ocurre algo malo?

—Nada. —Pero rompí a llorar de nuevo—. Me voy con usted.

—¿Por qué?

—He cambiado de opinión, eso es todo.

—¿Por qué?

No tenía intención de contárselo, pero las palabras empezaron a salir solas.

—Mi padre tiene una amiga y al volver de Los Ángeles... se... ella dijo...

Miró a las dos mujeres que nos observaban, extrañadas, y me dijo:

—Ven. —Me guió a su habitación, me empujó adentro y cerró la puerta—. Ahora, habla.

Me soné la nariz e hice un verdadero esfuerzo para recobrarme.

—Sencillamente, ahora tiene a alguien que lo cuide. Así que puedo irme con usted.

—¿Le has dicho lo de las cartas?

—Sí.

—¿Y no le importa que vengas?

—No. Está de acuerdo.

David permaneció en silencio. Lo miré y vi que había vuelto la cabeza y que me miraba pensativamente por el rabillo del ojo derecho. Más tarde descubrí que se trataba de un hábito adquirido a lo largo de los años, a causa de su mala visión y por el hecho de tener que usar gafas, pero en ese momento me resultó desconcertante e incómodo, como si me estuviese clavando en la pared.

Dije con tristeza:

—¿No quiere que vaya con usted?

—No es eso. Simplemente no te conozco lo suficiente como para saber si estás diciendo la verdad.

Estaba demasiado triste como para sentirme ofendida.

—Nunca miento —dije. Pero luego me corregí—: Y si lo hago, se me nota en seguida y me pongo roja. Además, mi padre ha dicho que está de acuerdo.

Para probarlo, metí la mano en el bolsillo del impermeable y saqué el puñado de

dólares. Cayeron algunos billetes sobre la alfombra, como si fueran hojas secas.

—Incluso me ha dado algo de dinero para mis gastos.

David se agachó, los cogió y me los devolvió.

—Sigo pensando que debo verlo antes de irnos. Podríamos...

—No podría despedirme otra vez.

Todo rastro de severidad desapareció de su rostro. Me tocó el brazo.

—Quédate aquí, entonces. No tardaré más de quince minutos.

—¿Lo promete?

—Lo prometo.

Se fue. Caminé por la habitación, leí una parte del periódico, miré por la puerta abierta, luego entré en el baño, me lavé la cara y las manos, me peiné y me recogí el pelo con una goma. Salí, me senté junto a la piscina y allí lo esperé. Cuando volvió y acabó de cargar nuestro equipaje, me senté a su lado en el coche. Tomamos la autopista hacia el sur, hacia Los Ángeles. Pasamos la noche en un motel, cerca del aeropuerto; al día siguiente volamos hacia Nueva York, y un día después, hacia Londres. Cuando ya nos encontrábamos en medio del Atlántico, me acordé del joven que vendría el domingo siguiente para llevarme a practicar surf.

Capítulo 4

Había vivido la mayor parte de mi vida en Londres, pero al volver me pareció llegar a una ciudad que nunca había visto antes, por lo distinta que la encontré. Los edificios del aeropuerto, las carreteras de acceso, la línea del horizonte, las enormes construcciones, la densidad del tráfico... todo había cambiado en los últimos siete años. En el taxi, me senté junto a la ventana con la maleta entre los pies; había tanta niebla, que las farolas de la calle todavía estaban encendidas, y hacía ese fijo húmedo que ya ni recordaba.

No había dormido en el avión y me sentía mareada de cansancio, con náuseas, por la inverosímil comida que me habían ofrecido a las dos de la mañana, según mi reloj, que todavía conservaba la hora de California. Me dolía el cuerpo, la cabeza y los ojos de tanto viaje, tenía la boca pastosa; era como si toda la vida hubiese llevado la misma ropa.

Estábamos rodeados de anuncios, puentes e hileras de casas; Londres nos envolvía. El taxi giró en algunos semáforos, enfiló una calle tranquila llena de coches aparcados y se detuvo frente a un grupo de casas altas de estilo victoriano.

Las observé indolente y me pregunté qué tocaba hacer. David pasó un brazo por delante de mí, abrió la puerta y dijo:

—Ya hemos llegado.

—¿Eh?

Lo miré y me pregunté cómo un hombre que había sufrido la (para mí) terrible experiencia de volar sin escalas a través de medio mundo, podía parecer tan limpio y relajado y controlar la situación. Pero bajé del taxi sin decir nada y permanecí de pie en la acera, pestañeando como un búho y bostezando, mientras él pagaba al conductor, recogía las maletas y avanzaba hacia unos escalones que descendían. La barandilla que los rodeaba era de color negro brillante, el suelo estaba limpio y recién barrido, y había un macetero de madera lleno de geranios... algo polvorientos pero todavía brillantes y alegres. Sacó una llave, la puerta amarilla se abrió hacia dentro y lo seguí ciegamente al interior del apartamento.

Estaba pintado de blanco, olía a casa de campo y había alfombras persas por todas partes. El sofá y los sillones estaban cubiertos con fundas, había muebles pequeños, viejos y lustrados, y un espejo veneciano sobre la chimenea. Vi libros, pilas de revistas, una vitrina llena de porcelana china, pequeños tapices bordados a mano... y, detrás de las ventanas, en el otro extremo de la habitación, un jardín en miniatura con un plátano rodeado por un banco de madera y una pequeña estatua en un hueco de la descolorida pared de ladrillo.

Permanecí de pie, bostezando. Él fue a abrir una ventana y le pregunté:

—¿Es tu apartamento?

—No, es de mi madre, pero lo uso cuando vengo a Londres.

Miré a mí alrededor, vagamente.

—¿Dónde está tu madre?

Sonó como si esperara encontrarla escondida bajo el sofá, pero él no sonrió.

—Está en el sur de Francia, de vacaciones. Ven, quítate el abrigo y ponte cómoda. Prepararé una taza de té.

Desapareció tras una puerta. Oí el sonido de un grifo abierto mientras se llenaba la tetera. Una taza de té. Esas simples palabras me resultaron reconfortantes y acogedoras. Una taza de té. Intenté torpemente desabrocharme los botones del impermeable, finalmente lo conseguí, me lo quité y lo dejé caer sobre lo que parecía una silla de estilo Chippendale. Me eché sobre el sofá. Tenía almohadones de terciopelo verde. Cogí uno y me lo puse bajo la cabeza; creo que antes de levantar los pies del suelo ya me había quedado dormida. Por lo menos, no recuerdo haberlo hecho.

Cuando me desperté, la luz había cambiado. Un largo rayo de sol, que danzaba con el polvo, cruzaba frente a mis ojos como la luz de un proyector. Me moví, me froté los ojos, miré de nuevo y vi una manta cálida y liviana sobre mi cuerpo.

Un fuego ardía en el hogar. Lo contemplé durante un rato antes de darme cuenta de que era eléctrico, con troncos, carbón y llamas falsos. Pero en ese momento me pareció tremendamente acogedor. Volví la cabeza y vi a David hundido en un sillón, rodeado de papeles y portafolios. Se había cambiado de ropa (camisa azul y suéter con cuello de pico color crema). Me pregunté si sería de ese tipo de personas que no necesitan dormir. Había percibido mis movimientos y me estaba observando. Dije:

—¿Qué día es hoy?

La pregunta le resultó divertida.

—Miércoles.

—¿Dónde estamos?

—En Londres.

—No. Quiero decir, ¿en qué zona?

—En Kensington.

Dije:

—Nosotros vivíamos en Melbury Road. ¿Queda lejos?

—No. Está bastante cerca.

—¿Cuándo partiremos hacia Escocia?

—Esta noche. He reservado dos compartimientos en el Royal Highlander.

Hice un esfuerzo enorme para sentarme, bostecé y traté de quitarme el sueño del cuerpo y el pelo de la cara. Dije:

—¿Podría darme un baño?

—Claro —respondió.

Entonces me di un baño con agua caliente, que no hacía suficiente espuma, así que, con su permiso, eché varios puñados de sales de baño de su madre. Cuando terminé de bañarme, cogí ropa limpia, me vestí, guardé la sucia dentro de la maleta y, no sé cómo, pude cerrarla de nuevo y volver al comedor. Él había preparado té, tostadas con mantequilla y una fuente de galletitas de chocolate, las verdaderas, no ésas con sabor a chocolate como las que venden en los Estados Unidos, sino galletitas cubiertas de verdadero chocolate.

Dije:

—¿Las ha hecho tu madre?

—No. He salido y las he comprado mientras dormías. Hay una pequeña tienda en la esquina, muy útil cuando se te termina algo.

—¿Tu madre ha vivido siempre aquí?

—No, tan sólo desde hace un año. Vivía en Hampshire, en una casa que acabó siendo demasiado grande para ella; el jardín era toda una preocupación... no es fácil encontrar a alguien que te ayude a cuidarlo. Entonces la vendió, se llevó algunos de sus muebles favoritos y se instaló aquí.

Eso explicaba el ambiente de casa de campo. Miré hacia el pequeño patio y dije:

—Y tiene jardín.

—Sí, uno pequeño. Pero se las arregla sola.

Cogí otra tostada e intenté imaginarme a mi abuela en una situación así, pero era impensable. Mi abuela nunca se dejaría vencer por el tamaño de la casa, la cantidad de cosas que tenía que hacer, o las dificultades para conseguir y mantener cocineras y jardineros. De hecho, la señora Lumley trabajaba con ella desde siempre; la recuerdo con sus piernas hinchadas, amasando harina frente a la mesa de la cocina. Will, el jardinero, tenía una casita y un terreno donde cultivaba patatas, zanahorias y crisantemos enormes.

—Entonces, ¿tú nunca has vivido en este apartamento?

—No, pero me alojo aquí cuando vengo a Londres.

—¿Vienes muy a menudo?

—Bastante.

—¿Y alguna vez coincides con Sinclair?

—Sí.

—¿Qué hace?

—Trabaja en una agencia de publicidad. Pensaba que ya lo sabías.

Se me ocurrió que podría llamarlo por teléfono. Después de todo, vivía en Londres y sólo me llevaría unos minutos encontrar el número. Pensé en hacerlo, pero luego decidí lo contrario. No estaba totalmente segura de cuál sería la reacción de Sinclair, y no quería que David Stewart fuese testigo de una posible decepción.

Le pregunté:

—¿Tiene novia?

—Miles...

—No, ya sabes lo que quiero decir. Alguna en especial.

—Jane, la verdad es que no lo sé.

Pensativa, lamí la mantequilla caliente que tenía en la punta de los dedos y dije:

—¿Crees que iré a Elvie mientras yo esté allí?

—Seguro.

—¿Y su padre? ¿Vive el tío Aylwyn aún en Canadá?

David Stewart se acomodó las gafas sobre la nariz con un dedo largo y bronceado y dijo:

Aylwyn Bailey murió, hace más o menos tres meses.

Me quedé desconcertada.

—No lo sabía. Oh, pobre abuelita. ¿Estaba muy triste?

—Sí.

—Y el funeral y todo...

—Fue en Canadá. Estuvo enfermo durante algún tiempo y ya no pudo volver a casa.

—Entonces Sinclair nunca lo volvió a ver.

—No.

Empecé a meditar sobre la noticia y me puse triste. Pensé en mi padre, en su mal carácter, y me di cuenta de que por nada del mundo me hubiese perdido ni uno de los minutos que habíamos pasado juntos; sentí mucha pena por Sinclair. Luego recordé que mucho tiempo atrás lo había envidiado, porque mientras yo sólo pasaba las vacaciones en Elvie, ése era su hogar. Pero en cuanto a perder la compañía del padre, Elvie siempre había estado lleno de hombres. Además de Will, el jardinero, a quien queríamos mucho, estaba Gibson, el guarda, un hombre hosco pero sabio en todos los aspectos; y los dos hijos de Gibson, Hamish y George, con edades similares a la de Sinclair, que lo incluían en todas sus andanzas, tanto las permitidas como las otras. Había aprendido a disparar y a cazar moscas, a jugar al críquet y a trepar a los árboles..., o sea que, entre unos y otros, recibía de los demás mucho más tiempo y atención que la mayoría de los niños de su edad. La verdad es que, pensándolo bien, Sinclair se había perdido muy poco.

Tomamos el Royal Highlander en Euston, y me parece que me pasé la mitad de la noche levantándome de la cama para mirar por la ventanilla y saborear el placer de saber que el tren avanzaba hacia el norte y que nada, excepto un problema de fuerza mayor, podía detenerlo. En Edimburgo me despertó una voz femenina parecida a la de Maggie Smith en el papel de señorita Jean Brodie, que decía: «Edimburgo Waverley. Llegamos a Edimburgo Waverley»; entonces me di cuenta de que

estábamos en Escocia. Me levanté, me puse el impermeable sobre el camisón, me subí a la tapa del inodoro y observé cómo las luces de Edimburgo se escurrían. Esperé el puente, donde el tren de pronto hizo un ruido totalmente distinto al precipitarse sobre el Forth; el río parecía estar a kilómetros por debajo de nosotros, un brillo de agua oscura salpicada por las luces en movimiento de embarcaciones en miniatura.

Me metí otra vez en la cama y dormité hasta que llegamos a Relkirk; entonces me levanté y abrí la ventanilla para dejar entrar el aire frío con aroma a turba y a pino. Estábamos en el límite de los Highlands. Sólo eran las cinco y cuarto, pero me vestí y pasé el resto del viaje con la mejilla contra el cristal oscuro y moteado de gotas de lluvia. Al principio podía ver muy poco, pero una vez pasado el puerto y cuando ya bajábamos por la suave pendiente que desemboca en Thrumbo, el día empezaba a aclararse. No había señales del sol, tan sólo una imperceptible disminución de la oscuridad. Las nubes, espesas y grises, flotaban sobre las cimas de las colinas, pero a medida que bajábamos al valle, se adelgazaban y desmenuzaban hasta quedar en nada; la amplia extensión del valle yacía frente a nosotros, de un marrón dorado y sereno bajo la primera luz de la mañana.

Llamaron a la puerta y apareció un camarero.

—El caballero desea saber si está despierta. Llegaremos a Thrumbo dentro de unos diez minutos. ¿Me llevo su maleta?

Se la llevó y cerró la puerta. Volví a la ventanilla porque ahora el campo comenzaba a resultarme familiar y no quería perderme nada. Había paseado por ese camino, había montado sobre un poni por esas campiñas, había estado en aquella casita blanca tomando el té. Y luego había un puente que marcaba el límite del pueblo, y la gasolinera, y el hotel refinado, siempre lleno de huéspedes de la tercera edad, y donde nunca nos dejaban ir a tomar algo.

La puerta volvió a abrirse y vi a David Stewart allí, de pie, tapando todo el vano.

—Buenos días.

—Hola.

—¿Qué tal has dormido?

—Muy bien.

El tren estaba empezando a frenar. Pasamos la garita de señales y seguimos por debajo de un puente. Seguí a David por el pasillo. Por encima de su hombro pude ver pasar triunfalmente el cartel que decía «Thrumbo», después el tren se detuvo; ya habíamos llegado.

David había dejado el coche en un parking, por lo que me dejó esperando en la estación mientras iba a buscarlo. Me senté sobre la maleta en el pueblo desierto que lentamente comenzaba a despertarse y observé cómo las luces se encendían, una a una, cómo salía humo de las chimeneas, y cómo, finalmente, un hombre avanzaba en

bicicleta tambaleándose por la calle. Después oí, por encima de mi cabeza, graznidos y parloteos, pero no pude ver las formaciones de ánsares porque estaban volando por encima de las nubes.

El lago de Elvie distaba unos tres kilómetros del pueblo de Thrumbo; era una extensión salvaje de agua que avanzaba hacia el norte junto a la carretera principal de Inverness; la orilla del sur quedaba encerrada por los grandes baluartes de los Cairngorms. Elvie era casi una isla con forma de hongo, que se unía a la tierra principal por el tallo, una lengua de tierra donde sólo había un camino rodeado de pantanos cubiertos de cañas, en los que centenares de aves anidaban.

Durante muchos años, la tierra había pertenecido a la Iglesia, y de hecho todavía quedaban minas de una pequeña capilla, sin techo y abandonada a pesar de que el pequeño cementerio que la rodeaba todavía se conservaba limpio e impecable, con los tejos bien podados, el césped suave como el terciopelo y, en primavera, alegrado por los capullos orgullosos de los narcisos silvestres.

La casa donde vivía mi abuela había sido la rectoría de esta pequeña iglesia. Sin embargo, con el tiempo, había sobrepasado los modestos límites originales y se le agregaron alas y dormitorios adicionales para albergar, suponíamos, a grandes familias victorianas. Desde atrás, desde el camino de acceso, se veía alta y sombría. Las ventanas que daban al norte eran pequeñas y escasas, para conservar el calor en los severos días de invierno, y la puerta de entrada pasaba desapercibida y generalmente se encontraba cerrada. Este aspecto de fortaleza se veía acentuado con las dos paredes altas del jardín que, como brazos, nacían en la casa y se abrían hacia el este y el oeste, y sobre las cuales ni siquiera mi abuela había logrado hacer crecer una enredadera.

Pero, desde el otro lado, el aspecto de Elvie era totalmente diferente. La casa vieja y blanca, protegida y encerrada, miraba exactamente hacia el sur, brillaba y se adormecía bajo la luz del sol. Las ventanas y las puertas permanecían abiertas al aire fresco, y el jardín se extendía hasta una cerca que lo separaba de un terreno angosto donde pastaban las vacas de un granjero vecino. El terreno bajaba hasta la orilla del agua, y el suave chapoteo de las ondas, junto con el apacible mugir y rumiar de las vacas eran tan característicos de Elvie que, después de un rato, uno ya no se daba cuenta de ellos. Sólo cuando había estado fuera durante un tiempo y volvía, uno era consciente de todo otra vez.

El coche de David Stewart resultó una sorpresa, un T.R.4 azul oscuro, increíblemente atrevido para un ciudadano con aspecto tan serio. Guardamos las maletas, salimos de Thrumbo y me senté inclinada hacia delante, agitada, excitada. Aparecían puntos

familiares que desaparecían detrás de nosotros. El garaje, la tienda de caramelos, la granja de los McGregor, y ya estábamos en campo abierto. La carretera avanzaba a través de tierras con rastros dorados; los cercos estaban salpicados de rosas salvajes color rojo oscuro, y pronto empezarían las heladas, porque los árboles estaban pincelados de dorado y rojo, los primeros colores del otoño.

Pasamos la última curva y apareció el lago a la derecha, gris en la mañana gris, y las montañas lejanas se perdían entre las nubes. A menos de un kilómetro estaba Elvie, la casa escondida entre los árboles y la iglesia sin techo, que parecía románticamente desolada. La excitación me dejó sin habla y, con una rara comprensión, David Stewart no hizo ningún tipo de comentario. Habíamos compartido un largo viaje juntos, así que era difícil de entender, pero no fue sino en silencio cómo finalmente nos desviamos para tomar el camino hacia la casa. El coche avanzó por la carretera que atravesaba los pantanos, entre las altas cercas y bajo las hayas doradas, hasta detenerse frente a la puerta principal.

Bajé del coche en un instante y corrí sobre la grava, pero mi abuela fue más rápida que yo: se abrió la puerta y apareció. Nos abrazamos mientras ella repetía constantemente mi nombre. Olía a los saquitos perfumados que conservaba entre la ropa, y me dije que nada había cambiado.

Capítulo 5

Un encuentro después de tantos años resulta siempre confuso. Nos dijimos frases como: «Oh, es verdad que estás aquí...» y «Pensaba que nunca llegaría este momento...» y «¿Has tenido un buen viaje?» y «Todo sigue igual», y nos soltamos, nos reímos por nuestras tonterías, y nos volvimos a abrazar.

Los perros se unieron al tumulto, salieron de la casa ladrándonos y reclamando nuestra atención. Eran perros de aguas marrones y blancos, nuevos para mí pero al mismo tiempo familiares, ya que siempre había habido perros de aguas como éstos en Elvie, y sin duda éstos descendían de aquellos que yo recordaba. Apenas comencé a saludar a los perros, apareció la señora Lumley, que había oído el alboroto y no había podido resistirse a la tentación de formar parte de la bienvenida. Estaba más gorda que nunca, con su bata verde. Salió de la casa con una sonrisa de oreja a oreja para que la besara, y me dijo que estaba terriblemente alta, que tenía más pecas que antes y que estaba preparando un desayuno con el que me iba a chupar los dedos.

Detrás de mí, David estaba descargando mi maleta. Mi abuela fue a saludarlo.

—David, debes de estar agotado. —Para mi sorpresa, le dio un beso—. Gracias por traerla sana y salva.

—¿Recibiste mi telegrama?

—Por supuesto. Estoy levantada desde las siete. Entrarás y tomarás el desayuno con nosotras, ¿verdad? Te estábamos esperando.

Pero él se excusó y dijo que su asistenta lo estaría esperando, que tenía que ir a su casa, cambiarse e ir a la oficina.

—Bueno, entonces ven a cenar esta noche. No voy a aceptar una negativa. A las siete y media. Queremos enterarnos de todo.

David se dejó convencer y nos miramos, sonriéndonos. Se me ocurrió que hacía tan sólo cuatro días que lo conocía, pero, curiosamente, ahora que había llegado el momento de decir adiós, sentía como si estuviera dejando a un viejo amigo, a alguien que conocía de toda la vida. Le habían encargado una tarea difícil, la había llevado a cabo con tacto y buen humor y, por lo que yo sabía, sin ofender a nadie.

—Oh, David...

Se adelantó rápidamente a mi torpe agradecimiento.

—Nos vemos esta noche, Jane.

Retrocedió, se metió en el coche, cerró la puerta y lo vimos dar la vuelta y alejarse por el camino, bajo las hayas, doblar la esquina y desaparecer de nuestra vista.

—Qué hombre tan agradable —dijo mi abuela, pensativa—. ¿No te parece?

—Sí —dije—, es muy dulce.

Y me apresuré a evitar que la señora Lumley cogiera la maleta. La llevé dentro de

la casa, mi abuela y los perros me siguieron, se cerró la puerta y, por un momento, nos olvidamos de David Stewart.

Me recibió el olor a humo de turba que venía del fuego del vestíbulo y el aroma a rosas del ramo de pimpollos rosados que había sobre la cómoda, junto al reloj. Uno de los perros, muy agitado, jadeaba y movía la cola para llamar la atención. Me detuve a acariciarle las orejas, y estaba a punto de hablarles de *Rusty* cuando mi abuela dijo:

—Tengo una sorpresa para ti, Jane.

Me enderecé, miré hacia arriba y vi a contraluz la silueta de un hombre que bajaba la escalera en dirección a mí. Por un momento me quedé cegada por la luz, y luego una voz dijo:

—Hola, Jane.

En seguida me di cuenta de que era mi primo Sinclair.

Me quedé con la boca abierta mientras la abuela y la señora Lumley permanecían de pie, encantadas por el éxito de la sorpresa que habían planeado. Sinclair me tomó por los hombros y me besó antes de que yo tuviera tiempo de decir suavemente:

—Pero creía que estabas en Londres.

—Pues estoy aquí.

—¿Pero cómo...? ¿Por qué...?

—Tenía unos días libres.

¿Para mí? ¿Se los había tomado para poder estar en Elvie cuando yo llegara? La posibilidad era muy halagadora y excitante, pero antes de que pudiera añadir algo más, mi abuela comenzó a organizarnos.

—Bueno, no nos quedemos aquí, de pie... Sinclair, ¿qué tal si llevas la maleta de Jane a su dormitorio, os laváis las manos y bajáis a desayunar? Estarás cansada después del viaje.

—No estoy cansada.

Y de hecho no lo estaba. Me sentía animada y muy despierta, preparada para cualquier cosa. Sinclair cogió la maleta y subió los escalones de dos en dos. Seguí esas piernas largas como si tuviera alas en los talones.

El dormitorio, que daba al jardín y al lago, estaba perfectamente limpio y ordenado, pero nada cambiado. La cama pintada de blanco aún seguía apoyada contra el vano de la ventana, donde a mí me gustaba dormir. Y la almohadilla para los alfileres sobre el tocador, y las bolsitas de lavanda en el ropero, y el tapete azul que cubría la parte gastada de la alfombra, todo estaba igual que antes.

Mientras guardaba el abrigo y me lavaba las manos, Sinclair se tiró sobre la cama, arrugó el cubrecama blanco almidonado y se puso a observarme. En los siete años que habían pasado, había cambiado, por supuesto, pero las diferencias que encontraba eran demasiado imperceptibles para poder determinarlas. Sin duda estaba más

delgado, tenía arrugas finas alrededor de la boca y los ojos, pero eso era todo. Era muy guapo, con cejas y pestañas oscuras, y ojos de un azul profundo que se inclinaban provocadoramente hacia arriba en los extremos. Tenía la nariz recta y los labios gruesos, aunque el inferior, cuando era joven, le daba aspecto de malhumorado. Tenía el cabello espeso y lacio, que le llegaba a cubrir la parte posterior del cuello de la camisa, y como yo estaba acostumbrada a los cortes de moda en Reef Point, ya sea corte militar (los surfistas) o largo hasta los hombros (los *hippies*), me pareció que el efecto era muy atractivo. Esa mañana llevaba una camisa azul con un pañuelo de algodón atado al cuello, y un pantalón de pana gastado con un cinturón de lana trenzada.

Intentando confirmar lo que esperaba que fuera verdad le pregunté:

—¿Realmente estás de vacaciones?

—Claro —dijo brevemente, sin confirmar nada.

Me resigné a no saberlo nunca.

—¿Trabajas en una agencia de publicidad?

—Sí. Strutt and Seward. Asistente personal del director gerente.

—¿Es un buen trabajo?

—Bueno, me pagan dietas y gastos.

—Quieres decir almuerzos con alcohol a mansalva con los potenciales clientes.

—No tiene por qué haber abundancia de alcohol. Si el potencial cliente es una hermosa dama, seguramente se tratará de una cena íntima a la luz de las velas.

Tuve que hacer un esfuerzo para aplacar una punzada de celos. Me estaba peinando frente al tocador y él dijo, sin cambiar de expresión:

—Había olvidado la mata de pelo tan larga que tenías. Solías llevar trenzas. Parece de seda.

—De vez en cuando juro que me lo voy a cortar, pero nunca lo hago. —Terminé de peinarme y me dirigí a la cama, donde me arrodillé y me asomé a la ventana después de abrirla.

—Qué aroma tan delicioso —le dije—. Todo húmedo y otoñal.

—¿El aroma de California no es húmedo y otoñal?

—En general, huele a petróleo. —Luego pensé en Reef Point—. Cuando no huele a eucaliptos y al Pacífico.

—¿Y cómo es la vida con los pieles rojas?

Le lancé una mirada fulminante y cambió de tercio.

—En serio, Jane, me temía que volvieras mascando chicle, cargada de máquinas fotográficas y diciendo «Eh, Sin» cada vez que te dirigieses a mí.

—Estás pasado de moda, hermano —le dije.

—O protestando, ya sabes, con un cartel que dijese «Hagamos el amor y no la guerra» —dijo esto imitando el acento americano, lo que me dio tanta rabia como las

burlas en California por mi marcado acento británico.

Se lo dije y añadí:

—Te prometo que cuando empiece a protestar, serás el primero en saberlo.

Lo aceptó con un brillo cómplice en los ojos.

—¿Cómo está tu padre?

—Se dejó crecer la barba y se parece a Hemingway.

—Me lo imagino.

Dos patos silvestres bajaron del cielo y, al posarse sobre el agua, formaron un poco de espuma blanca. Los observamos, y entonces Sinclair bostezó, se estiró, me dio una palmada fraternal y dijo que era hora de desayunar, así que nos levantamos de la cama, cerramos la ventana y bajamos.

Estaba famélica. Había tocino, huevos, mermelada Cooper y panecillos calientes. Mientras comíamos, Sinclair y mi abuela mantuvieron una charla típica de desayuno sobre temas varios: las noticias del periódico local, los resultados de una exposición de flores, una carta que mi abuela había recibido de un primo de avanzada edad que se había ido a vivir a un lugar llamado Mortar...

—¿Para qué diablos se fue a vivir allí?

—Bueno, es barato, por supuesto, y cálido. El pobre viejo siempre sufrió terriblemente de reumatismo.

—¿Y cómo piensa pasar los días? ¿Paseando turistas en un bote por Grand Harbour?

Caí en la cuenta de que hablaban de Malta. Mortar, Malta. Estaba más «americanizada» de lo que pensaba.

Mi abuela sirvió café. La observé y deduje que debía de tener más de setenta años, pero se conservaba como siempre la había recordado. Era alta, majestuosa y muy bella. Llevaba el cabello siempre blanco inmaculado y tenía unos ojos profundos de color azul oscuro bajo unas cejas elegantemente arqueadas. (En aquel momento, el efecto era adorablemente juvenil, pero sabía que podía convertirse fácilmente en una mirada de desaprobación con un simple alzamiento de las cejas, acompañado de unos ojos glaciales.) Su ropa tampoco tenía edad y normalmente la favorecía. Usaba faldas de paño y jerseys o chaquetas de cachemir. Durante el día siempre llevaba el collar de perlas y un par de pendientes de coral con forma de lágrima. Por la noche, uno o dos modestos diamantes podían brillar sobre el terciopelo oscuro de su vestido, ya que era lo suficientemente anticuada como para cambiarse cada noche para la cena, aunque fuera domingo y comiéramos algo tan poco emocionante como huevos revueltos.

Mientras se acomodaba en la cabecera de la mesa, pensé que ya había sufrido en la vida más de lo que le correspondía. Su marido había fallecido, luego había perdido a su hija y ahora a su hijo, el escurridizo Aylwyn, que había decidido vivir y morir en Canadá. Sinclair y yo éramos todo lo que le quedaba. Y Elvie. Pero seguía erguida y

activa, y deseé que nunca se convirtiese en una de esas viejas lastimeras que constantemente recuerdan los viejos tiempos. Era demasiado abierta, demasiado activa, demasiado inteligente. «Indestructible», me dije, reconfortada. «Así es ella. Indestructible.»

Después del desayuno, Sinclair y yo cumplimos con el ritual de visitar la isla, sin perdernos nada. Salimos por el portón que daba al cementerio. Recorrimos todas las viejas lápidas, espiamos a través de las ventanas rotas de la iglesia en ruinas y después trepamos el muro para pasar a los pastos, por donde avanzamos frente a las miradas curiosas de las vacas hasta la orilla del lago. Molestamos a un par de patos salvajes y jugamos a lanzar piedras planas, compitiendo para ver quién las arrojaba más lejos. Ganó Sinclair. Cruzamos todo el muelle para ver el viejo bote agujereado con el que era tan difícil salir a remar, y nuestros pasos resonaron sobre los maderos sueltos.

—Un día —dije— esto se va a derrumbar.

—No tiene sentido repararlo si nunca se utiliza.

Continuamos junto a la orilla, por debajo de la enorme haya donde habíamos construido una cabaña, cruzamos el bosquecillo de abedules, sembrado de hojas que caían lentamente, y volvimos a la casa por un grupo de edificaciones fuera de uso, pocilgas y gallineros abandonados, establos y la vieja cochera que desde hacía mucho tiempo era utilizada como garaje.

—Ven a ver mi coche —dijo Sinclair. Forcejamos con los cerrojos y la vieja puerta se abrió ruidosamente para poner al descubierto, junto al enorme y elegante Daimler de mi abuela, un Lotus Elan color amarillo oscuro con capota negra, muy bajo y muy potente.

Dije:

—¿Cuánto hace que lo tienes?

—Unos seis meses.

Se sentó tras el volante, lo puso en marcha y retrocedió hacia el exterior. El motor rugió como un tigre furioso y Sinclair me enseñó, como un niño con un juguete nuevo, las distintas habilidades del automóvil: el elevavinas eléctrico, la palanca para subir y bajar la capota, la alarma antirrobo, las cubiertas de los faros, que se abrían y cerraban como monstruosos párpados.

—¿Qué velocidad alcanza? —le pregunté, nerviosa.

Se encogió de hombros.

—Ciento noventa o doscientos...

—Conmigo dentro no, desde luego.

—Espera a que te invite, mi pequeña cobarde.

—No podrías ir ni a cien por los caminos de aquí sin salirte. —Bajó del coche—.

¿No vas a guardarlo?

—No. —Miró el reloj—. Me han invitado a ir a cazar palomas.

Aquello me confirmó que estaba en casa. En Escocia los hombres siempre salen a cazar algo, sin importarles los planes que sus mujeres puedan tener para ellos.

Dije:

—¿Cuándo vuelves?

—Probablemente para el té. —Esbozó una sonrisa forzada—. Si quieres, después del té, te llevaré a visitar a los Gibson. Están deseando verte y les prometí llevarte.

—Está bien. Vayamos.

Regresamos a la casa; Sinclair fue a cambiarse y a buscar su equipo de caza y yo me dirigí a mi dormitorio, a deshacer la maleta.

Cuando crucé la puerta de la habitación, sentí el golpe del aire helado. Temblé y me di cuenta de que ya estaba empezando a extrañar el sol californiano y la calefacción central americana. Elvie tenía paredes gruesas y estaba encarada hacia el sur. Las chimeneas estaban constantemente encendidas y siempre había litros de agua caliente, pero los dormitorios parecían constreñidos a estar decididamente helados. Guardé la ropa en los cajones vacíos y llegué a la conclusión de que, aunque se lavaba con agua fría, se secaba rápido y nunca se arrugaba, no abrigaba lo suficiente. Para venir a Escocia, tenía que haberme comprado ropa nueva. Quizá —eso esperaba— mi abuela me la compraría.

Con esto en mente, bajé en su busca y me la encontré cuando salía de la cocina, con botas de goma, un impermeable viejo y una cesta en la mano.

Dijo:

—Ahora mismo iba a buscarte. ¿Dónde está Sinclair?

—Se ha ido a cazar palomas.

—Ah, sí, dijo que no vendría a almorzar. Ven, me ayudarás a coger coles de Bruselas.

Nos detuvimos un momento para buscar unas botas y un viejo abrigo para mí. Luego salimos de nuevo a la mañana tranquila, sólo que esta vez lo hicimos hacia el jardín cerrado. Will, el jardinero, ya estaba allí. Nos miró mientras entrábamos, dejó de cavar, se acercó pisando con cuidado la tierra recién levantada y me saludó con la mano llena de barro.

—Eh —dijo—, hashe mucho tiempo que no veníash a Elvie. —No siempre hablaba con claridad, ya que sólo se ponía los dientes postizos los domingos—. ¿Cómo esh la vida en losh Eshtadosh Unidosh?

Le conté un poco sobre la vida en los Estados Unidos y me preguntó por mi padre, yo le pregunté por la señora Will, que seguía quejándose, como siempre, y después volvió a su trabajo y mi abuela y yo nos fuimos a recoger coles de Bruselas para el almuerzo.

Cuando la cesta estuvo llena, regresamos a la casa, pero la mañana era tan fresca

y tranquila, que mi abuela dijo que no quería entrar todavía; entonces dimos la vuelta, salimos al jardín y nos sentamos en un banco de hierro pintado de blanco para contemplar el parque, el agua y las montañas lejanas. El arriate estaba lleno de dalias, zinnias y ásteres silvestres color púrpura y el césped, todavía húmedo, se encontraba salpicado de hojas color rojo oscuro caídas del arce canadiense. Dijo:

—Siempre pienso que el otoño es la estación perfecta, Algunos la consideran triste, pero en realidad es demasiado hermosa para ser triste.

Cité:

*Septiembre ha llegado, es de ella,
cuya vitalidad brota en el otoño.*

—¿De quién son los versos?

—De Louis MacNeice. ¿Tu vitalidad brota?

—Bueno, debió de brotar hace veinte años. —Nos reímos, y ella me cogió la mano—. Oh, Jane, qué placer es tenerte aquí otra vez.

—Me escribiste tantas veces... Me hubiese gustado venir antes... pero fue realmente imposible.

—Por supuesto, lo entiendo. Fue egoísta por mi parte seguir insistiendo.

—Y esas... cartas que le escribiste a papá. No sabía nada de ellas, si no, hubiese hecho que te contestara.

—Siempre fue muy testarudo. —Me lanzó una mirada fija, muy cortante y azul—. ¿No quería que vinieras?

—Me había decidido a venir y él tuvo que resignarse. Además, con David Stewart allí, esperando para llevarme con él, era muy difícil poner objeciones.

—Tenía miedo de que no fueras capaz de dejarlo.

—Bueno... —Me agaché, cogí una hoja de arce y comencé a desmenuzarla entre los dedos—. Se llevó a una amiga a vivir con él.

Nuevamente la mirada glacial.

—¿Una amiga?

La miré con tristeza. Ella siempre había tenido principios pero nunca había sido una puritana. Dije:

—Linda Lansing. Es actriz. Y su actual novia.

Después de un momento, mi abuela dijo:

—Ya entiendo.

—No, no creo que puedas entenderlo. Pero me cae bien, y lo cuidará... De todos modos, será hasta que yo vuelva a casa.

—No entiendo por qué no volvió a casarse —dijo mi abuela.

—Quizá porque no se quedó en ningún lugar el tiempo suficiente para que se

leyeran las amonestaciones matrimoniales.

—Pero es egoísta. No te dio la oportunidad de marcharte, de volver a Elvie para vemos y ni siquiera de estudiar una carrera.

—Nunca he querido estudiar una carrera.

—Pero hoy en día, todas las muchachas deberían ser capaces de mantenerse.

Le contesté que era muy feliz siendo mantenida por mi padre; mi abuela dijo que era tan terca como él y me preguntó si alguna vez había deseado trabajar en algo.

Pensé mucho, pero sólo pude recordar una ocasión en que tenía ocho años y deseaba trabajar en un circo para ayudar a bañar a los camellos. Me pareció que esto no le agradaría, así que respondí:

—En realidad, no.

—Oh, mi pobre Jane.

Me sentí obligada a salir en defensa de mi padre.

—Pobre no. Para nada. No siento haberme perdido nada. —Pero agregué, para suavizar estas palabras—: Excepto Elvie. Esto sí que lo he echado de menos. Y a ti. Y a todos. —No hizo ningún comentario al respecto. Dejé caer la hoja machacada y me agaché para coger otra. Y añadí, haciendo hincapié en las palabras—: David Stewart me contó lo del tío Aylwyn. No le he dicho nada a Sinclair... pero... lo siento... en serio, haber estado tan lejos y todo...

—Sí. —No había ninguna emoción en el tono de su voz—. Pero, después de todo, fue lo que él eligió... vivir en Canadá y finalmente morir allí. Elvie nunca significó demasiado para Aylwyn. Era una persona muy inquieta. Necesitaba, más que nada, estar rodeado de muchas personas diferentes. Le gustaba la variedad en todo lo que hacía. Y Elvie nunca fue el mejor lugar para eso.

—Es raro... un hombre que se aburra en Escocia... Es justamente el ambiente para un hombre.

—Sí, pero a él no le gustaba cazar ni pescar, más bien le aburría. En cambio, le gustaban los caballos y las carreras, y era un fanático de las apuestas.

Me di cuenta, con sorpresa, de que ésta era la primera vez que hablábamos de mi tío Aylwyn. No es que evitáramos este tema, sino que simplemente antes me resultaba indiferente por completo. Pero ahora me daba cuenta de lo extraño que era lo poco que sabía sobre él... Ni siquiera sabía cómo era físicamente, ya que mi abuela, a diferencia de la mayoría de las mujeres de su generación, no era fanática de las fotos familiares. Las tenía todas archivadas en álbumes, y no en marcos de plata sobre un suntuoso piano.

Le pregunté:

—¿Qué tipo de persona era? ¿Qué aspecto tenía?

—¿Qué aspecto? Era como Sinclair ahora. Tenía mucho encanto personal... Entraba en una habitación y podías ver cómo todas las mujeres cambiaban de actitud,

se estiraban y empezaban a sonreír. —Estaba a punto de empezar a hacerle preguntas sobre Silvia, pero ella se adelantó al mirar el reloj y ponerse en marcha de nuevo—. Tengo que ir a llevarle estas coles a la señora Lumley, porque si no, no estarán listas para el almuerzo. Gracias por ayudarme a recogerlas. Y ha estado muy bien esta pequeña charla.

Sinclair, fiel a su palabra, volvió a la hora del té. Luego nos pusimos los abrigos, llamamos a los perros y partimos para ir a visitar a los Gibson.

Vivían en una casita medio oculta tras un pliegue de la colina, al norte de Elvie, de manera que tuvimos que salir de la isla, cruzar el camino principal, seguir por un sendero que avanzaba entre el césped y el brezo, y cruzar una y otra vez un arroyo que pasaba por debajo del camino a lo largo de una alcantarilla y que desembocaba en el lago de Elvie. El arroyo venía desde la cima de las montañas; tanto el valle estrecho y encerrado por donde discurría como las colinas a ambos lados eran parte de la propiedad de mi abuela.

Mucho tiempo atrás, solían organizarse partidas de caza, con niños como «batidores» y ponis para llevar a los caballeros de más edad hasta los cotos; pero ahora el páramo pertenecía a un sindicato de empresarios locales, que lo usaban para pasear dos o tres sábados en agosto, aunque disfrutaban igualmente llevando a sus familias de excursión o a pescar en las aguas del arroyo.

Al acercarnos a la cabaña oímos los ladridos desde las perreras y, molesta por el ruido, la señora Gibson apareció en la puerta abierta. Sinclair la saludó con la mano y dijo:

—Hola.

La señora Gibson respondió al saludo y después desapareció rápidamente dentro de la casa.

—¿Habrá ido a poner la tetera en el fuego? —sugerí.

—O a advertir al señor Gibson para que se coloque los dientes.

—Eso no es muy amable de tu parte.

—No. Pero es posible.

Había un viejo Land Rover estacionado junto a la casa, con media docena de gallinas Leghorn picoteando alrededor de las ruedas, y una cuerda con ropa tendida, hinchada por la brisa. Cuando nos acercamos a la puerta, la señora Gibson salió de nuevo pero sin el delantal. Llevaba una blusa con un prendedor de camafeo en el cuello, y sonreía de oreja a oreja.

—Oh, Jane, te habría reconocido en cualquier lado. He hablado con Will y me ha dicho que no habías cambiado nada. Y, Sinclair..., no sabía que estuvieras aquí.

—Me he tomado unos días de vacaciones.

—Entrad, entonces. Gibson está tomando el té.

—Espero que no hayamos llegado en un mal momento... —Sinclair se hizo a un

lado y esperó a que yo pasara delante de él. Entré en la cocina; había un fuego encendido en el hogar y Gibson se puso de pie tras una mesa repleta de panecillos, pasteles, manteca, mermelada, miel y té con leche. También se sentía un extraño olor a bacalao.

—Oh, Gibson, estamos molestándote...

—No, en absoluto, en absoluto...

Me tendió la mano, la estreché y la sentí seca y rugosa como la corteza de un árbol viejo. Sin el inevitable sombrero de paño, estaba extraño y desconocido, tan vulnerable como un policía sin gorra, con la cabeza calva cubierta sólo por unos pocos mechones de cabello blanco. Y me di cuenta de que, de todos mis amigos de Elvie, era el único que realmente había envejecido. Sus ojos estaban pálidos, con el contorno blanco. Estaba más delgado, más encorvado, y su voz había perdido el tono viril.

—Sabíamos que habías vuelto a casa. —Se dio la vuelta mientras Sinclair entraba también en la cálida estancia—. Y tú también, Sinclair.

—Hola, Gibson.

La señora Gibson entró apresuradamente detrás de él y nos organizó a todos.

—Está terminando de tomar el té, Sinclair, pero podéis sentaros un rato, a Gibson no le importará. Siéntate aquí, Jane, junto al fuego, se está calentito... —Me senté tan cerca del calor, que creí que me iba a asar—. ¿Quieres una taza de té?

—Sí, gracias.

—Y algo para comer. —Se dirigió al fregadero, apoyó una mano sobre el hombro de su esposo mientras pasaba detrás de él, lo empujó contra el respaldo de la silla y dijo—: Siéntate, querido, y termínate el bacalao. A Jane no le importará...

—Sí, por favor, termínalo.

Pero Gibson dijo que ya había comido bastante, la señora Gibson retiró rápidamente el plato, como si fuera algo indecente, y se fue a llenar la tetera. Sinclair tomó una silla del otro lado de la mesa y se sentó frente a Gibson, con el plato de pasteles en medio. Sacó los cigarrillos, le dio uno al viejo guarda, tomó uno para él y luego se inclinó hacia adelante para encenderlo.

—¿Cómo va todo? —preguntó.

—No nos podemos quejar... Hemos tenido un verano espléndido y seco. Me he enterado de que has estado cazando palomas esta mañana, ¿qué tal te ha ido?

Estuvieron hablando; al oír su conversación y observarlos —el joven fuerte y el anciano—, me resultaba difícil recordar que alguna vez Gibson había sido el único hombre al que el pequeño Sinclair realmente había respetado.

La señora Gibson volvió apresurada con dos tazas limpias —las mejores que tenía, me di cuenta— y las puso sobre la mesa; sirvió té y nos ofreció panecillos, pasteles cubiertos con azúcar y bizcocho, que rechazamos discretamente. Después se

acomodó al otro lado del fuego y charlamos amenamente. De nuevo me pidió noticias sobre mi padre, se las di, luego le pregunté por sus hijos y me contó que Hamish estaba en el ejército y que George había conseguido entrar en la Universidad de Aberdeen, donde estaba estudiando Derecho.

Me sentí muy impresionada.

—Pero eso es maravilloso. No sabía que fuese tan aplicado.

—Siempre ha sido un niño muy luchador... se le dan muy bien los estudios.

—Entonces, ni Hamish ni George seguirán los pasos de su padre.

—Oh, no es lo mismo para los jóvenes. No desean pasarse la vida en la colina... es demasiado aburrido para ellos. Y fíjate, no los podemos culpar. No es vida para un joven de ahora, y a pesar de que les hemos podido dar una buena educación, actualmente no alcanzaría el dinero. Además, pueden ganar el triple en un trabajo en la ciudad, en una fábrica o en una oficina.

—¿No le importa a Gibson?

—No. —Le dirigió una mirada afectuosa, pero él estaba demasiado entretenido con Sinclair para darse cuenta—. No, él siempre ha querido que hagan lo que les guste y que prosperen por sí mismos. No ha dejado de animar a Geordie en ningún momento... y fíjate —agregó la señora Gibson, citando inconscientemente a Barrie—, no hay nada como una buena educación.

—¿No tienes fotos de ellos? Me encantaría ver cómo están ahora.

Se sintió encantada ante esta demanda.

—Las tengo en mi habitación, junto a la cama. Voy a buscarlas...

Se alejó rápidamente y sentí los pesados pasos que subían la pequeña escalera y atravesaban el dormitorio de arriba. Detrás de mí, Gibson decía:

—Mira, no hay nada malo en los viejos cotos de caza... Cuando los construyeron, fueron hechos para durar... sólo que están un poco viejos ahora.

—¿Y las aves?

—Ah, hay muy pocas aves. Mira, cacé un par de zorras con sus cachorros en la primavera.

—¿Y las vacas?

—Las he mantenido apartadas. El brezo está magnífico, lo quemé todo al principio de la temporada...

—¿No crees que es demasiado para ti?

—No, todavía estoy fuerte.

—Mi abuela me dijo que habías estado en cama una o dos semanas el invierno pasado.

—Fue sólo una gripe. El médico me dio una botella y volví a quedar como nuevo... No debes hacer caso de lo que dicen las mujeres...

La señora Gibson, que volvía con las fotos, oyó la última frase y replicó:

—¿Qué pasa con las mujeres?

—Sois un montón de gallinas cluecas —le respondió su marido—, que se preocupan por una gripe sin importancia...

Ah, no fue tan sin importancia... tuvo que guardar cama varios días —agregó, corroborando lo dicho por Sinclair. Me entregó las fotos y continuó hablando sobre el tema—. Y no estoy tan segura de que haya sido sólo una gripe... Quería que se hiciera una radiografía, pero él no quiso ni oír hablar de ello.

—Deberías habértela hecho, Gibson.

—Bah, no tenía tiempo para ir a Inverness a perderlo con estas cosas... —Y, como si estuviera aburrido de hablar sobre su salud y deseara cambiar de tema, corrió su silla en dirección a mí para poder espiar por encima de mi hombro las fotos de sus hijos. Hamish llevaba uniforme de cabo, en Camerons, y George posaba formalmente en el estudio de un fotógrafo—. Geordie está en la universidad, ¿te lo ha contado la señora Gibson? Ya está en tercero, así que pronto será abogado. ¿Os acordáis de cuando os ayudó a construir la cabaña en el árbol?

—Todavía sigue allí. No se ha caído aún.

—Todo lo que Geordie hace, lo hace bien. Es un muchacho maravilloso.

Nos quedamos charlando un rato más, hasta que Sinclair apartó la silla y dijo que era hora de irnos. Los Gibson salieron para despedirnos y los perros comenzaron a ladrar al oír voces; entonces todos nos acercamos a las perreras para decirles cosas. Había dos hembras. Una era negra y la otra canela. La primera tenía el pelo suave y una expresión cautivadora, con ojos grandes y rasgados.

Dije:

—Se parece a Sofía Loren.

—Oh, sí —dijo Gibson—. Es bonita. Ahora está en celo, así que la llevaré a Braemar mañana. Hay un hombre que tiene un buen perro, y he pensado que podríamos tener cachorros.

Sinclair levantó las cejas.

—¿Vas mañana? ¿A qué hora?

—Saldré alrededor de las nueve.

—¿Cuál es el pronóstico del tiempo? ¿Qué día va a hacer?

—Va a haber un poco de viento esta noche, que se llevará toda esta niebla. Hará buen tiempo este fin de semana.

Sinclair me sonrió.

—¿Qué dices?

Había estado jugando con la perra y casi no había escuchado la conversación.

—¿Eh?

—Gibson irá a Braemar mañana por la mañana. Podríamos ir con él y volver a casa caminando por Lairig Ghru... —Se dirigió a Gibson—: ¿Podrías estar en

Rothiemurchus al atardecer y encontrarnos allí?

—Oh, sí, claro. ¿Más o menos a qué hora?

Sinclair pensó.

—¿A las seis? Calculo que estaremos allí alrededor de esa hora. —Me miró nuevamente—. ¿Qué dices, Jane?

Nunca había caminado hasta Lairig Ghru. Todos los veranos, años atrás, se organizaba una excursión desde Elvie y yo siempre había deseado ir, pero nunca me incluían en el grupo porque consideraban que mis piernas no eran lo bastante largas. Pero ahora...

Miré el cielo. Las nubes de la mañana no se habían retirado en ningún momento, y ahora, a medida que iba anocheciendo, se estaban transformando en una llovizna fina.

—¿De verdad que va a hacer un buen día?

—Oh, sí, y muy cálido.

La opinión de Gibson era suficiente.

—Me encantaría hacerlo. Más que cualquier otra cosa.

—Bueno, pues ya está decidido. ¿A las nueve en casa, entonces?

—Estaré allí —prometió Gibson.

Les agradecemos el té y nos marchamos. Bajamos la colina, cruzamos el camino mojado y nos dirigimos a Elvie. Se sentía el aire desagradablemente húmedo y bajo las hayas cobrizas todo estaba muy oscuro. De repente, me sentí deprimida. Quería que nada hubiera cambiado... que Elvie estuviera exactamente tal como lo recordaba, pero al ver a Gibson tan envejecido me quedé impresionada. Había estado enfermo, eso dijo. Y un día moriría. La idea de la muerte, a esa hora fría e intermedia, me hizo temblar.

Sinclair preguntó:

—¿Tienes frío?

—Estoy bien. Ha sido un día largo.

—¿Estás segura de que quieres ir mañana? Habrá que caminar mucho.

—Sí, por supuesto. —Bostecé—. Tendremos que pedirle a la señora Lumley que nos prepare una cesta con provisiones.

Salimos del bosquecillo de hayas y la sombría cara norte de la casa se alzó delante de nosotros en contraste con el cielo amenazante. Brillaba una sola luz amarilla en la oscuridad azul. Decidí darme un baño caliente antes de cenar para dejar de sentirme deprimida y con frío.

Capítulo 6

Y tenía razón. Acariciada por el agua sedosa de Escocia, empecé a adormilarme. Era temprano todavía; cogí una bolsa de agua caliente del anuario del baño, la llené y me metí en la cama durante una hora. Me quedé recostada en la oscuridad, con las cortinas abiertas, oyendo el graznido y el picoteo constante de los gansos salvajes.

Después me vestí nuevamente y, con la vaga idea de que la primera noche en casa tenía que ser una ocasión especial, me tomé el trabajo de recogerme el pelo y de aplicar todo mi ingenio sobre los ojos. Luego cogí mi única prenda formal: una túnica de seda dorada y negra, toda bordada en oro, a la que mi padre no se pudo resistir cuando la vio en una humilde tienda china de un callejón de San Francisco. Me daba un aire muy majestuoso. Luego me puse unos pendientes, me rocié con perfume y bajé. Era temprano, pero quería llegar antes de hora. Había planeado algo mientras estaba echada en la cama, y quería llevarlo a cabo.

El salón de mi abuela, arreglado para la cena, apareció ante mis ojos tan encantador como un escenario. Las cortinas de terciopelo estaban corridas, los almohadones desentumecidos, las revistas ordenadas y el fuego encendido. La habitación se hallaba suavemente iluminada por un par de lámparas cuyas luces se reflejaban en el guardafuego de bronce, en el cubo del carbón y en las superficies de madera lustrada de toda la sala. Había flores por todos lados y cajas con cigarrillos; la mesita que servía de bar estaba llena de botellas, vasos, una cubitera y un platito con nueces, todo cuidadosamente dispuesto.

Al otro lado de la sala, junto al hogar, había una cómoda barriguda muy decorada, con estantes de cristal en la parte superior y tres enormes cajones abajo. Me acerqué a ella, aparté una mesita y me arrodillé para abrir el último cajón. Uno de los tiradores estaba roto y el cajón era muy pesado. Estaba luchando por abrirlo, cuando de pronto oí la puerta y alguien entró. Me sentí frustrada, maldije a quien fuese para mis adentros, pero no tuve tiempo de levantarme, ya que una voz, que venía justo de detrás de mí, dijo:

—Buenas noches.

Era David Stewart. Miré por encima del hombro y lo encontré de pie junto a mí, inesperadamente romántico con un traje azul oscuro.

Estaba demasiado sorprendida como para mostrarme educada.

—Me había olvidado por completo de que venías a cenar.

—Me temo que me he presentado un poco temprano. No he visto a nadie fuera, así que he decidido entrar. ¿Qué haces? ¿Buscas un pendiente o estás jugando?

—Ninguna de las dos cosas. Estoy tratando de abrir este cajón.

—¿Para qué?

—Antes estaba lleno de álbumes de fotos. A juzgar por el peso, creo que aún

están aquí.

—Déjame probar.

Me corrí hacia un lado y lo observé mientras se agachaba sobre sus largas piernas, asía los dos tiradores y suavemente abría el cajón.

—Parece tan fácil —dije—, cuando lo hace otro.

—¿Es esto lo que buscas?

—Así es.

Había tres álbumes viejos y abultados que pesaban una tonelada.

—¿Planeas someterte a una larga sesión nostálgica? Con todo este material vas a estar ocupada toda la noche.

—No, claro que no. Pero quiero encontrar una foto del padre de Sinclair... He pensado que quizá habría alguna de su boda.

Hubo un breve silencio. Luego me preguntó:

—¿A qué se debe ese repentino interés en encontrar una foto de Aylwyn Bailey?

—Bueno, quizá te parezca ridículo, pero nunca he visto ninguna. Quiero decir, mi abuela nunca puso ninguna a la vista. Creo que ni siquiera tiene una en su dormitorio... No lo recuerdo. Es curioso, ¿no?

—No tiene por qué serlo. Y menos si la conoces.

Decidí sincerarme con él.

—Esta mañana hemos estado hablando de él y me ha dicho que se parecía a Sinclair y que era muy guapo. Me ha contado que en cuanto entraba en una habitación, todas las mujeres comenzaban a desplomarse. Cuando era niña, nunca le presté demasiada atención... era simplemente el padre de Sinclair, que vivía en Canadá. Pero... no sé por qué... de repente he sentido curiosidad.

Cogí el primer álbum, lo abrí, pero tenía fecha de hacía sólo diez años; entonces busqué en el fondo del cajón y cogí el último. Era un álbum elegante, encuadernado en cuero, y todas las fotos, descoloridas hacia tonos sepia, estaban colocadas con precisión geométrica y rotuladas con tinta blanca.

Pasé las hojas. Fotos de fiestas y excursiones, grupos y retratos de estudio con fondos pintados y palmeras en macetas. Una joven en su puesta de largo y una niña con medias negras (mi madre) vestida de gitana.

Y después, un grupo en una boda.

—Aquí está.

Mi abuela, imponente con lo que parecía un turbante de terciopelo y un vestido largo. Mi madre, sonriendo feliz como si se hubiese propuesto parecer divertida. Mi padre, joven y delgado, bien afeitado y con esa expresión de sufrimiento tan suya. Probablemente le apretaba el cuello de la camisa. Una niña desconocida, la dama de honor, y finalmente la novia y el novio, Silvia y Aylwyn, con esos rostros jóvenes y redondos y curiosamente sin ningún signo de experiencia. Silvia tenía una boca

pequeña, los labios de rojo oscuro, y Aylwyn sonreía reservadamente ante la cámara, con los ojos rasgados que sugerían que todo el asunto era una broma de lo más graciosa.

—¿Y? —dijo David.

—Mi abuela tenía razón... es idéntico a Sinclair... sólo que tiene el cabello más corto y con un corte diferente, y quizá no era tan alto. Y Silvia... —No me gustaba Silvia—. Silvia lo abandonó cuando sólo llevaban un año casados. ¿Lo sabías?

—Sí, ya lo sabía.

—Por eso Sinclair siempre ha vivido en Elvie. ¿Qué estás haciendo?

Estaba rebuscando en el fondo del cajón.

—Aquí hay más —dijo, y sacó una pila de fotos con marcos pesados que estaban escondidas en el fondo, fuera de la vista.

—¿De qué son?

Dejó el álbum que estaba mirando.

Les dio la vuelta.

—Otra boda. Creo que la de tu abuela.

Olvidé a Aylwyn.

—Oh, déjame ver.

Ahora nos habíamos remontado a los años de la Primera Guerra Mundial, con faldas largas y sombreros enormes. El grupo posaba sentado en sillas, como si pertenecieran a la realeza, con cuellos altos y chaqués, y una expresión de inmensa solemnidad en los rostros. Mi abuela era una joven novia de pechos voluminosos con un vestido de encaje; y su flamante marido, apenas mayor que ella, tenía la misma expresión divertida y alegre que ni siquiera la ropa lúgubre y el enorme bigote podían aplacar.

Dije:

—Aquí parece alegre.

—Probablemente lo estaba.

—¿Y quién es éste? El viejo con patillas y falda de escocés...

David miró por encima de mi hombro.

—Probablemente el padre del novio. ¿No está espléndido?

—¿Quién era?

—Creo que todo un personaje. Se llamaba a sí mismo Bailey de Cairneyhall. Pertenece a una vieja familia del lugar; y dicen que se daba aires de importancia a pesar de que no tenía ni un céntimo.

—¿Y el padre de mi abuela?

—Este caballero de aspecto imponente, me imagino. Harina de otro costal. Era un agente de bolsa de Edimburgo; hizo mucho dinero y murió rico. Y tu abuela —agregó en un tono de voz típico de abogado— era su única hija.

—Quieres decir... que era un buen partido.

—Se podría decir que sí.

Miré la foto otra vez. Los rostros solemnes y desconocidos de mis antepasados, las personas que me hicieron, con todos mis defectos y mis pequeñas virtudes, que me dieron el rostro y las pecas y ese cabello rubio nórdico.

—No había oído hablar nunca de Cairneyhall.

—Es lógico. Quedó abandonado y ruinoso, hasta que tuvieron que derruirlo todo.

—¿Entonces mi abuela nunca vivió allí?

—Creo que sólo uno o dos años, probablemente sin muchas ganas. Pero cuando falleció su esposo, se mudó a esta parte del mundo, compró Elvie y crió a sus hijos aquí.

—Entonces...

Me detuve. Me di cuenta de que, sin reflexionar demasiado en ello, siempre había pensado que mi abuela, si bien no la habían «dejado rica», por lo menos sí en una buena situación económica. Pero ahora parecía que no había sido así. Elvie, con todo lo que hay en ella, era parte de su propia herencia, pertenecía totalmente a ella. Y no tenía ninguna relación con su matrimonio con el padre de Aylwyn. David me estaba observando.

—¿Entonces? —insinuó suavemente.

—Nada. —Me sentí avergonzada. El tema del dinero me hace sentir incómoda, una característica que heredé de mi padre; rápidamente cambié de tema—. De todos modos, ¿cómo sabes tanto sobre ellos?

—Porque me encargo de los asuntos familiares.

—Ya veo.

Cerró el álbum de fotos.

—Quizá será mejor que guardemos todo esto...

—Sí, claro. Y, David..., no quiero que mi abuela se entere de que te he estado haciendo estas preguntas.

—No diré ni una palabra.

Guardamos los álbumes y las fotos en donde los habíamos encontrado, y cerramos el cajón. Coloqué la mesita nuevamente en su sitio, después me acerqué al hogar, cogí un cigarrillo y lo encendí con una brasa. Cuando me enderecé, encontré a David observándome. Dijo, inesperadamente:

—Estás muy guapa. Es obvio que Escocia te sienta bien.

Respondí:

—Gracias. —Que es lo que las jóvenes norteamericanas bien educadas aprenden a responder cuando les hacen un cumplido. (Las inglesas responden con frases como: «Oh, no, estoy horrible», o «¿Cómo puedes decir que te gusta este vestido? Es espantoso», que pueden resultar, estoy segura, muy desconcertantes.)

Y después, debido a que de repente sentí vergüenza y necesitaba cambiar de tema, sugerí prepararle una copa y David me respondió que en Escocia no se preparan las copas, se sirven.

—No los martinis —insistí—. No puedes servir un martini sin haberlo preparado antes. Es lógico.

—Tú ganas. ¿Quieres un martini?

Dudé.

—¿Sabes cómo prepararlo?

—Eso creo.

—Mi padre dice que sólo hay dos hombres en toda Gran Bretaña que sepan preparar un martini, y que él es uno de ellos.

—Entonces yo debo de ser el otro. —Se acercó a la mesa y se puso manos a la obra con las botellas, el hielo y las cáscaras de limón, y añadió—: ¿Qué has hecho hoy?

Se lo conté todo, hasta lo del baño caliente y el descanso en la cama, y luego agregué:

—Y no te imaginas lo que tenemos planeado para mañana.

—No. Dímelo.

—Sinclair y yo daremos un paseo por Lairig Ghru.

Se mostró agradablemente impresionado.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Gibson nos va a llevar en coche hasta Braemar y después nos recogerá en Rothiemurchus al atardecer.

—¿Qué tiempo va a hacer?

—Gibson afirma que bueno. Dice que todas estas nubes desaparecerán y que hará calor.

Lo observé, me gustaban sus manos tostadas, los cabellos negros y la espalda ancha bajo el suave terciopelo azul. Añadí, casi por impulso:

—Deberías venir también...

Atravesó la habitación con dos vasos llenos de hielo y de un líquido color dorado.

—Me gustaría más que nada en el mundo, pero mañana estaré todo el día ocupado.

Cogí el vaso y dije:

—Quizá otro día.

—Sí, quizá.

Sonreímos, brindamos y bebimos. El martini estaba delicioso, frío y embriagador como el fuego. Dije:

—Escribiré a mi padre y le diré que he conocido al otro preparador de martinis. —Y luego recordé algo—. David, necesito comprar algo de ropa...

Encajó el repentino cambio de tema sin alterarse.

—¿Qué clase de ropa?

—Ropa para Escocia... jerseys y esas cosas. Tengo el dinero que me dio mi padre, pero está en dólares. ¿Podrías cambiármelos?

—Sí, claro, ¿pero adónde tienes previsto ir de compras? Caple Bridge no es precisamente el centro de modas del norte.

—No quiero nada que esté de moda, simplemente busco algo que abrigue.

—En ese caso, no hay problema. ¿Cuándo quieres ir?

—¿El sábado?

—¿Sabes llevar el coche de tu abuela?

—Sé llevarlo, pero no puedo. No tengo licencia británica... pero no importa, tomaré el autobús.

—Está bien. Entonces ven a la oficina; yo te indicaré dónde encontrar la ropa y te daré el dinero. Y cuando hayas terminado con tus compras, si no tienes nada mejor que hacer, te invito a almorzar.

—¿En serio? —No me lo esperaba, y estaba encantada—. ¿Dónde?

Se rascó la nuca pensativamente.

—No hay demasiadas posibilidades. Puede ser Crimond Arms o mi casa, pero la criada no viene los sábados.

Dije:

—Puedo cocinar. Compra algo y yo cocinaré. De todos modos, me gustaría conocer el lugar donde vives.

—No es muy excitante.

Pero me di cuenta de que estaba ligeramente excitada. Siempre he creído que no se llega a conocer a un hombre hasta que no se ve su casa, sus libros, sus cuadros, cómo ha dispuesto los muebles. Todo el tiempo que estuvo en California y mientras viajábamos juntos, David había sido dulce y amable, pero sólo me había mostrado el lado correcto y práctico de su carácter. Pero ahora me había ayudado a encontrar la foto que buscaba; además había respondido con mucha paciencia a todas mis preguntas y finalmente me había invitado a almorzar. Me di cuenta de que sentía mucho más por él de lo que me había imaginado al principio, y era muy gratificante imaginar que quizá a él le sucedía lo mismo conmigo.

Al terminar de cenar, me sentí otra vez agotada por la fatiga o el *jet-lag*, o como quiera que se llame, y puse como excusa el activo día que me esperaba. Di las buenas noches a todo el mundo, me fui a la cama y en seguida me quedé profundamente dormida.

Me desperté al cabo de un rato con el sonido del viento que había prometido Gibson y que suavemente golpeaba la casa, silbaba por debajo de la puerta, agitaba el

agua del lago y formaba pequeñas olas que chocaban contra la orilla. Y, por encima de todos los sonidos de la noche, oí voces.

Busqué el reloj, vi que todavía no era medianoche y escuché nuevamente. Las voces se hicieron más claras y me di cuenta de que pertenecían a mi abuela y a Sinclair, que se encontraban sobre el césped, bajo mi dormitorio, sin duda paseando a los perros por el jardín antes de cerrar la casa.

—... creo que está muy envejecido.

Era la voz de Sinclair.

—Sí, pero ¿qué puedo hacer?

—Haz que se retire. Consigue otro hombre.

—¿Pero adónde se irían? Sería distinto si uno de los muchachos estuviese casado, con una casa donde alojarlos. Además, trabaja aquí desde hace casi cincuenta años... desde que estoy yo. No podría quitármelo de encima simplemente porque se está haciendo viejo. Además, sin un trabajo que hacer, se moriría en dos meses.

Comprendí, con pena, que estaban hablando de Gibson.

—Pero ya no es capaz de seguir con este trabajo.

—Dime, ¿en qué te basas para afirmar eso?

—Es obvio. Ya ha superado con creces la edad para hacerlo.

—Por lo que a mí respecta, considero que aún es perfectamente adecuado. Sería distinto si tuviese que cuidar un grupo de robustos cerdos. El sindicato es...

Sinclair la interrumpió.

—Ése es otro tema. Es totalmente absurdo alquilar un páramo excelente como éste a uno o dos empresarios locales de Caple Bridge. Lo que te pagan ni siquiera alcanza para cubrir el sueldo de Gibson.

—Resulta que esos uno o dos empresarios, Sinclair, son amigos míos.

—Eso no tiene nada que ver. Por lo que dices, parece que estamos administrando una institución de caridad.

Hubo una pausa y después, con frialdad, mi abuela le corrigió.

—En todo caso, yo estoy administrando una institución de caridad.

La frialdad de su tono de voz me hubiese hecho callar, pero no así a Sinclair, que pareció no percibirla; me pregunté hasta qué punto ese coraje era de origen holandés, reforzado por algunas copas de coñac después de la cena.

—Si así son las cosas —dijo—, te sugiero que dejes de hacerlo ya mismo. Jubila a Gibson y vende el páramo, o al menos alquílalo a alguien que sea capaz de pagar una renta razonable...

—Ya te he dicho...

Las voces se desvanecieron. Se estaban alejando, y aún continuaban discutiendo fuertemente. Doblaron la esquina de la casa y dejé de oírlos definitivamente. Me di cuenta de que me había quedado rígida en la cama, y me sentí muy triste por haberme

visto forzada a escuchar algo que obviamente no iba destinado a mí. El hecho de que discutiesen me hacía sentir mal, pero peor aún el tema sobre el que discutían.

Gibson. Pensé en él como era antes, fuerte e incansable, una mina llena de consejos y de esa sabiduría del hombre del campo. Lo recordé, infinitamente paciente, enseñando a Sinclair a cazar y a pescar, respondiendo preguntas, permitiéndonos seguirle como un par de cachorros. Y la señora Gibson, que nos había malcriado y mimado, comprado dulces e invitado a panecillos calientes recién sacados del horno y que chorreaban esa manteca amarilla que ella misma hacía.

Era imposible unir el pasado con el presente. El Gibson que recordaba y el anciano que había visto hoy. Y era aún más difícil aceptar que era mi primo Sinclair el que hablaba como si tal cosa de quitarse a Gibson de encima, como si se tratase de un perro viejo y maloliente y hubiese llegado la hora de terminar con él sin causarle dolor.

Capítulo 7

Me desperté de nuevo, como si un despertador inconsciente me hubiese rescatado del sueño. Sabía que ya era de día. Me desperecé, abrí los ojos y vi a un hombre a los pies de la cama que me observaba con mirada fría. Di un grito sofocado de miedo, me senté con el corazón latiendo con violencia, pero sólo era Sinclair que venía a despertarme.

—Son las ocho —dijo—. Salimos a las nueve.

Me froté los ojos para quitarme el sueño y para darme tiempo a que el pánico desapareciera de mis venas.

—Me has dado un susto de muerte.

—Perdona, no era mi intención... Sólo venía a despertarte.

Volví a mirarlo, y esta vez no vi ninguna amenaza, sólo la silueta familiar de mi primo con los brazos cruzados, a los pies de mi cama, con esos ojos rasgados brillantes y un aire divertido. Llevaba una falda escocesa desteñida, un amplio jersey de lana y una bufanda anudada al cuello. Iba limpio y peinado y olía a una deliciosa loción para después del afeitado.

Me puse de rodillas, abrí la ventana y me asomé para inspeccionar el cielo. Era perfecto, azul, brillante, limpio, frío y sin una nube. Dije, maravillada:

—Gibson tenía razón.

—Claro que tenía razón. Siempre tiene razón. ¿Has oído el viento esta noche? Y ha helado, muy pronto los árboles comenzarán a cambiar de color.

El lago, de color azul por el reflejo del cielo, estaba salpicado de pequeñas manchas de espuma; las montañas del otro lado ya no estaban ocultas detrás de la niebla, se veían claras y brillantes, con grandes parches de brezo color púrpura, y en el aire cristalino de la mañana podía distinguir cada roca, cada grieta y cada hondonada hasta llegar a las altas cumbres.

Era imposible no sentirse exaltada por un día así. La incertidumbre de la noche había desaparecido junto con la oscuridad. Había oído lo que no me correspondía oír, pero a la luz clara de la mañana, parecía perfectamente posible que me hubiese equivocado, que hubiese entendido mal. Después de todo, no había oído el principio de la discusión, ni tampoco el final... y estaba mal juzgar cuando sólo contaba con la mitad de los hechos.

Aliviada al haber podido guardar tan fácilmente mis preocupaciones íntimas, me sentí de repente enormemente feliz. Salté de la cama y me dirigí, en camisón, a buscar ropa. Sinclair, habiendo cumplido con éxito su misión, bajó a tomar el desayuno.

Desayunamos en la cocina cálida y confortable. La señora Lumley había freído

salchichas; me comí cuatro y me tomé dos tazas de café enormes. Después busqué una vieja mochila, en la que guardamos las provisiones para el almuerzo: bocadillos, chocolate, manzanas y queso.

—¿Queréis un termo? —preguntó la señora Lumley.

—No —respondió Sinclair, que todavía estaba comiendo una tostada con mermelada—. Pero danos un par de vasos de plástico para que podamos beber agua del río.

Oímos la bocina de un coche, y en seguida Gibson apareció por la puerta trasera. Llevaba una amplia falda de paño color verdoso, unos calcetines muy gruesos que cubrían sus delgadas pantorrillas, y el viejo sombrero de paño en la cabeza.

—¿Estáis listos? —preguntó.

Obviamente, había supuesto que no, pero sí lo estábamos. Cogimos los impermeables y la mochila con las provisiones, nos despedimos de la señora Lumley y salimos a esa gloriosa mañana. EL aire helado me entraba por la nariz, bajaba por los pulmones y me hacía sentir capaz de saltar por encima de la casa.

—¡Qué afortunados somos! —grité con entusiasmo—. Hace un día maravilloso.

Y Gibson dijo:

—Es bonito.

Para provenir de un escocés, este comentario era lo más entusiasta que podía pronunciar.

Nos metimos en el Land Rover. Había sitio para los tres en el asiento de delante, pero la perra de Gibson se mostró nerviosa y ansiosa de compañía, así que preferí sentarme atrás con ella. Al principio lloriqueó y parecía inquieta y preocupada, pero después de un rato se acostumbró al bamboleo del coche y se acomodó para dormirse, con la cabeza suave y aterciopelada apoyada en mi zapato. Gibson tomó el camino a Braemar que cruza Tomintoul, siguió hacia el sur por las montañas, y atravesamos el valle dorado y soleado del Dee alrededor de las once. El río estaba crecido, profundo y claro como un cristal ámbar y avanzaba sinuoso por campos y pastos, y por entre grandes extensiones de altos pinos escoceses. Llegamos a Braemar, la atravesamos y seguimos otros cinco kilómetros hasta llegar al puente que cruza el río y lleva a Mar Lodge.

Nos detuvimos allí, bajamos, la pena corrió un poco y Gibson fue a buscar la llave de las puertas del bosque de pinos. Después, entramos en el bar; Sinclair y Gibson bebieron cerveza y yo tomé un vaso de sidra.

—¿Falta mucho? —pregunté.

—Unos seis kilómetros —me respondió Gibson—. Pero el camino está muy mal y quizá sea mejor que vengas delante con nosotros.

Entonces abandoné a la perra y me senté en el asiento de delante entre los dos hombres. El camino casi no era un camino, era un simple sendero abierto por una

apisonadora, lleno de baches, y utilizado por la Comisión de Bosques. De vez en cuando, pasábamos junto a algún grupo de taladores que trabajaban con enormes sierras mecánicas y tractores. Los saludábamos, ellos respondían a nuestro saludo, y en algunos casos tuvieron que apartar del sendero los grandes camiones para dejarnos paso. El aire olía a pino. Cuando finalmente llegamos a la pequeña cabaña utilizada por escaladores y excursionistas de fin de semana, descendimos del Land Rover, entumecidos y doloridos por el viaje, y sentimos una inmensa quietud. Los bosques, el páramo y las montañas nos rodeaban y sólo un suave y lejano hilo de agua y el susurro de los pinos rozándose entre sí rompían el silencio.

—Nos encontraremos en Loch Morlich —dijo Gibson—. ¿Creéis que estaréis allí a las seis?

—Si no estamos, espéranos. Y si todavía no hemos llegado cuando oscurezca, avisa a los de Rescate en las Montañas. —Sinclair sonrió—. No nos apartaremos del sendero, así que en principio tiene que ser perfectamente fácil encontrarnos.

—No te tuerzas el tobillo —me advirtió Gibson—. Y que tengáis un buen día.

Respondimos que eso esperábamos. Lo observamos mientras volvía al coche, daba la vuelta y se alejaba por el mismo camino por donde habíamos venido. El sonido del motor se extinguió gradualmente en la inmensidad de la mañana. Miré el cielo y pensé, por enésima vez, que Escocia parece poseer más de lo que le corresponde de cielo... se expande y eleva y parece alcanzar el infinito. Dos zarapitos volaron por encima de nuestras cabezas, y pude oír el balido de las ovejas en la distancia. Sinclair me sonrió. Dijo:

—¿Vamos?

Comenzamos a caminar. Sinclair iba delante y yo le seguía por un sendero que avanzaba a lo largo de un arroyo lleno de juncos. Llegamos a una granja solitaria; había ovejas en corrales cercados con maderas y un perro salió a ladrarnos. Pasamos la granja, continuamos caminando, el perro regresó a su perrera y nuevamente nos rodeó el silencio. De vez en cuando, encontrábamos pequeñas parcelas de color, jacintos balanceándose, enormes cardos color púrpura y manchas oscuras de brezo rodeadas de abejas. El sol ya estaba alto en el cielo; nos quitamos los jerseys y nos los atamos alrededor de la cintura. El sendero ascendía por la colina, y subimos por entre los árboles. Sinclair, que iba delante de mí, silbaba suavemente. Reconocí la melodía: «La boda de Mairi». La cantábamos cuando éramos niños, después del té, en la sala, mientras mi abuela nos acompañaba al piano.

*Caminemos alegremente, caminemos,
talón tras talón y punta tras punta,
brazo con brazo y fila tras fila
todos a la boda de Mairi.*

Llegamos a un puente y una cascada. La cascada no era ámbar sino verde, del color del jade chino, y se precipitaba desde una altura de seis metros o más hasta un estanque de roca pálida. Nos detuvimos en el puente y la contemplamos: una masa de agua brillante como una joya, translúcida y llena de sol, rodeada por un arco iris en miniatura, que se precipitaba hacia un estanque lleno de espuma. Nunca había visto nada tan hermoso. Por encima del estruendo del agua, dije:

—¿Por qué tiene ese color? ¿Por qué no es ámbar?

Y Sinclair me explicó que el agua allí llegaba fresca desde las cimas de piedra caliza, y que, por lo tanto, no se había manchado con turba. Permanecimos durante un rato hasta que dijo que no teníamos tiempo que perder y que debíamos seguir.

Para darnos ánimos, cantamos nuevamente y competimos para ver quién recordaba las letras. Cantamos «El camino a las islas», «Hacia casa» y «Acompáñame», que es la mejor marcha de todas. El sendero comenzó a ascender por la ladera de una gran montaña; entonces dejamos de cantar porque necesitábamos todo nuestro aliento. El suelo estaba lleno de raíces de brezo secas y era muy pantanoso; con cada paso, el lodo oscuro fluía por ambos lados de los zapatos. Empezaron a dolerme las piernas y la espalda. Me di cuenta de que me faltaba el aire y, a pesar de que me marqué como objetivo esa cima y después la siguiente, siempre parecía que hubiese otra esperando más allá. Era muy desalentador.

Entonces, justo cuando ya estaba perdiendo las esperanzas de llegar a algún lado, apareció frente a nosotros la ladera negra de una montaña, con la cima dentada que atravesaba el azul del cielo, y la superficie escarpada que caía más de trescientos metros hasta llegar a un estrecho valle pardo.

Me detuve y la señalé.

—Sinclair, ¿qué es eso?

—El Pico del Diablo.

Llevaba un mapa. Nos sentamos, lo abrió a pesar del viento e identificamos los picos que nos rodeaban: Ben Vrottan y Cairn Toul, Ben Macdui y la extensa cordillera que llegaba a Cairngorm.

—¿Y este valle?

—Glen Dee.

—¿Y el arroyuelo?

—El arroyuelo, como tú lo llamas, es el impetuoso Dee en las primeras etapas de su curso.

Y de hecho, era absurdo identificar aquel modesto arroyo con el majestuoso río que habíamos visto a primera hora de la mañana.

Comimos chocolate y continuamos la marcha, por suerte colina abajo, por un largo sendero que llevaba a Lairig Ghru. La senda avanzaba sinuosa frente a nosotros, como un garabato blanco en medio de la hierba seca, y subía suavemente hasta un

punto lejano en el horizonte, donde las montañas y el cielo parecían encontrarse. Caminamos; el Pico del Diablo se elevaba por delante y por encima de nosotros, y después caía por detrás. Caminamos y estábamos solos. Totalmente solos. No había conejos, ni liebres, ni ciervos, ni aves silvestres. Tampoco había águilas. Nada rompía el silencio. Ninguna criatura viviente se movía. Sólo se oía el sonido de nuestros pasos y el silbido de Sinclair.

*Mucha comida, mucho arenque,
mucha turba para llenar su cesta,
muchos niños bonitos como una fuente,
así brindamos por Mairi.*

De repente, apareció una casa, un refugio de piedra al pie de una colina, en la otra orilla del río.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Es un refugio para escaladores o excursionistas, en caso de mal tiempo.

—¿Cómo andamos de tiempo?

—Bien.

Después de un rato, dije:

—Tengo hambre.

Sinclair me sonrió por encima del hombro.

—Cuando lleguemos al refugio —prometió—, comeremos.

Al cabo de un rato estábamos tendidos boca arriba sobre el césped mullido que el viento mecía. Sinclair tenía la cabeza apoyada en un jersey, y la mía descansaba sobre su estómago. Miré el cielo azul despejado y pensé que estar con un primo era algo extraño. A veces nos sentíamos tan unidos como hermanos, pero en otras ocasiones la situación era algo incómoda. Me dije que tenía que ver con el hecho de que ya no éramos niños... con el hecho de que Sinclair me parecía increíblemente atractivo, y sin embargo esto no explicaba totalmente un freno instintivo, algo como si, en algún lugar de mi mente, una alarma me advirtiera sobre algún peligro.

Una mosca, un mosquito o algún otro bicho se posó sobre mi cara y lo aparté. Se posó de nuevo. Dije:

—¡Maldita sea!

—¿Maldita sea qué? —dijo Sinclair, medio adormecido.

—Una mosca.

—¿Dónde?

—En mi nariz.

Movió la mano para espantar la mosca. La apoyó sobre la curva de mi mandíbula y la dejó allí, con los dedos rodeando el mentón.

Dijo:

—Si nos dormimos, al despertar veremos a Gibson y a todo el equipo encargado de rescates en la montaña, viniendo por el sendero para buscarnos.

—No nos dormiremos.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

No le respondí, no podía hablarle sobre las tensiones internas que sentía, la sensación en el estómago cuando posó la mano... el hecho de que no sabía si esa sensación estaba provocada por el sexo o... por el temor. Parecía una palabra rara para ser utilizada en relación con Sinclair, pero ahora la conversación que había escuchado la noche anterior resurgió de mi subconsciente y empezó a preocuparme otra vez, como un peno con un hueso viejo y sin sabor. Me dije que tenía que haberme propuesto ver a mi abuela antes de salir por la mañana. Con sólo mirarle a la cara, me habría dado cuenta de toda la verdad. Pero ella no había aparecido antes de que nos fuéramos y, si estaba durmiendo, yo no había querido molestarla.

Me moví, incómoda, y Sinclair dijo:

—¿Qué te pasa? Estás tensa como un alambre. Debes de tener una preocupación secreta, algún remordimiento.

—¿Y a santo de qué iba yo a tener remordimientos?

—Eres tú quien debe saberlo. ¿Por haber dejado a papá, quizá?

—¿A mi padre? Debes de estar bromeando.

—¿Quieres decir que te alegraste de poner pies en polvorosa de Reef Point, California?

—Para nada. Mi padre, en este momento, está muy bien cuidado y no siento ni el más mínimo remordimiento.

—Entonces tiene que haber algo más. —Pasó la yema del dedo pulgar suavemente sobre mi mejilla—. Ya sé, es el abogado ansioso de amor.

—¿Qué? —Ahora mi asombro era genuino.

—El abogado. Ya sabes, el viejo y astuto Rankeillour.

—No te sirve de nada citar a Robert Louis Stevenson... Además, todavía no entiendo de qué estás hablando.

Pero, por supuesto, sí lo entendía.

—David Stewart, querida. ¿Sabes?, no pudo apartar los ojos de ti anoche. Te estuvo observando durante toda la cena, con un brillo sensual en la mirada. Debo aceptar que estabas bastante atractiva. ¿De dónde sacaste esa túnica con aire oriental?

—De San Francisco, y lo que dices es ridículo.

—En absoluto... Sinceramente, era obvio. ¿Qué te parece la idea de ser la amante de un viejo?

—Sinclair, no es un viejo.

—Debe de tener alrededor de treinta y cinco años. Pero es tan responsable, querida... —Cambió el tono de voz por uno más meloso, como el de una viuda arrugada—. Y tan buen muchacho...

—Eres malo.

—Así es. —Y, sin cambiar de expresión, continuó—: ¿Cuándo vuelves a los Estados Unidos?

Me cogió desprevenida.

—¿Por qué?

—Por saberlo.

—Más o menos dentro de un mes.

—¿Tan pronto? Esperaba que te quedaras. Que abandonaras a tu padre y echaras raíces en tu país natal.

—Quiero demasiado a mi padre como para abandonarlo. Y de todos modos, ¿qué haría aquí?

—¿Conseguir un trabajo?

—Te pareces a la abuela. No podría conseguir un trabajo porque no estoy capacitada para hacer nada.

—Podrías trabajar de secretaria.

—No, no podría. Cada vez que intento escribir algo a máquina, las letras salen en rojo.

Dijo:

—Podrías casarte.

—No conozco a nadie.

—Me conoces a mí —dijo Sinclair.

Su pulgar, que estaba acariciando mi mejilla, de repente se quedó quieto. Después de un momento, me senté y me volví para mirarlo. Sus ojos estaban más azules que el cielo, pero la mirada clara no revelaba nada.

—¿Qué has dicho?

—He dicho «me conoces a mí».

Movió la mano, me cogió la muñeca y la rodeó fácilmente con los dedos.

—No puedes estar hablando en serio.

—¿Que no? Está bien, supongamos que hablo en serio. ¿Qué responderías?

—Bueno, en primer lugar, se trataría prácticamente de un incesto.

—Mentira.

—¿Y por qué yo? —Me entusiasmé con el tema—. Sabes perfectamente que siempre me has considerado fea, siempre me lo decías...

—Pero no ahora. Ya no eres fea ahora. Te has transformado en una vikinga espléndida...

—... y no tengo talento para nada. Ni siquiera sé arreglar flores.

—¿Para qué diablos quieres arreglar flores?

—Y además, debes de tener miles de mujeres ansiosas distribuidas por todo el país, muriéndose por tu amor y esperando que un día les pidas que se conviertan en la señora de Sinclair Bailey.

—Quizá —dijo Sinclair con una satisfacción desesperante—. Pero yo no las quiero a ellas.

Consideré la idea, y a pesar de mí misma, la encontré intrigante.

—¿Dónde viviríamos?

—En Londres, por supuesto.

—No quiero vivir en Londres.

—Estás loca. Es el único lugar para vivir. Todo sucede allí.

—Me gusta el campo.

—Iríamos al campo los fines de semana, eso es lo que hago de todas formas, y estaríamos con amigos...

—¿Haciendo qué?

—Pasando el rato. Podríamos navegar, quizá. O ir a las carreras...

Agucé los oídos.

—¿A las carreras?

—¿Nunca has estado en una carrera? Es lo más emocionante del mundo. —Se sentó y se apoyó sobre los codos, de manera que sus ojos quedaron a la misma altura que los míos—. ¿Te estoy convenciendo?

Dije:

—Existe un pequeño aspecto que todavía no has mencionado.

—¿Y cuál es?

—El amor.

—¿El amor? —Sonrió—. Pero Janey, claro que nos amamos. Siempre nos hemos amado.

—Pero eso es diferente.

—¿Por qué?

—Si no lo sabes, yo no te lo puedo explicar.

—Inténtalo.

Me senté en silencio, preocupada. Sabía que en cierto modo tenía razón. Siempre le había amado. Cuando éramos niños, era la persona más importante en mi vida. Pero no estaba totalmente segura en cuanto al hombre en que se había convertido. Con temor a que pudiera leer todo esto en mi rostro, miré hacia abajo y empecé a arrancar el césped, manojos enteros desde la raíz, que luego soltaba para que se los llevara el viento.

Finalmente dije:

—Creo que los dos hemos cambiado. Te has convertido en una persona diferente. Y yo, prácticamente, soy americana...

—Oh, Janey...

—No, es verdad. Me criaron allí, me educaron allí... El hecho de que tenga un pasaporte británico no cambia nada. O el modo en que siento las cosas.

—Te estás liando con detalles sin importancia. Lo sabes, ¿verdad?

—Quizá. Pero no olvides que de todos modos esta conversación es hipotética... Estamos discutiendo sobre una suposición...

Respiró hondo como para continuar con la discusión, pero luego pareció cambiar de idea y rió.

—Podríamos permanecer aquí sentados todo el día, ¿no?, y seguir conversando sin parar.

—¿No deberíamos seguir?

—Sí, nos quedan por lo menos otros quince kilómetros. Pero ya hemos hecho mucho y, para tu información, este comentario pretendía ser ambiguo.

Sonreí. Me puso la mano alrededor del cuello, acercó mi rostro al suyo y besó mi boca abierta y sonriente.

Me estaba esperando algo así, pero no estaba preparada para mi propia reacción de pánico. Me quedé quieta entre sus brazos, esperé a que terminara y, cuando finalmente se apartó, permanecí por un momento donde estaba; luego, lentamente, empecé a guardar en la mochila el papel que envolvía los bocadillos y los vasos de plástico rojo. De pronto, esa soledad se transformó en algo amenazante y pensé en nosotros dos, pequeños como hormigas, las únicas criaturas vivientes en medio de aquel paisaje inmenso y desierto; me pregunté si Sinclair me habría traído con la idea de comenzar esta conversación insólita, o si la idea de casarnos sólo había sido un antojo que surgió de la nada.

Dije:

—Sinclair, debemos irnos. De verdad, tenemos que irnos.

Sus ojos parecían pensativos. Pero simplemente sonrió y dijo:

—Sí.

Y se puso de pie, cogió la mochila y se volvió para guiarme por el sendero que llevaba al desfiladero lejano.

Llegamos a casa al anochecer. Había caminado los últimos kilómetros a ciegas, simplemente poniendo un pie delante del otro, sin atreverme a parar ya que, si lo hubiese hecho, no habría podido arrancar de nuevo. Cuando por fin llegamos a la última curva del sendero y, a través de los árboles, vi el puente, el portón y a Gibson con el Land Rover esperando en el camino, apenas pude creer que realmente lo habíamos logrado. Aunque me dolían todos los músculos, anduve los últimos metros, pasé por encima del portón y me tiré literalmente en el asiento del coche; cuando

intenté encender un cigarrillo, me di cuenta de que me temblaban las manos.

Avanzamos con el coche hasta casa a través de una oscuridad azul. Hacia el este se veía una luna nueva diminuta, pálida y fina como una pestaña, que flotaba baja en el cielo. Los faros iban iluminando el camino. Vimos un conejo atravesarlo rápidamente para protegerse y los ojos de un perro vagabundo que brillaban como dos perlas gemelas y que luego desaparecieron. Los dos hombres hablaban; sentada entre ellos, yo estaba deshecha, en silencio, con un agotamiento que no era totalmente físico.

Esa noche me despertó el timbre del teléfono, un sonido chillón que penetró en mis sueños y me arrancó del descanso como a un pez enganchado en un anzuelo. No tenía idea de qué hora era, pero, al volver la cabeza, vi que la luna brillaba sobre el lago y su reflejo decoraba el agua negra con pequeñas pinceladas de plata.

El teléfono continuó sonando. Todavía medio dormida, me levanté tambaleándome, atravesé el dormitorio y salí al rellano a oscuras. El teléfono se encontraba abajo, en la biblioteca, pero también había una extensión arriba, en el pasillo que llevaba a los viejos cuartos de jugar, y hacia allí me encaminé.

En algún momento, durante mi avance casi inconsciente, el teléfono debió de dejar de sonar, pero estaba demasiado adormecida como para darme cuenta; entonces, cuando levanté el auricular, ya había alguien hablando. Era una voz femenina, desconocida para mí, pero con un tono agradable y atractivo.

—... claro que estoy segura. He ido a ver al médico esta tarde y dice que no hay duda. Mira, creo que deberíamos hablarlo... Me gustaría verte, pero no puedo escaparme...

Al escuchar, adormilada, supuse que se habían cruzado las líneas. La muchacha de la centralita de Caple Bridge debía de haberse equivocado, o dormido, o algo. Esa llamada no era para nosotros. Estaba a punto de hablar, cuando la voz de un hombre interrumpió, y de pronto me encontré completamente despierta y plenamente consciente.

—¿Es realmente tan urgente, Tessa? ¿No puede esperar?

Era Sinclair, al otro lado de la línea.

—Por supuesto que es urgente... no hay tiempo que perder... —Y después, más nerviosa, al borde de la histeria—: Sinclair, estoy embarazada...

Colgué delicada, suavemente. El aparato hizo un pequeño clic y las voces desaparecieron. Permanecí de pie en la oscuridad, temblando; luego me di la vuelta, volví al rellano y me apoyé en la barandilla para escuchar. La escalera y el vestíbulo se abrían debajo de mí, también oscuros; pero, desde detrás de la puerta cenada de la biblioteca, llegaba el murmullo inconfundible de la voz de Sinclair.

Tenía los pies helados y sentí frío. Volví lentamente a mi dormitorio, cerré la

puerta y me metí en la cama. En seguida oí un ruidito del teléfono y supe que la llamada había terminado. Después Sinclair subió lentamente, se dirigió a su dormitorio; desde allí me llegaron sonidos suaves mientras él se movía por la habitación, abriendo y cerrando cajones. Volvió a salir y bajó de nuevo. La puerta principal se abrió y volvió a cerrarse y, unos minutos más tarde, oí el zumbido feroz del Lotus a medida que avanzaba por el sendero y entraba en la carretera principal para alejarse.

Me di cuenta de que estaba temblando como nunca había vuelto a hacerlo desde que era una niña, cuando me despertaba por una pesadilla y estaba convencida de que había fantasmas escondidos en el armario.

Capítulo 8

A la mañana siguiente, cuando bajé la escalera, me encontré a mi abuela ya sentada a la mesa del desayuno. Me incliné para besarla, y ella dijo:

—Sinclair se ha ido a Londres.

—¿Cómo lo sabes?

—Ha dejado una nota en el vestíbulo...

La separó del resto de la correspondencia abierta y me la entregó. Había usado el papel de cartas que tenía impresa la palabra Elvie en la parte superior; la letra era fuerte, negra y llena de personalidad.

Lo siento mucho, pero tengo que regresar al sur por uno o dos días. Volveré el lunes por la noche o el martes por la mañana. Cuidaos mientras esté fuera y no os metáis en problemas. Un beso.

Eso era todo. Dejé la carta, y mi abuela dijo:

—El teléfono sonó anoche, pasadas las doce. ¿No lo oíste?

Fui a servirme café, agradecida por tener una razón para no mirarla a los ojos.

—Sí.

—Iba a contestar, pero estaba casi segura de que sería para Sinclair, así que lo dejé sonar.

—Ya... —Llevé la taza llena a la mesa—. ¿Hace... hace esto muy a menudo?

—Oh, de vez en cuando. —Separó algunas facturas. Me pareció que estaba tan ansiosa como yo por mantenerse ocupada—. Lleva una vida tan intensa y ese trabajo que tiene le roba tanto tiempo... No es como estar en una oficina de nueve a cinco.

—No, ya lo supongo.

El café estaba caliente y muy fuerte, por lo que me ayudó a soltar el nudo de tensión que sentía en la garganta. Más animada, aventuré:

—Quizá era una novia.

Mi abuela me lanzó una mirada penetrante y azul, pero únicamente contestó:

—Sí, quizá.

Apoyé los codos sobre la mesa y traté de que mi voz sonara indiferente.

—Supongo que las tendrá a cientos. Es el ser humano más hermoso que jamás haya visto. ¿Alguna vez las ha traído a casa? ¿Conoces a alguna...?

—Oh, a veces, cuando voy a Londres... ya sabes, las invita a cenar, o vamos al teatro...

—¿Alguna vez creíste que se iba a casar con una de ellas?

—Nunca puedes estar segura. —La voz parecía fría, casi desinteresada—. La vida que lleva en Londres es tan diferente de la de aquí... Elvie es como una cura de

reposo para Sinclair... Viene a descansar. Creo que se siente bien al apartarse de esas largas noches y esos almuerzos carísimos que carga en la cuenta de la agencia.

—¿Entonces nunca ha habido nadie en especial? ¿Alguna que te haya gustado particularmente?

Mi abuela dejó las cartas.

—Si, hubo una.

Se quitó las gafas y se quedó mirando por la ventana hacia el jardín; el lago brillaba bajo el sol: otro hermoso día de otoño.

—La conoció en Suiza, esquiando —continuó—. Creo que se estuvieron viendo bastante cuando ella regresó a Londres.

Dije:

—¿Esquiando? ¿No me mandaste una foto?

—¿Lo hice? Oh, sí, fue en fin de año, en Zermatt. Allí fue dónde se conocieron. Creo que ella estaba participando en algún campeonato, ya sabes, esas carreras internacionales...

—Debe de ser muy buena.

—Oh, sí. Es bastante famosa...

—¿La conociste personalmente?

—Sí, Sinclair la invitó a almorzar en Connaught cuando estuve en Londres este verano. Era encantadora.

Cogí una tostada y comencé a untarla con mantequilla.

—¿Cómo se llama?

—Tessa Faraday... Quizá te suene el nombre.

Por supuesto que me sonaba, pero no de la manera que mi abuela podía imaginar. Miré la tostada que estaba untando y de repente sentí que si me la comía, me iba a sentar mal.

Después del desayuno, regresé arriba, busqué mi carpeta de fotos familiares y separé la que mi abuela me había enviado y que yo había colocado de forma que sólo se viera a Sinclair y su compañera quedase tapada.

Pero ahora sólo me interesaba ella. Vi a una joven menuda, delgada y de ojos oscuros, que reía. Llevaba el pelo recogido con una cinta y unos gruesos pendientes de oro, vestía un traje de terciopelo, adornado con bandas de bordado, y estaba de pie, abrazada a Sinclair, los dos unidos y entrelazados por metros y metros de serpentinas. Se la veía alegre y vital, muy feliz; al recordar la voz cautelosa del teléfono la noche anterior, de pronto sentí miedo por ella.

El hecho de que Sinclair se hubiese ido tan de repente hacia el sur —presumiblemente a verla a ella— debería haberme dado confianza, pero, no sé por qué, no sucedía así. Su partida había sido demasiado repentina y fría, sin ningún tipo

de consideración personal hacia mi abuela o hacia mí. Recordé, con repugnancia, su actitud respecto a Gibson, cuando él y mi abuela discutieron sobre el posible retiro del viejo guarda, y me di cuenta de que, inconscientemente, había estado fabricando excusas para Sinclair.

Pero ahora era diferente, me veía forzada a ser honesta conmigo misma. La palabra «despiadado» surgió en mi mente. Podía ser totalmente despiadado frente a una situación que conmovería a cualquier persona, y yo, atormentada por la ansiedad que sentía por esta joven desconocida, sólo deseaba que tuviese sentimientos.

Mi abuela me llamó desde el vestíbulo.

—¡Jane!

Rápidamente empujé la foto dentro del marco, la volví a colocar sobre el tocador y salí al descanso.

—¿Sí?

—¿Qué harás hoy?

Bajé unos escalones, me senté y le respondí, desde allí:

—Me voy de compras. Necesito jerseys, porque si no, voy a morirme de frío.

—¿A dónde planeas ir?

—A Caple Bridge.

—Querida, no puedes comprar nada en Caple Bridge.

—Estoy segura de que algún jersey encontraré...

—Tengo que ir a Inverness a una reunión de la comisión del hospital... ¿Por qué no vienes conmigo en el coche?

—Porque David Stewart tiene mi dinero. Ha cambiado los dólares que me dio mi padre. Y me prometió que me invitaría a almorzar.

—Oh, qué amable... ¿Pero cómo vas a ir a Caple Bridge?

—En autobús. La señora Lumley dice que pasa uno cada hora, al final del camino.

—Bueno, si estás segura... —Pero aún parecía dudar. De pie, con una mano en la barandilla, se quitó las gafas y me miró detenidamente por debajo de esas cejas bien curvadas—. Pareces cansada, Jane. La excursión de ayer fue demasiado para ti, recién llegada del viaje...

—No, qué va. Me encantó.

—Debería haberle dicho a Sinclair que esperara uno o dos días...

—Pero entonces quizá nos habríamos perdido el buen tiempo.

—Sí. Es posible. Pero me he dado cuenta de que no has comido nada en el desayuno.

—Casi nunca desayuno. De verdad.

—Bueno, por lo menos asegúrate de que David te ofrece un almuerzo como es debido... —Se dio la vuelta, pensó en algo más y volvió—. Oh, Jane... ya que vas de

compras, ¿por qué no dejas que te regale un impermeable nuevo? Deberías tener algo que abrigase de verdad.

A pesar de todo, sonreí. Me encantaba cuando algo sucedía como esperaba, así que repuse con perversidad:

—¿Qué tiene de malo el mío?

—Si quieres saberlo, pareces una mendiga.

—Durante los diez años que lo he llevado, nadie me había dicho eso antes.

Suspiró.

—Cada día te pareces más a tu padre —dijo y, sin sonreír por el mal chiste, se dirigió al escritorio y rellenó un cheque con el que podía comprarme un impermeable forrado en piel, largo hasta el suelo y con capucha de piel de foca, si quería.

Esperé al final del camino, bajo el sol radiante, el autobús que iba a llevarme a Caple Bridge. No podía recordar un día tan brillante, fresco y lleno de color como aquél. Había llovido un poco durante la noche, de manera que todo se veía recién lavado, y los caminos húmedos reflejaban el azul del cielo. Los setos estaban llenos de rosales silvestres de color escarlata, los helechos estaban dorados y había hojas de todos los colores, desde el carmesí oscuro hasta el amarillo crema. El viento, que soplaba del norte, era frío y dulce como el vino helado y sugería que, mucho más al norte, ya había caído la primera nevada del invierno.

El autobús se detuvo después de tomar la curva y subí. Estaba lleno de gente de campo que iba a Caple Bridge para hacer las compras semanales. El único asiento libre que encontré fue junto a una mujer gorda, con un sombrero de fieltro azul, que llevaba una cesta sobre las rodillas. Era tan gorda que sólo dejaba libre la mitad del otro asiento, así que cada vez que el autobús tomaba una curva, yo estaba en peligro de salir despedida.

Caple Bridge quedaba a ocho kilómetros y yo conocía el camino tan bien como Elvie. Lo había andado y recorrido en bicicleta y había visto pasar los postes desde la ventanilla del coche de mi abuela miles de veces. Sabía los nombres de la gente que vivía en las casitas a ambos lados... la señora Dargie, la señora Thomson y la señora de Willie McCrae. Allí estaba la casa con el perro malvado y allí el terreno donde pastaba el rebaño de cabras blancas.

Llegamos al río, lo bordeamos a lo largo de un kilómetro y después el camino hacía una ese que terminaba en un puente angosto y de fuerte pendiente. Hasta ese momento, nada parecía haber cambiado durante los años de mi ausencia, pero cuando el autobús estuvo por fin en lo alto del puente, vi frente a nosotros los trabajos sobre la carretera y los semáforos y me di cuenta de que se estaban realizando obras para eliminar una curva peligrosa.

Había carteles y advertencias por todos lados. Habían derrumbado cercas, donde quedaban como secuela grandes cicatrices de tierra pelada. Había hombres trabajando

con picos y palas, enormes excavadoras que retumbaban como monstruos prehistóricos y, por encima de todo, sentía el aroma limpio y delicioso de la brea caliente.

El semáforo estaba en rojo. Esperamos con el motor encendido y cuando la luz se puso verde, el autobús continuó avanzando por el estrecho carril rodeado de carteles de advertencia y luego volvió a incorporarse a la carretera. La mujer que estaba a mi lado comenzó a moverse, revisó el contenido de su cesta y miró hacia arriba, donde estaba el portaequipajes.

Le pregunté:

—¿Busca algo?

—¿No he dejado el paraguas allí arriba?

Me levanté, busqué el paraguas y se lo entregué, junto con una caja de cartón con huevos y un ramo de margaritas desgredadas envueltas de cualquier manera en papel de periódico. Cuando terminé de buscar y entregarle todas sus cosas ya habíamos llegado a nuestro destino. El autobús dio una gran vuelta alrededor del ayuntamiento, avanzó hasta la plaza del mercado y finalmente se detuvo.

Como no llevaba ni cestas ni otros bultos fui la primera en bajar. Mi abuela me había dicho dónde estaba la oficina del abogado y, desde el lugar donde me había apeado, pude ver el edificio de piedra que me había descrito, justo enfrente, al otro lado de la plaza pavimentada del mercado.

Esperé a que pasaran los coches y crucé. Al entrar en el edificio leí en el cartel indicador del vestíbulo que podía encontrar al señor D. Stewart en la oficina número 3. Subí por una escalera oscura bien decorada en verde musgo y marrón, pasé junto a un vitral por el que no entraba nada de luz y, finalmente, llamé a la puerta.

La voz de David respondió:

—Pase.

Entré y me sentí encantada al ver que la oficina, por lo menos, era luminosa y brillante y que había una alfombra. La ventana daba a la bulliciosa plaza del mercado, había un florero con margaritas sobre la repisa de mármol de la chimenea; de algún modo, David había logrado crear un ambiente de negocios alegre. Llevaba, supongo que porque era sábado, una camisa escocesa de aspecto deportivo y una chaqueta de paño; cuando levantó la vista y me sonrió para darme la bienvenida, el peso terrible que había sentido en lo más hondo del estómago durante toda la mañana de repente pareció desvanecerse.

Se levantó, y le dije:

—Hace una mañana espléndida.

—¿Verdad que sí? Demasiado hermosa para estar trabajando.

—¿Trabajas todos los sábados?

—A veces... Depende del trabajo que tenga. Es increíble lo que puedes llegar a

hacer cuando el teléfono no suena cada dos minutos. —Abrió un cajón del escritorio—. He cambiado tu dinero al tipo de cambio de hoy... Te he preparado una factura...

—No te preocupes por eso.

—Deberías preocuparte, Jane. Tu sangre escocesa debería asegurarse de que no te he engañado ni por medio penique.

—Bueno, si lo has hecho, considéralo como una comisión personal.

Me entregó un fajo de billetes y unas monedas.

—Ahora ya puedes unirme a los grandes gastadores, aunque dudo que encuentres muchos sitios en Caple Bridge donde poder gastártelo.

Me guardé el dinero en el bolsillo del impermeable de mendiga.

—Ya me lo ha dicho mi abuela. Quería llevarme a Inverness, pero le he dicho que iba a almorzar contigo.

—¿Te gusta el filete?

—No he comido un filete desde que mi padre me invitó a cenar por mi cumpleaños. En Reef Point vivíamos a base de pizzas frías.

—¿Cuánto tardarás?

—Media hora...

Me miró asombrado.

—¿Sólo?

—No me gusta ir de compras. Nada me queda bien; y cuando algo me queda bien, no me gusta... Vendré con una montaña de ropa inservible y probablemente de pésimo humor.

—Entonces te diré que es preciosa y cambiarás de humor. —Miró el reloj—. Media hora... o sea que... ¿a las doce aquí?

—Muy bien.

Salí de nuevo, con el bolsillo lleno de dinero, y busqué algún sitio donde gastarlo. Había carnicerías, colmados, locales de juego, una armería y un garaje. De repente, entre la inevitable heladería italiana que existe en la mayoría de los pueblos escoceses y la oficina de correos, me topé con Isabel McKenzie Modes. O, para ser más exactos, Isabel MODES McKenzie. Empujé una puerta de cristal modestamente adornada con una cortina de malla, entré y me encontré en una pequeña sala rodeada de estantes llenos de ropa de aspecto poco alentador. Había un mostrador de cristal con ropa interior de color melocotón y beis y algunos jerseys de colores tristes y apagados colocados aquí y allá con algo de gracia.

El corazón me dio un vuelco, pero antes de que pudiera escaparme, se abrió una cortina en el fondo de la tienda y apareció una mujer pequeña, con aspecto de ratón, que llevaba un vestido de punto dos tallas mayor de lo que le correspondía y un enorme broche de cuarzo ahumado.

—Buenos días...

Por el acento, supuse que había nacido en Edimburgo y me pregunté si era Isabel Modes McKenzie en persona y, si lo era, qué la había traído a Caple Bridge. Quizá le habían dicho que la industria de la moda era más activa aquí.

—Oh... Buenos días. Buscaba... buscaba un suéter.

En cuanto pronuncié la palabra, supe que había cometido el primer error.

—Tenemos unos *jerrsseys* muy bonitos. ¿Lo quieres de lana o de algodón?

—De lana.

—¿Y qué talla?

—Supongo que la mediana.

Comenzó a vaciar estantes, y en seguida me vi entre jerseys de color rosa, verde musgo y marrón claro.

—¿No... no tiene otros colores?

—¿Qué otro color tenías en mente?

—Bueno... ¿azul marino?

—Oh, apenas se lleva el azul marino este año. Me pregunté dónde había obtenido esa información. Quizá tenía comunicación directa con París.

—Mira, éste es de un tono encantador...

Era azul metálico, un color que, estoy segura, no va con nada ni con nadie.

—En realidad, quería algo más sencillo... cálido y grueso..., quizá con cuello de polo.

—Oh, no tenemos nada con cuello de polo... Los cuellos de polo no están...

La interrumpí con grosería, pero ya estaba perdiendo la paciencia.

—No importa, entonces. Dejo el suéter... el jersey... Quizá tenga faldas.

Y otra vez la misma historia.

—¿La quieres de tartán o de paño...?

—De paño, supongo...

—¿Y cuál es tu medida de cintura?

Se la dije con brusquedad. Empezó a rebuscar en un perchero de aspecto descorazonador, sacó dos faldas y las colocó, con un gran gesto, frente a mí. Una era incalificable. La otra no era tan espantosa, con un dibujo de espina de pescado, marrón y blanca. Vacilé, pero acepté probármela. Tuve que comprimirme en un lugar estrecho como un armario, cerrado por una cortina, donde dejó que me las arreglara. Con cierta dificultad, logré quitarme la ropa que llevaba y me puse la falda. El paño picaba y se me prendió a las medias como si estuviera hecho de cardos. Me abroché los ganchos de la cintura, me subí la cremallera y me miré en el espejo. El efecto era alarmante. El paño hacía zigzags alrededor de mi cuerpo, como un cuadro de *op art*, mis caderas parecían inmensas y la cintura de la falda se hundía en mi carne magra como si fuera un alambre.

Isabel Modes McKenzie tosió discretamente y asomó la cabeza por la cortina,

como un prestidigitador.

—Oh, estás preciosa —dijo—. Te sienta muy bien el paño.

—¿No cree que es... bueno, un poco larga?

—Esta temporada las faldas vienen más largas... ¿sabes?...

—Sí, pero ésta me cubre las rodillas...

—Bueno, si quieres, podemos subirla un poco... Te queda muy bien... un buen paño siempre...

Para conseguir salir de una vez tendría que habérmela comprado... Pero me miré nuevamente en el espejo y me decidí.

—No, no. Me temo que no me acaba de convencer... no es lo que buscaba.

Me bajé la cremallera y me la quité, antes de que me convenciera de comprar esa cosa horrorosa; se la llevó con tristeza y apartó la mirada discretamente de mi enagua.

—¿No quieres probarte la de tartán? Los colores son tan suaves...

—No...

Volví a ponerme mi vieja falda americana, que se secaba rápido pero no abrigaba, y la sentí como una amiga.

—No, creo que lo dejaré... Era sólo una idea... Muchas gracias.

Me puse el impermeable, cogí el bolso y juntas, con cautela, nos dirigimos a la puerta. Ella llegó primero y me la abrió de mala gana, como si estuviera soltando de una trampa a un animal digno de premio.

—Quizá si pasas otro día...

—Sí... Quizá...

—Recibiré ropa nueva la semana que viene.

Directamente desde Dior, sin duda.

—Gracias... Lo siento... Buenos días...

Una vez fuera, al aire libre, empecé a alejarme lo más rápido que pude. Pasé de largo la armería y, como por inspiración, me di la vuelta y entré. Compré, en menos de dos minutos, un enorme jersey azul marino de chico. Aliviada porque finalmente la mañana no había resultado un fracaso total, cogí el paquete firmemente envuelto y volví a la oficina de David.

Mientras él apilaba papeles y cerraba cajones con llave, me senté sobre el escritorio y le conté la epopeya de mi desastrosa salida de compras. Sazonada por sus comentarios (sabía imitar el acento de Edimburgo a la perfección), la historia creció a medida que avanzaba; al final reí tanto, que me dolían las costillas. Finalmente nos serenamos, David guardó una pila de papeles en un portafolio abultado, echó una última mirada alrededor, cerró la puerta de la oficina y bajamos las oscuras escaleras para salir a la calle soleada y llena de gente.

Vivía a sólo unos cien metros del centro del pequeño pueblo, así que caminamos juntos esa corta distancia. El viejo portafolio de David golpeaba y chocaba contra sus

largas piernas; de vez en cuando teníamos que separarnos para esquivar a un peatón detenido o a un par de mujeres chismosas. Llegamos a la casa. Formaba parte de un grupo de casitas de piedra idénticas, de dos pisos y separadas entre sí por un pedazo de terreno, cada una con un pequeño jardín delante y un camino de gravilla que llevaba del portón a la puerta principal. La casa de David se diferenciaba de las demás sólo porque había agregado un garaje en el espacio que quedaba entre su casa y la siguiente, con un camino de cemento que lo unía a la calle. Había pintado la puerta principal de un color amarillo brillante.

Abrió el portón. Lo seguí por el camino y esperé mientras abría la puerta. Se hizo a un lado y me hizo pasar delante de él. Había un vestíbulo estrecho de donde nacía una escalera, puertas a la derecha y a la izquierda, y una cocina visible a través de la puerta abierta al fondo. La casa podía haber sido común y corriente, pero él —o alguien— la había convertido en un lugar encantador con las paredes tapizadas y grupos de láminas deportivas dispuestas con precisión.

David cogió mi paquete y mi impermeable y los dejó, junto con el portafolio, en una silla del vestíbulo, después me llevó a un largo salón con ventanas en ambos extremos. En ese momento pude darme cuenta de la posición incomparable de la modesta casita, ya que las ventanas que daban al sur habían sido convertidas en un mirador saliente que daba a un jardín estrecho y largo que caía suavemente hasta el río.

El salón mismo estaba lleno de sugerencias. Estantes con libros, muchos discos, revistas sobre la mesa baja, frente al hogar. Había butacas de aspecto confortable, un pequeño sofá, una vitrina pasada de moda llena de porcelana Meissen, y sobre la repisa de la chimenea... Me acerqué a mirar...

—¿Un Ben Nicholson? —Asintió—. Pero no un original.

—Sí, lo es. Me lo regaló mi madre cuando cumplí veintiún años.

—Me recuerda al apartamento de tu madre en Londres... Se respira el mismo ambiente...

—Quizá porque la mayoría de los muebles provienen de la misma casa. Y, por supuesto, ella me ayudó a elegir las cortinas, el papel de las paredes y ese tipo de cosas.

Secretamente feliz porque había sido su madre y no otra persona, me dirigí a la ventana.

—¿Quién podía imaginar que tenías un jardín como éste?

Había una pequeña terraza con una mesa y sillas de madera, rodeada de césped ahora salpicado con hojas caídas, y macizos donde todavía quedaban las últimas rosas y grupos de mayas silvestres de color púrpura. Había también una pequeña pila con agua para los pájaros y un viejo y torcido manzano.

—¿Te encargas tú mismo de la jardinería?

—No me atrevería a llamarlo jardinería... Como puedes ver, no es muy grande.

—Pero con el río y todo...

—Eso fue lo que me decidió cuando compré la casa. Les cuento a mis amigos que pesco en el Caple, y todos quedan enormemente impresionados. No les digo que lo tengo sólo a diez metros...

Había un grupo de fotos en la parte superior de la biblioteca, y me sentí irresistiblemente atraída hacia ellas.

—¿Ésta es tu madre? ¿Y tu padre? ¿Y tú? —Tenía más o menos doce años y una sonrisa encantadora—. ¿Eres tú?

—Sí.

—No llevabas gafas en aquel entonces.

—Empecé a llevarlas a los dieciséis años.

—¿Qué ocurrió?

—Tuve un accidente. Estábamos jugando en el colegio y un compañero me metió una rama en el ojo. Lo hizo sin querer, le podía haber pasado a cualquiera. Pero perdí parcialmente la visión de ese ojo y a partir de ese momento tuve que empezar a usar gafas.

—¡Oh, qué mala suerte!

—No tanta. Puedo hacer la mayoría de las cosas que quiero..., excepto jugar al tenis.

—¿Por qué no puedes jugar al tenis?

—No lo sé. Pero si puedo ver la pelota, no le puedo dar, y si le puedo dar, no la puedo ver, así que me resulta completamente imposible jugar un partido.

Entramos en la cocina, que era pequeña como la de un yate, y estaba tan limpia y ordenada que me avergoncé al recordar mi propia ineptitud. Miró dentro del horno, donde había puesto unas patatas a cocer, y después buscó una sartén; sacó de la nevera la mantequilla y un paquete manchado con sangre; lo abrió y aparecieron dos filetes gruesos, de Aberdeen Angus.

—¿Los frías tú o lo hago yo? —preguntó.

—Tú mismo... Así yo iré poniendo la mesa. —Abrí la puerta que daba a la terraza y sentí el aire cálido, raro para la época del año en que nos encontrábamos—. ¿Podemos almorzar aquí? Es como estar en el Mediterráneo.

—Si quieres...

—Es maravilloso... ¿Usaremos esta mesa?

Hablando todo el rato, metiéndome en su camino y después de preguntarle dónde estaba cada cosa, finalmente logré poner la mesa. Mientras lo hacía, él preparó una ensalada, desenvolvió una barra de pan fresco y sacó de la nevera virutas de mantequilla. Cuando terminó con todo y los filetes chisporroteaban suavemente en la sartén, sirvió dos vasos de jerez y salimos a sentarnos al sol.

Se quitó la chaqueta, se recostó con las largas piernas estiradas y dirigió la cara hacia el calor.

—Cuéntame cómo te fue ayer —dijo de repente.

—¿Ayer?

—Fuisteis caminando hasta Lairig Ghru... —Me clavó la mirada—. ¿O no?

—Oh, sí, fuimos.

—¿Qué te pareció?

Traté de pensar en qué me había parecido y me di cuenta de que no podía recordar nada más que la increíble conversación que había mantenido con Sinclair después de almorzar.

—Mmm... Bien... Maravilloso.

—No pareces muy entusiasmada.

—Bueno, fue... maravilloso. —No se me ocurría otra palabra.

—Pero agotador, quizá.

—Sí. Llegué muy cansada.

—¿Cuánto tardasteis?

Nuevamente, apenas podía recordar.

—Bueno, volvimos al anochecer. Gibson nos esperó en Loch Morlich...

—Umm. —Pareció considerar esto—. ¿Y qué hacía el primo Sinclair hoy?

Me agaché y cogí una piedrecilla con la que comencé a jugar sosteniéndola con el dorso de la mano.

—Ha ido a Londres.

—¿A Londres? Creí que estaba de vacaciones.

—Lo está. —Dejé caer la piedra y me agaché para buscar otra—. Pero recibí una llamada telefónica anoche... No sé de qué se trataba... Hemos encontrado una nota esta mañana, al bajar a desayunar.

—¿Se ha ido en coche?

Recordé el rugido del Lotus, que había roto la tranquilidad de la noche.

—Sí. —Dejé caer la segunda piedra—. Volverá dentro de uno o dos días. El lunes por la noche, quizá. Eso dijo.

No quería hablar de Sinclair. Temía que David me hiciese preguntas y, torpemente, intenté cambiar de tema.

—¿De verdad que pescas en tu jardín? Nunca habría creído que hubiese lugar para lanzar... Te puedes enredar con el manzano...

Y entonces la conversación se centró en la pesca, hablamos sobre el tema y le conté mis experiencias en el río Clearwater, en Idaho, donde una vez mi padre me llevó de vacaciones.

—... está lleno de salmones... prácticamente puedes sacarlos con un alfiler doblado...

—Te gusta América, ¿verdad?

—Sí. Sí, me gusta.

Permaneció en silencio, indolente bajo el sol, y yo, alentada por su silencio, profundicé sobre el tema y el dilema en que, inevitablemente, me encontraba.

—Es extraño pertenecer a dos países; parece que nunca te adaptas lo suficiente a ninguno de ellos. Cuando estaba en California, soñaba con estar en Elvie. Pero ahora que estoy en Elvie...

—Sueñas con estar en California.

—No exactamente. Pero hay cosas que echo de menos.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, casi todo son cosas concretas. A mi padre, por supuesto. Y a *Rusty*. Y el sonido del Pacífico por la noche, cuando las olas subían hasta media playa.

—¿Y qué pasa con las cosas no tan concretas?

—Eso es más complicado. —Intenté recordar qué era lo que realmente echaba de menos—. El agua helada. Y la compañía Bell Telephone. Y San Francisco. Y la calefacción central. Y los viveros, donde se pueden comprar plantas y arbustos y donde todo huele a azahares.

Me volví hacia David y vi que me estaba observando. Se encontraron las miradas, y sonrió. Añadí:

—Pero aquí también hay cosas buenas.

—Háblame de ellas.

—Las oficinas de correos. Puedes comprar cualquier cosa en una oficina de correos, ...incluso sellos. Y el hecho de que el tiempo nunca es el mismo durante dos días seguidos. Es mucho más emocionante. Y el té de las tardes, con panecillos, bizcochos y pan de jengibre...

—¿Es una indirecta para sugerir que es hora de comer esos filetes?

—No lo he dicho adrede.

—Bueno, si no nos los comemos ahora, será imposible hacerlo después. Vamos.

Fue una comida perfecta y en circunstancias perfectas. Hasta abrió una botella de vino, tinto y suave, el complemento ideal para los filetes y el pan francés; terminamos con queso, pastas y un bol de fruta fresca coronado con un racimo de uvas verdes. Yo estaba famélica y me lo comí todo, incluso rebañé el plato con un pedazo de pan crujiente, y continué pelando una naranja tan jugosa que me pringó toda la mano. Cuando terminamos, David entró a preparar café.

—¿Lo tomaremos fuera? —preguntó desde la puerta abierta.

—Sí, junto al río.

Entré para lavarme las manos pegajosas.

Dijo:

—Encontrarás una manta en la cómoda del vestíbulo. Llévala junto al río, ponte

cómoda; ya llevaré el café.

—¿Qué hacemos con los platos?

—Déjalos... Hace un día demasiado bueno como para desperdiciarlo lavando platos.

Me sentí a gusto, ya que era el tipo de respuesta que me habría dado mi padre. Busqué la manta, la saqué fuera, bajé por el jardín inclinado y la tendí sobre el césped soleado, a unos pocos metros de la orilla del río. Después de un verano largo y seco, el Caple bajaba con poco caudal; había un banco de piedras, como una playa en miniatura, entre el césped y el agua de color marrón oscuro.

El manzano estaba cargado de frutos y había algunos caídos a sus pies. Lo sacudí y unas cuantas manzanas cayeron sobre el césped haciendo un ruido suave y apagado. Bajo el árbol se estaba fresco, y había un delicioso olor a moho, como en los viejos desvanes. Me apoyé en el tronco y observé a través de las ramas el río soleado. Todo estaba muy tranquilo.

Sosegada por el ambiente y reconfortada por la buena comida y la agradable compañía, me sentí de buen humor y me dije a mí misma que era el momento de empezar a actuar con sensatez frente a los temores que me atormentaban. ¿Qué sentido tenía dejarlos removerse en el fondo de mi mente, persistentes como un dolor de muelas y produciéndome constantemente retortijones en el estómago?

Debía ser realista con respecto a Sinclair. Con toda probabilidad iba a aceptar su responsabilidad sobre el bebé que Tessa Faraday estaba esperando. Cuando volviese a Elvie el lunes, probablemente nos comunicaría que iba a casarse y la abuela estaría encantada (¿no decía que la muchacha era encantadora?), yo estaría contenta también y nunca tendría necesidad de decir una palabra acerca de la conversación telefónica que había escuchado por error.

Y con respecto a Gibson, se estaba haciendo viejo, no podía negarse, y quizá iba a ser mejor para todos que se jubilara. Pero si tenía que irse, entonces la abuela y Sinclair sin duda le conseguirían una casita, tal vez con un jardín donde pudiera cultivar verduras y tener algunas gallinas; y así, mantenerse feliz y ocupado.

Y con respecto a mí misma... Esto no era tan fácil de dejar a un lado. Me habría gustado saber por qué Sinclair había sacado a colación el tema de casarnos. Quizá sólo había sido una idea divertida para pasar la media hora de después del almuerzo. De haber sido así, estaría preparada para aceptarlo, pero el beso que me dio no fue un beso de primos, ni tampoco era algo sin importancia... El solo hecho de recordarlo me hacía sentir mal, y por eso me sentía completamente confundida. Quizá lo había hecho a propósito, para molestarme. Siempre había tenido la maldita costumbre de gastar bromas. Quizá sencillamente quería ver mi reacción...

—Jane...

—¿Sí?

Me volví y vi a David Stewart, que me observaba desde la parte soleada que rodeaba la sombra desigual del árbol. Detrás de él, vi la bandeja del café sobre la manta y me di cuenta de que había pronunciado mi nombre antes, pero no lo había oído. Ladeó la cabeza para pasar por debajo de las ramas más bajas, se detuvo frente a mí y apoyó una mano contra el árbol.

Dijo:

—¿Ocurre algo malo?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Pareces preocupada. También estás muy pálida.

—Siempre estoy pálida.

—¿Y siempre estás preocupada?

—No he dicho que estuviese preocupada.

—¿Ocurrió algo... ayer?

—¿Qué quieres decir?

—Sólo que me ha parecido que no estabas muy ansiosa por hablar de ello.

—No ocurrió nada...

Quería irme y dejarlo, pero David había apoyado el brazo sobre mi hombro y no podía escapar sin pasar por debajo. Movié la cabeza para mirarme por el rabillo del ojo y, al sentirme observada por aquella mirada familiar y desconcertante, sentí cómo me hervían el rostro y el cuello.

—Una vez me contaste —dijo amablemente— que cuando mentías, te sonrojabas. Algo malo sucede...

—No, nada. De todos modos, no es nada...

—Si quisieras contármelo, lo harías, ¿verdad? Quizá podría ayudarte.

Pensé en la muchacha de Londres, en Gibson... en mí misma, y todos los temores afloraron de nuevo.

—Nadie puede ayudarme —le dije—. Nadie puede hacer nada.

No dijo nada. Salimos al sol y de repente sentí frío y se me puso la carne de gallina. Me senté sobre la manta cálida y tomé café. David me dio un cigarrillo para ahuyentar a los mosquitos. Después de un rato me recosté bajo el sol, con la cabeza apoyada sobre un almohadón. Estaba cansada y el vino me hizo sentir soñolienta. Cerré los ojos, oyendo únicamente los sonidos que provenían del río, y me quedé dormida de inmediato.

Me desperté alrededor de una hora más tarde. David estaba tendido a mi lado, a más o menos un metro de distancia, apoyado sobre un codo, y leía el periódico. Me desperecé y bostecé. Él levantó la mirada, y le dije:

—Es la segunda vez que sucede esto.

—¿Que sucede qué?

—Que me despierto y te encuentro aquí.

—Iba a despertarte ahora, de todos modos. Debo llevarte a tu casa.

—¿Qué hora es?

—Las tres y media.

Lo miré, adormilada.

—¿Vendrás a tomar el té a Elvie? Mi abuela estará encantada de verte.

—Me gustaría, pero tengo que ir a ver a un anciano que vive en la otra punta del mundo. De vez en cuando, empieza a preocuparse por su testamento, y entonces tengo que ir a tranquilizarlo.

—Es como el clima en Escocia, ¿no?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Una semana estás en Nueva York, haciendo Dios sabe qué. La semana siguiente te pierdes en un lugar remoto para apaciguar a un anciano. ¿Te gusta ser abogado en una zona rural?

—Sí, la verdad es que sí

—Te queda muy bien. Quiero decir... como si hubieses vivido aquí toda la vida. Tu casa, todo... y el jardín. Todo armoniza, como si alguien lo hubiese preparado.

—Tú también armonizas —dijo David.

Me hubiese encantado que explicara esto, y por un momento creí que lo iba a hacer, pero pareció cambiar de opinión y se levantó, recogió las cosas del café y el periódico y los llevó a la casa. Cuando regresó, todavía estaba tendida allí, contemplando el río. Se detuvo junto a mí, colocó las manos por debajo de mis axilas y me levantó. Me volví y me encontré rodeada por sus brazos, y dije:

—También he hecho esto antes.

—Sólo que entonces —dijo David— tenías el rostro hinchado e inundado de lágrimas, y hoy...

—¿Qué ocurre hoy...?

Se rió.

—Hoy te han salido alrededor de seis docenas de pecas. Y tienes el pelo lleno de hojas de manzano y de césped.

Me llevó a casa. La capota del automóvil estaba bajada, con lo que el cabello me volaba y me golpeaba el rostro. David buscó un viejo pañuelo de seda en la guantera, me lo dio y me lo ató alrededor de la cabeza.

Cuando llegamos al tramo en obras, el semáforo estaba en rojo; esperamos, con el motor en marcha, observando los coches que avanzaban hacia nosotros por el único carril transitable.

—No puedo evitar pensar que en lugar de enderezar este tramo de carretera, hubiese sido mejor demoler el puente y construir uno nuevo... e incluso hacer algo con esa maldita curva del otro lado —dijo David.

—Pero el puente es tan hermoso...

—Es peligroso, Jane.

—Pero todos lo conocen y circulan a un kilómetro por hora.

—No todos lo conocen —me corrigió fríamente—. En verano hay muchos turistas.

El semáforo se puso en verde, avanzamos y dejamos atrás el enorme cartel que decía CALZADA ESTRECHA.

Pasado el peligro, David apretó el acelerador y, con el viento rugiendo estrepitosamente en mis oídos, me llevó a Elvie.

Más tarde, le mostré a mi abuela mi única compra, el jersey azul marino que había adquirido en la armería.

—Creo —dijo— que ha sido muy acertado de tu parte no comprar nada en Caple Bridge. Y parece que debe de abrigar —agregó amablemente, observando la prenda sin forma—. ¿Con qué lo vas a llevar?

—Con pantalones... con cualquier cosa. En realidad buscaba una falda, pero no he encontrado nada.

—¿Qué tipo de falda?

—Algo que abrigue... Quizá la próxima vez que vayas a Inverness...

—¿Qué te parece una falda escocesa? —preguntó mi abuela.

No había pensado en eso. Parecía una idea maravillosa. Las faldas escocesas son lo más cálido del mundo y los colores siempre son bellísimos.

—¿Dónde podría comprar una falda escocesa?

—Oh, querida, no necesitas comprarte ninguna, la casa está llena. Sinclair usó faldas escocesas desde que aprendió a caminar; y no hemos tirado ninguna.

Me había olvidado de la feliz circunstancia de que una falda escocesa, a diferencia de una bicicleta, sirve tanto para un hombre como para una mujer.

—¡Me parece una idea fantástica! ¿Cómo no se nos ha ocurrido antes? Ahora mismo voy a buscarlas. ¿Dónde están? ¿En el desván?

—No. Están en el dormitorio de Sinclair, en el armario de encima del ropero. Las guardé con bolas de naftalina, pero si quieres alguna, la podemos colgar fuera para que se le vaya el olor, y quedará como nueva.

No quería perder ni un segundo, así que salí en busca de la falda. El dormitorio de Sinclair, que por el momento estaba desocupado, había sido limpiado y barrido y se encontraba impecablemente ordenado. Recordé que el orden había sido siempre una fuerte característica de su carácter. Cuando era niño, no soportaba ver las cosas revueltas y no necesitaba que nadie le doblara la ropa o le guardara los juguetes.

Cogí una silla y la acerqué al ropero. Estaba empotrado junto a la chimenea, el espacio de arriba se aprovechaba como un armario adicional para maletas y ropa vieja. Me subí a la silla y abrí las puertas. Encontré una pila ordenada de libros, algunas revistas de automóviles, una raqueta de squash y un par de aletas de buceo.

Sentí un fuerte olor a alcanfor que provenía de una enorme caja atada con cordeles. Alargué los brazos para cogerla. Era pesada y difícil de manejar y, al intentar bajarla, golpeé la pila de libros con el codo y la tiré. Estaba tan cargada que no pude hacer nada para impedir que cayeran y sencillamente permanecí de pie sobre la silla oyendo cómo golpeaban el suelo con un estrépito terrible.

Solté un taco, agarré firmemente la caja, la bajé, la dejé sobre la cama y me agaché para recoger los libros. La mayoría eran libros de texto, un diccionario —el *Petit Larousse*—, una biografía de Miguel Ángel y, debajo...

Era grueso y pesado, encuadernado en cuero escarlata, con un escudo particular que adornaba la tapa y el título grabado en letras doradas sobre el lomo carmesí, *A History of the Earth and Animated Nature*, volúmenes I y II.

Conocía ese libro. Tenía seis años cuando mi padre lo trajo a Elvie después de una de sus eventuales incursiones en la tienda de libros de segunda mano del señor McFee en Caple Bridge. El señor McFee había fallecido hacía mucho tiempo y ahora la tienda se había convertido en un estanco. Pero por aquel entonces, mi padre pasaba muchas horas felices conversando con el señor McFee (un hombre alegre y extravagante que no tenía prejuicios con la suciedad o el polvo) y rebuscando en los infinitos estantes de volúmenes enmohecidos.

Había encontrado el *Animated Nature* de Goldsmith por casualidad, y lo había traído triunfalmente a casa, ya que no sólo era un libro poco común sino que había sido encuadernado por algún propietario noble y era algo realmente bello en sí mismo. Encantado con el libro y deseando compartir ese placer, lo primero que hizo mi padre fue llevarlo al dormitorio de los niños para mostrárnoslo a Sinclair y a mí. Mi reacción probablemente resultó frustrante. Acaricié el hermoso cuero, miré uno o dos dibujos de elefantes asiáticos y regresé a mi rompecabezas.

Pero con Sinclair fue distinto. A Sinclair le encantó todo, la vieja impresión, las hojas gruesas, los aguatinas, el detalle de los dibujos diminutos. Le gustó el olor, las guardas en papel jaspeado, y el peso del enorme libro viejo.

El hecho de añadir un trofeo semejante a la colección de mi padre pareció merecer algún tipo de ceremonia. Por lo tanto, buscó una de sus etiquetas *ex libris* (un grabado con sus iniciales rodeadas de abundantes ramas) y la pegó solemnemente en la guarda del libro. Sinclair y yo observamos la operación en absoluto silencio y, cuando terminó, suspiré con satisfacción, ya que lo había hecho con suma pulcritud y era una prueba irrefutable de que el libro ahora pertenecía a mi padre.

Después lo llevó abajo y lo dejó sobre una mesa del salón, junto con algunas revistas y periódicos, donde podía ser admirado, palpado y examinado. No se volvió a hablar del libro hasta después de dos o tres días, cuando mi padre se dio cuenta de que había desaparecido.

Nadie se preocupó demasiado, sencillamente habían cambiado de lugar el

Animated Nature de Goldsmith. Alguien lo había cogido prestado y quizá había olvidado devolverlo. Pero nadie lo había hecho. Mi padre comenzó a hacer preguntas pero no obtuvo más que silencios. Mi abuela buscó diligentemente, pero el libro no apareció.

Entonces nos implicaron a Sinclair y a mí. ¿Habíamos visto el libro? Pero, por supuesto, no lo habíamos visto y respondimos eso, y nunca se cuestionó nuestra inocencia. Mi madre insinuó:

—Quizá un ladrón...

Pero mi abuela desestimó esta posibilidad. ¿Qué ladrón no iba a prestar atención a la platería georgiana y sólo robaría un viejo libro? Insistió en que el *Animated Nature* de Goldsmith simplemente se había perdido. No había que preocuparse. Como cualquier maravilla de un día, este asunto misterioso murió por sí solo, pero el libro nunca apareció.

Hasta ahora. En el armario de Sinclair, cuidadosamente archivado con algunas otras posesiones que no utilizaba regularmente. Y seguía tan bello como siempre, el cuero rojo era liso y suave al tacto, las letras seguían brillantes y doradas. Mientras lo sostenía, pesado como el plomo, recordé el ex libris de mi padre. Levanté la tapa del libro y vi que la guarda en papel jaspeado junto con el ex libris habían sido retirados delicada y sutilmente, muy cerca del lomo, probablemente cortados con una hoja de afeitar. Y ahora la hoja blanca que había bajo la tapa estaba escrita con letra negra y firme de Sinclair a los doce años:

Sinclair Bailey

Elvie

ESTE LIBRO ES SUYO

Capítulo 9

El tiempo continuó plácido y agradable. El lunes por la tarde, mi abuela, equipada con una pala y un par de guantes de jardinería, salió a plantar bulbos. Me ofrecí para ayudarla, pero se negó. Si la acompañaba, dijo, sólo charlaríamos y no iba a poder hacer nada. Trabajaría más rápido si iba sola. Rechazada, llamé a los perros con un silbido y salí a caminar. De todas formas, tampoco me entusiasma demasiado la jardinería.

Caminé varios kilómetros y estuve fuera durante dos horas o más. Cuando regresé, la luz del día comenzaba a palidecer y empezaba a hacer frío.

En las cimas de las montañas aparecieron algunas nubes, que venían del norte, y una capa de niebla empezó a extenderse sobre el lago. Del jardín, donde avivaba una fogata, salía una larga columna de humo azul; el aire estaba impregnado de olor a basura quemada. Con las manos en los bolsillos y en la mente el pensamiento de un té calentito junto al fuego, crucé el camino empedrado y llegué al que pasaba bajo las hayas cobrizas. Uno de los perros empezó a ladrar, miré hacia arriba y vi el Lotus Elan color amarillo oscuro estacionado frente a la casa.

Sinclair había vuelto. Miré la hora: las cinco. Había llegado temprano. Seguí avanzando, atravesé el césped cubierto de hojas secas que me cubrían hasta los tobillos, y llegué a la gravilla. Mientras caminaba junto al automóvil, pasé la mano por uno de los parachoques brillantes, como para asegurarme de que realmente estaba allí. Entré en el vestíbulo cálido y con aroma a turba, esperé a los perros y cerré la puerta.

Oí un murmullo de voces que venían del salón. Los perros fueron a beber agua y después se echaron frente al hogar del vestíbulo. Me desabroché el cinturón del impermeable, me lo quité, me sacudí los zapatos llenos de barro y me alisé el cabello con los dedos. Crucé el vestíbulo y abrí la puerta. Dije:

—Hola, Sinclair.

Estaban sentados a ambos lados del hogar, con una mesa baja de té en medio. Sinclair se puso de pie y cruzó la habitación para recibirme.

—Janey... ¿dónde estabas?

Me besó.

—He salido a dar un paseo.

—Es tarde, pensábamos que te habías perdido.

Lo miré. Suponía que iba a estar muy diferente. Más tranquilo, cansado quizá, después del largo viaje, más pensativo, agobiado por las nuevas responsabilidades. Pero era obvio que había supuesto mal. Se veía distinto: estaba más alegre, más jovial y festivo que nunca. Aquella tarde había un brillo en él, un resplandor de excitación, como el de un niño en Nochebuena.

Me tomó las manos.

—Estás helada. Acércate al fuego y entrarás en calor. He tenido el detalle de dejarte una tostada, pero estoy seguro de que si quieres más, la señora Lumley te las preparará.

—No, ya está bien. —Acerqué una banqueta roja y me senté entre ellos, mientras mi servía el té.

—¿Adónde has ido? —me preguntó, y se lo conté—. ¿Han bebido agua los perros? ¿Se han mojado o ensuciado de barro? ¿Los has secado?

Le aseguré que habían bebido agua, que no se habían mojado ni ensuciado y que, por lo tanto, no había sido necesario secarlos.

—No hemos ido a ningún lugar con agua y les he quitado todo el brezo del pelo antes de entrar en casa.

Me alcanzó una taza, que enlacé con las manos frías, y miré a Sinclair.

—¿Qué tal por Londres?

—¡Uf! Un calor y un agobio impresionantes. —Sonrió y los ojos le brillaron con diversión—. Estaba lleno de empresarios agotados vestidos con trajes de invierno.

—¿Pudiste llevar a cabo lo que tenías que hacer?

—Suenas muy pomposo. Llevar a cabo... ¿Dónde has aprendido una expresión tan larga?

—Bueno, ¿lo lograste?

—Sí, por supuesto que sí. Si no, no estaría aquí.

—¿Cuándo... cuándo saliste de Londres?

—Esta mañana muy temprano... alrededor de las seis... Abuela, ¿queda más té?

Ella cogió la tetera y quitó la tapa para mirar.

—No mucho. Voy a preparar más.

—Llama a la señora Lumley...

—No, le duelen los pies; ya lo prepararé yo. De todos modos, quiero hablar con ella sobre la cena. Habrá que añadir otro faisán. Cenaremos faisán...

Cuando se fue, Sinclair dijo:

—Hmm... Me encanta el faisán...

Me cogió la muñeca y la rodeó con los dedos como si fueran una pulsera. Tuve una sensación fresca y ligera. Dijo:

—Quiero hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Aquí no, quiero tenerte toda para mí. He pensado que después del té podríamos salir a dar una vuelta en el coche. Podríamos subir a la cima del Bengairn y mirar cómo sube la luna. ¿Quieres venir?

Si quería hablarme en privado de Tessa, me pareció que el interior del Lotus Elan podía ser un buen lugar. Contesté:

—De acuerdo.

Ir en el Lotus fue para mí una experiencia nueva. Pegada al asiento con el cinturón de seguridad, me sentí como si estuviera yendo a la luna, y la velocidad con que Sinclair arrancó no contribuyó en nada a disipar esa impresión. Avanzamos estrepitosamente por el camino, nos detuvimos un momento en el cruce con la carretera principal, nos incorporamos a ella y la aguja del velocímetro subió a ciento veinte kilómetros por hora en unos segundos; los campos, las cercas y los demás puntos familiares iban quedando atrás en una sucesión vertiginosa.

Dije:

—¿Siempre conduces tan rápido?

—Esto no es rápido, querida.

No dije nada. En un momento ya estábamos en el puente, aminoramos un poco la velocidad, lo cruzamos —no sé cómo, pero tuve la sensación de que mi estómago flotaba a medio metro por encima de mi cabeza—, y salimos rumbo al tramo en obras. El semáforo estaba en verde y Sinclair aceleró, de forma que habíamos dejado atrás el obstáculo y ya estábamos lejos cuando el semáforo cambió a rojo.

Llegamos a Caple Bridge, donde el límite de velocidad era de cincuenta kilómetros por hora. Por consideración al policía local y para mi alivio, redujo la marcha y condujo el Lotus a través del pueblo a la velocidad reglamentaria; pero una vez dejada atrás la última casa, salimos de nuevo a toda velocidad. Ahora ya no había tránsito. La carretera, que ascendía levemente, se curvaba frente a nosotros y el automóvil avanzaba como un caballo desbocado.

Llegamos a la intersección donde debíamos tomar el camino secundario que llevaba hacia el sur, lleno de curvas pronunciadas hasta llegar a la cima del Bengairn. Los campos y las granjas quedaron atrás. Con un rugido de ruedas cruzamos la rejilla que impide el paso del ganado y nos encontramos en el páramo, una extensión de césped interrumpida de vez en cuando por parches de brezos, y con rebaños de ovejas de cabeza negra que ni se inmutaron, como únicos habitantes. El aire frío que entraba por la ventanilla abierta olía a turba; había una neblina cerca, pero, antes de penetrar en ella, Sinclair dirigió el Lotus hacia un camino lateral y apagó el motor.

El paisaje se extendía frente a nosotros: el valle tranquilo bajo un cielo color turquesa suave, más verde que azul, desteñido en el oeste por el rosado de la puesta de sol. Más allá yacía el lago de Elvie, brillante como una joya; el Caple parecía una cinta de plata sinuosa. Todo estaba muy tranquilo, sólo sentíamos el viento que rozaba ligeramente el automóvil y el grito de los zarapitos.

A mi lado, Sinclair se desabrochó el cinturón de seguridad y, como no hice ningún movimiento para seguir su ejemplo, se inclinó sobre mí para desabrochar el mío. Me volví para mirarlo y, sin decir nada, me tomó el rostro con las manos enguantadas y me besó. Al cabo de un instante, lo aparté suavemente y dije:

—Querías hablar conmigo, ¿no?

Sonrió, sin sentirse en absoluto molesto, y se estiró para poder buscar algo en el bolsillo.

—Tengo algo para ti...

Sacó una cajita, la abrió y de pronto pareció que todo el cielo estaba reflejado en los diamantes.

Sentí como si me estuviese cayendo, rodando y dando vueltas de campana por una pendiente interminable. Me quedé mareada y aturdida.

Cuando logré hablar, sólo pude decir:

—Pero Sinclair, esto no es para mi

—Por supuesto que sí. Aquí tienes...

Sacó el anillo, tiró la cajita despreocupadamente sobre el salpicadero y, antes de que pudiera detenerlo, tomó mi mano izquierda y me colocó con fuerza el anillo en el dedo. Intenté separarme, pero él continuaba sosteniendo mi mano y me la apretaba firmemente, de forma que los diamantes se me clavaban en la carne y me hacían daño.

—Pero *no puede ser* para mí...

—Sólo para ti... Sólo para ti...

—Sinclair, tenemos que hablar.

—Por eso te he traído aquí.

—No, no sobre esto. Sobre Tessa Faraday.

Si suponía que esto iba a escandalizarlo, me había equivocado.

—¿Qué sabes tú de Tessa Faraday?

Sonaba complaciente y en absoluto perturbado.

—Sé que va a tener un hijo. Tu hijo...

—¿Y cómo lo has averiguado?

—Porque la noche en que llamó, oí el teléfono y fui a contestar por la extensión de arriba. Ya lo habías cogido tú y oí cuando... te decía...

—¿Entonces fuiste tú? —dijo aliviado, como si hubiese resuelto un pequeño problema—. Me pareció oír que colgaban en el otro lado. Qué discreta, no haber escuchado toda la conversación...

—Pero ¿qué vas a hacer al respecto?

—¿Hacer? Nada.

—Pero esa muchacha va a tener un hijo tuyo.

—Querida Janey, no sabemos si es mío.

—Pero podría serlo.

—Oh, sí, podría ser mío. Pero eso no significa que lo sea. Y no voy a asumir la responsabilidad por el descuido de otro hombre.

Pensé en Tessa Faraday y en la imagen que me había formado de ella. La joven

alegre, hermosa y risueña abrazada por Sinclair. La deportista triunfadora que tenía a sus pies el mundo que ella misma había elegido. La joven que había almorzado con mi abuela en Connaught. «Una joven encantadora», había dicho mi abuela, y ella muy raras veces se equivocaba sobre las personas. Nada de esto tenía que ver con la impresión que Sinclair estaba intentando darme.

Pregunté, cautelosamente:

—¿Le dijiste eso?

—En muchas palabras, sí.

—¿Y qué dijo?

Se encogió de hombros ligeramente.

—Dijo que si era eso lo que pensaba, tomaría otras medidas.

—¿Y así quedaron las cosas?

—Sí. Así quedaron. No seas ingenua, Jane, tiene experiencia, es una muchacha sensata.

Durante todo el tiempo no me había soltado el brazo, pero por fin lo hizo y pude estirar y desentumecer los dedos agarrotados. Él tomó el anillo entre el dedo índice y el pulgar y empezó a hacerlo girar hacia un lado y hacia el otro, como si lo estuviera atornillando. Entonces dijo:

—De todos modos, le dije que me iba a casar contigo.

—¿Le dijiste *qué*?

—Oh, querida, escucha. Le dije que me iba a casar contigo...

—Pero no tenías derecho a decirle eso... Ni siquiera me lo habías preguntado.

—Por supuesto que te lo había preguntado. ¿Qué crees que estuvimos discutiendo el otro día? ¿Qué crees que estaba haciendo?

—Estábamos jugando... bromeando...

—Bueno, pues yo no bromeaba. Además, sabes que no lo estaba haciendo.

—No estás enamorado de mí.

—Pero te quiero. —Hizo que sonara completamente razonable—. Y estar contigo, tenerte de nuevo en Elvie, es lo mejor que me podía haber sucedido. Eres tan natural, Janey. En un momento dado puedes ser inocente como un niño, y al siguiente, sales con algo increíblemente sabio. Me haces reír, te encuentro deliciosamente atractiva. Y me conoces casi mejor que yo. ¿No es todo esto mejor que sólo estar enamorado?

Dije:

—Pero cuando te casas con alguien, es para siempre.

—¿Entonces?

—Debes de haber estado enamorado de Tessa Faraday, y ahora no quieres saber nada más de ella...

—Janey, era completamente distinto.

—¿Distinto en qué? No veo que sea tan distinto.

—Tessa es atractiva, alegre y muy agradable; he disfrutado mucho con su compañía... Pero para toda la vida... no.

—Va a tener un hijo para toda la vida.

—Ya te lo he dicho, casi con toda seguridad no es mío.

Era obvio que desde ese punto de vista se consideraba invulnerable. Intenté por otro lado.

—Supongamos, Sinclair, sólo supongamos, que no quiero casarme contigo. Como te dije el otro día, somos primos hermanos...

—No es la primera vez que ocurre...

—Somos parientes muy cercanos... No me gustaría arriesgarme.

—Te quiero —dijo Sinclair.

Era la primera vez que alguien me decía aquello. Me lo había imaginado cuando soñaba despierta en la adolescencia. Pero nunca así.

—Pero... pero yo no te quiero...

Sonrió.

—No pareces muy segura.

—Pero lo estoy. Muy segura.

—¿Ni siquiera me quieres lo suficiente como para... ayudarme?

—Oh, Sinclair, tú no necesitas ayuda.

—Aquí estás equivocada. La necesito. Si no te casas conmigo, el mundo se destruirá en pedazos a mi alrededor.

Era una declaración de amor, y sin embargo no creía que la estuviera diciendo con amor.

—Lo dices literalmente, ¿verdad?

—Qué intuitiva eres, Janey. Sí, así es.

—¿Por qué?

De repente se impacientó, dejó caer mi mano como si estuviera aburrido de ella y, para distraerse, buscó un cigarrillo. Tenía algunos en el bolsillo del abrigo. Cogió uno y lo encendió con el encendedor del coche.

—Oh, porque... —dijo finalmente.

Después de un momento insinuó:

—¿Porque... qué?

Respiró hondo.

—Porque estoy endeudado hasta las cejas. Porque tengo que encontrar el dinero para saldar las deudas o la garantía para pedirlo prestado, y no cuento con ninguna de las dos cosas. Y si todo sale a la luz —lo que está peligrosamente a punto de suceder—, estoy seguro de que el director me mandará llamar y comunicará con malos modos que ya no necesita mis servicios, y muchas gracias.

—¿Quieres decir que perderás el empleo?

—No sólo eres intuitiva, sino también rápida de entendimiento.

—Pero... ¿cómo te has endeudado así?

—¿Cómo crees? Apostando a los caballos, jugando a las cartas...

Sonaba inofensivo.

—¿Pero por cuánto?

Me lo dijo. Me costaba creer que alguien pudiera tener tanto dinero, y menos aún deberlo.

—Debes de estar loco. Cómo..., sólo jugando a las cartas...

—Oh, por Dios, Jane, puedes perder todo eso en una sola noche, en uno de esos clubes de juego de Londres. Y a mí me ha llevado casi dos años.

Tardé un momento en aceptar que un hombre pudiera ser tan tonto. Siempre creí que mi padre era muy poco realista con respecto al dinero, pero esto...

—¿No te podría ayudar la abuela? ¿Prestarte el dinero?

—Ya me había ayudado antes... sin demasiado entusiasmo, debo agregar.

—Quieres decir que no es la primera vez.

—No, no es la primera vez, y deja de poner esa cara de susto. Además, nuestra abuela no tiene tanto dinero disponible. Pertenece a una generación que cree en inmovilizar el capital, y todo su dinero está invertido en fideicomisos y tierras.

Tierras. Empezaban a aclararse algunas cosas. Dije, con indiferencia:

—¿Y si vendiéramos algunas tierras? El... páramo, por ejemplo.

Sinclair me lanzó una mirada de reojo, llena de respeto pero vacilante.

—Ya había pensado en eso. Conseguí un grupo de americanos que estaban muy interesados en comprar el páramo o, si no podían comprarlo, estaban dispuestos a alquilarlo pagando anualmente una renta muy importante. Para ser sincero, Janey, ésta es la razón por la que me tomé estas vacaciones, para venir al norte y exponerle la idea a la abuela. Pero, por supuesto, me dijo que ni siquiera quería pensar en ello... a pesar de que, tal como están las cosas ahora, no le reporta ningún beneficio. Es incomprensible.

—Está alquilado...

—Por una miseria. La renta que le paga ese pequeño sindicato apenas le cubre el coste de los cartuchos de Gibson.

—¿Y Gibson?

—Oh, al diablo con Gibson. Ya está viejo, de todas formas; es hora de que se jubile.

Permanecimos otra vez en silencio. Sinclair fumaba y yo, a su lado, intentaba frenéticamente ordenar una confusión de pensamientos. Me di cuenta de que lo que me asombraba no era esa actitud desalmada —ya lo había sospechado— ni el hecho de que tuviese problemas, sino simplemente que hubiese sido tan franco conmigo. O

había renunciado a la idea de casarnos y entonces no tenía nada que perder, o su vanidad no tenía límites.

Comenzaba a enfurecerme. Me cuesta mucho perder el control y lo hago muy lentamente y muy raras veces, pero cuando me ocurre, soy bastante incoherente. Como me conocía y quería evitarlo a todas luces, me tragué los sentimientos y me esforcé por estar tranquila.

—En realidad, no entiendo por qué depende de la decisión de la abuela y no de la tuya. Después de todo, Elvie será tuyo algún día. Si quieres vender alguna parte ahora, creo que es asunto tuyo.

—¿Por qué dices que Elvie será mío?

—Por supuesto que así será. Eres su nieto. No hay nadie más.

—Hablas como si estuviese impuesto, como sí, de generación en generación, pasara de padre a hijo. Pero no es así. Nunca lo ha sido. Pertenece a nuestra abuela y, si lo desea, puede dejárselo a las hermanitas de los pobres.

—Pero, ¿por qué no a ti?

—Porque, querida, soy el hijo de mi padre.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Quiere decir que soy la oveja negra de la familia y que no sirvo para nada. Un verdadero Bailey, si quieres.

Lo miré, desconcertada. De repente, se rió y su risa tuvo un sonido desagradable.

—¿No te han contado nunca, mi querida e inocente Jane, la historia de tu tío Aylwyn? ¿No te la contó tu padre?

Negué con la cabeza.

—A mí me lo contaron todo cuando cumplí los dieciocho años... como un regalo de cumpleaños no deseado. Mira, Aylwyn Bailey no sólo no era honrado, sino que además era incompetente. De todos los años que estuvo en Canadá, pasó cinco en la cárcel. Por fraude y malversación y Dios sabe qué más. ¿Nunca se te ocurrió que toda la situación era un poco rara? Ninguna visita. Muy pocas cartas. Y ninguna fotografía en toda la casa.

De pronto, todo fue tan obvio, que me pregunté por qué no había descubierto la verdad por mí misma. Y pensé en la conversación que había mantenido con mi abuela, tan sólo unos días antes, y en los escasos datos que me había permitido conocer de su único hijo. «Después de todo, fue lo que él eligió... vivir en Canadá y finalmente morir allí. Elvie nunca significó nada para Aylwyn... Se parecía a Sinclair. Y era encantador.»

Pregunté, estúpidamente:

—Pero ¿por qué nunca regresó?

—Supongo que la abuela no se lo permitió... Probablemente pensó que yo estaría mejor lejos de su influencia. —Apretó el botón para abrir la ventanilla y arrojó el

cigarrillo a medio fumar—. Pero tal como resultó todo, no creo que hubiese habido ninguna diferencia. Sencillamente, he heredado la enfermedad familiar. —Me sonrió—. Y lo que no se puede curar se debe soportar.

—Quieres decir que los demás deben soportarlo.

—Oh, vamos, tampoco es fácil para mí. Jane, es curioso que hayas sacado el tema de Elvie, que hayas dicho que algún día será mío, porque la otra noche, cuando discutíamos la venta del páramo y lo que haríamos con Gibson, ése era mi as de triunfo, la carta que me guardaba debajo de la manga. «Elvie será mío algún día. Tarde o temprano, me pertenecerá. Entonces, ¿por qué no puedo decidir ahora lo que se hará con él?» —Se volvió hacia mí y sonrió... con esa sonrisa encantadora y cautivadora—. ¿Y sabes lo que respondió nuestra abuela?

—No.

—Dijo: «Pero, Sinclair, ahí te equivocas. Elvie no significa nada para ti, más que una fuente de ingresos. Ya tienes tu vida en Londres y nunca vendrías a vivir aquí. Elvie será para Jane».

Por fin estaba todo claro. Ésa era la pieza que me faltaba para completar el rompecabezas.

—Entonces, ésa es la razón por la que quieres casarte conmigo. Para echar mano sobre Elvie.

—Dicho así, suena un poco directo...

—¡Directo!

—... pero supongo que puede decirse que ésa es, *grosso modo*, la idea principal. Por encima de las demás razones que ya te he expuesto, que son reales, verdaderas y totalmente sinceras.

Fue el uso de esas palabras lo que finalmente hizo que no pudiera controlar mi cólera, que salió como una piedra arrojada desde lo alto de una colina.

—Reales, verdaderas y sinceras... Sinclair, ni siquiera conoces el significado de esas palabras, y cómo te atreves a utilizarlas todas juntas... contándome todo esto...

—¿Quieres decir lo de mi padre?

—No, no quiero decir lo de tu padre. Me importa un comino tu padre y tampoco deberías importarme tú. Y tampoco me importa Elvie. No quiero Elvie, y sí la abuela me lo deja, lo rechazaré, lo quemaré, lo regalaré, pero nunca dejaré que pongas tus codiciosas manos encima.

—Eso no es muy caritativo.

—No pretendo ser caritativa. No eres digno de caridad. Estás obsesionado con las propiedades, siempre lo has estado. Siempre has querido *tener* cosas... y si no las tenías, simplemente las cogías. Trenes eléctricos, botes, palos de críquet y pistolas cuando eras un niño. Ahora, coches deportivos, apartamentos en Londres y dinero, dinero y más dinero. Nunca estarás satisfecho. Aunque hiciese todo lo que desees que

haga, casarme contigo y cederte Elvie por completo, no sería suficiente...

—Estás empezando a desvariar.

—Yo no diría eso. Es sólo cuestión de tener muy claras las prioridades y saber que las personas importan más que las cosas.

—¿Las personas...?

—Sí, las personas. Los seres humanos, con sentimientos, emociones y todas las cosas que parece haber olvidado, si alguna vez has sabido que existían. Personas como nuestra abuela, como Gibson o como esa muchacha, Tessa, que está esperando un hijo tuyo... Y no empieces otra vez con que no es tu hijo, porque lo sé, y es más, tú también lo sabes perfectamente. Han cumplido su función y ya no te sirven, así que, sencillamente, los tiras por la borda.

—Pero a ti no —dijo Sinclair—. No te estoy tirando por la borda. Te estoy llevando conmigo.

—Oh, no. Desde luego que no.

El anillo me apretaba demasiado. Me lo arranqué, me magullé el nudillo y tuve que hacer un esfuerzo para no arrojárselo a la cara. Cogí la cajita, guardé el anillo en el terciopelo, la cerré de nuevo y la tiré sobre el salpicadero.

—Tenías razón cuando dijiste que nos queríamos. Nos queríamos, y siempre había creído que eras la persona más maravillosa del mundo. Pero has resultado ser no sólo un ser despreciable, sino también un estúpido. Estás loco si piensas que voy a seguir participando en este juego como si nada hubiese ocurrido, o tal vez crees que soy idiota.

Para mi horror, sentí que mi voz comenzaba a temblar. Me aparté de él y permanecí sentada temblando, deseando estar al aire libre o en una habitación enorme para poder gritar, tirar cosas y abandonarme a un ataque de histeria. Pero no era así. Estaba encerrada en el pequeño coche de Sinclair, donde casi no había lugar para expresar sentimientos, y menos aún para nosotros.

Lo sentí suspirar a mi lado. Dijo:

—Quién hubiese pensado que regresarías de los Estados Unidos con unos principios tan elevados.

—No tiene nada que ver con los Estados Unidos. Soy así, y así seré siempre. —Sentía que se me secaba la boca y que los ojos se me llenaban de lágrimas—. Y ahora quiero volver a casa.

No pude aguantar más. A pesar de mis esfuerzos, acabé llorando a lágrima viva. Busqué un pañuelo pero, por supuesto, no pude encontrar ninguno y tuve que aceptar el que Sinclair me ofrecía en silencio.

Me enjuagué los ojos, me soné la nariz y por alguna ridícula razón este hecho tan común rompió la tensión entre nosotros. Sacó un par de cigarrillos del bolsillo, los encendió y me dio uno. La vida seguía. Me di cuenta de que mientras hablábamos la

luz se había debilitado. La luna, que ya no era nueva sino curvada y delicada, subía por el este, pero su reflejo quedaba amortiguado por la niebla que había bajado de la cima de la montaña y que ahora nos envolvía.

Me soné la nariz otra vez y dije:

—¿Qué vas a hacer?

—Quién sabe.

—Quizá si hablamos con David Stewart...

—No.

—O con mi padre. Puede que no sea muy organizado, pero es inteligente. Podríamos llamarlo...

—No.

—Pero, Sinclair...

—Tenías razón —dijo—. Es hora de volver a casa.

Adelantó una mano para poner el coche en marcha. El motor rugió y ahogó todos los demás ruidos. Añadió:

—Pero pararemos por el camino para tomar algo en Caple Bridge. Creo que los dos necesitamos un trago. Yo desde luego, y a ti te dará tiempo para recomponerte la cara antes de que te vea la abuela.

—¿Qué tiene de malo mi cara?

—Está toda hinchada, como cuando tuviste paperas. Vuelves a parecer una niña.

Capítulo 10

En Escocia, la seria actividad de beber es como la de asistir a los funerales, es decir, privilegio exclusivo de los hombres. Ninguna mujer es bienvenida en un bar público, y si un hombre comete el error de llevar a su esposa o a su novia a uno de estos lugares, deberá sentarse en una sala oscura, de manera que el resto de sus fanfarrones compinches no le vean ni le oigan.

El Crimond Arms de Caple Bridge no era una excepción a esta regla. Aquella noche entramos en una habitación fría y hostil, empapelada en color naranja, amueblada con sillas y mesas de caña, y con patos de yeso como decoración, así como algún que otro florero con flores de plástico polvorientas. Había una estufa de gas apagada, algunos ceniceros con publicidad de cervezas y un piano vertical que, después de mi inspección, resultó estar firmemente trabado. Nos desafiaban a disfrutar los dos solos.

Descorazonada y abatida por aquel lugar, por los temores indefinibles que me inspiraba Sinclair y por todo lo que había sucedido, me senté sola a esperarlo. Al cabo de un momento vino con una copita de jerez de color pálido para mí y un gran vaso de whisky bien oscuro para él. De repente preguntó:

—¿Por qué no has encendido la estufa?

Pensé en el piano trabado y en la hostilidad de todo el ambiente y dije:

—Creía que no me lo iban a permitir.

—Eres ridícula —dijo Sinclair. Cogió un fósforo y se arrodilló para encender la estufa. Hubo una pequeña explosión, un fuerte olor, se encendieron diminutas llamas, y una oleada de calor hizo impacto en un área minúscula alrededor de mis rodillas.

—¿Está mejor así?

No lo estaba, ya que el abatimiento venía de dentro y no podía ser erradicado, pero le contesté que sí. Satisfecho, se sentó en una silla de caña que se encontraba en el otro extremo de la alfombra, delante de la estufa, buscó un cigarrillo, lo encendió y alzó el vaso de whisky en mi dirección.

—Me dirijo a té —dijo.

Era un viejo chiste y, como tal, reconocible como una bandera de tregua. Se suponía que yo debía responder: «Y yo brindo por té», pero no lo hice, porque no estaba segura de que pudiéramos volver a ser amigos de nuevo.

Ya no volvió a hablar. Me terminé el jerez, dejé la copa vacía y, al ver que a él todavía le quedaba la mitad, le dije que iba al aseo para revisar mi aspecto general antes de presentarme frente a mi abuela. Sinclair dijo que me esperaría. Salí, avancé por un pasillo, subí unos escalones y encontré el aseo, tan hostil y desagradable como el salón de abajo. Me miré en el espejo y encontré una imagen deprimente, un rostro hinchado y lleno de manchas, y todo el maquillaje emborronado. Me lavé las manos y

la cara con agua fría, cogí un peine del bolsillo, me desenredé el pelo; me daba la sensación de estar arreglando un cadáver, como en esas macabras historias americanas sobre cámaras mortuorias.

Todo eso me llevó tiempo y, cuando volví abajo, vi que no había nadie en la inhóspita habitación, pero oí, desde detrás de la puerta que daba al bar, la voz de Sinclair, que conversaba con el camarero, y supuse que había aprovechado la oportunidad para pedir otro whisky y beberlo en circunstancias más agradables.

No quería permanecer allí, así que fui al coche a esperarlo. Había comenzado a llover y la plaza del mercado, mojada y oscura como un lago, brillaba tenuemente con los reflejos anaranjados de las luces de la calle. Permanecí sentada, acurrucada, muerta de frío, sin siquiera fuerzas para encender un cigarrillo; al cabo de un rato vi que se abría la puerta del Crimond Arms. La silueta de Sinclair apareció negra por un momento, luego la puerta se cerró y él vino andando por el suelo mojado hacia mí.

Llevaba un periódico.

Subió al Lotus y se sentó tras el volante, cerró la puerta de un golpe y permaneció allí, sentado y respirando fuerte. Olía a whisky y me pregunté cuántos se habría tomado mientras yo me lavaba la cara en el piso de arriba. Al cabo de un rato, como él no había hecho ningún movimiento para poner el motor en marcha, dije:

—¿Ocurre algo malo?

No respondió. Sólo permaneció sentado, mirando hacia abajo, con el perfil pálido, las pestañas oscuras y espesas sobre los huesos de las mejillas.

De repente, me sentí preocupada.

—Sinclair...

Me entregó el periódico. Vi que era el periódico local de la tarde, que quizá había cogido del bar. A la luz de las farolas de la calle leí los titulares, que hablaban de un accidente de autobús, había una foto del alcalde recién elegido, una columna sobre una muchacha de Thrumbo, que había triunfado en Nueva Zelanda...

Y luego lo vi, un artículo de unos dos centímetros, en la esquina inferior.

MUERTE DE UNA CONOCIDA ESQUIADORA

El cuerpo sin vida de la joven Tessa Faraday fue encontrado, ayer por la mañana, en su casa de Crawley Court, Londres. Tessa Faraday, que tenía veintidós años, fue la ganadora del Campeonato de Esquí Femenino celebrado el invierno pasado...

La impresión se movía, nadaba, y luego se perdió. Cerré lo ojos, como para borrar el horror, pero la oscuridad sólo lo empeoró y supe que no podía escapar del interior de mi mente. Dijo que tomaría otras medidas, me había dicho Sinclair. Tiene experiencia. Es una muchacha sensata.

Dije, estúpidamente:

—Se ha suicidado...

Abrí los ojos. Sinclair no se había movido. Oí mi propia voz, diciendo:

—¿Sabías cuáles eran esas «otras medidas»?

Contestó, lentamente:

—Creí que se refería a deshacerse del bebé.

De repente lo comprendí todo. Dije:

—No tenía miedo de tener el bebé. No era de ese tipo de chicas. Se suicidó porque se dio cuenta de que ya no la querías. Ibas a casarte con otra.

De pronto, se abalanzó sobre mí salvajemente, en un ataque de rabia.

—Cállate y no digas nada de ella, ¿entiendes? No hables de ella, no la menciones, no digas ni una sola palabra. No sabes nada de ella, así que no pretendas saberlo. No entiendes nada, y tampoco esperaba que lo hicieras.

Cuando terminó de decir esto, encendió el motor, soltó el freno y, con un silbido de ruedas derrapando sobre los adoquines mojados, dio la vuelta a la plaza y se dirigió hacia la calle que llevaba al campo y, por lo tanto, a Elvie.

Estaba ebrio, o atemorizado, o descorazonado, o escandalizado. O quizá todo a la vez. Ahora no pensaba en normas ni en reglamentaciones, ni siquiera en la simple precaución. Huía, perseguido por mil diablos, y la velocidad era su única defensa.

Avanzamos estrepitosamente por las estrechas calles del pueblo y salimos a la campiña oscura. La realidad pasó a ser la carretera que teníamos delante, las líneas blancas y los ojos de gato en el centro que avanzaban a toda prisa hacia nosotros, formando una única masa cuando estaban cerca. Nunca había sentido antes temor físico, pero en ese momento me di cuenta de que tenía los dientes tan apretados que me dolían y el pie tan presionado contra un freno imaginario, que verdaderamente corría peligro de dislocarme la columna. Llegamos a la última curva y luego el camino llevaba directamente al tramo en obras. El semáforo estaba en verde y, para pasar antes de que cambiara, Sinclair aceleró todavía más el Lotus y pasamos más rápido que nunca. Me encontré suplicando: «Por favor, que el semáforo se ponga en rojo. Ahora mismo. Por favor, que se ponga en rojo».

Y luego, a tan sólo cincuenta metros de distancia, sucedió el milagro: el semáforo se puso en rojo. Sinclair comenzó a frenar y en ese momento supe lo que tenía que hacer. Las ruedas rechinaron hasta que finalmente el Lotus se detuvo y, temblando entera, abrí la puerta y bajé del coche.

Dijo:

—¿Qué haces?

Permanecí de pie en la oscuridad, bajo la lluvia, iluminada como una mariposa, nocturna por las luces que se acercaban lentamente a medida que el tráfico que venía en la dirección contraria avanzaba hacia nosotros.

—Tengo miedo —le respondí.

Habló con bastante amabilidad:

—Vuelve al coche. Vas a mojarte.

—Caminaré.

—Pero si faltan más de cinco kilómetros...

—Quiero caminar.

—Janey...

Se inclinó como para hacerme subir de nuevo al coche, pero me aparté para no estar a su alcance.

—¿Por qué? —preguntó.

—Ya te lo he dicho, tengo miedo. Y el semáforo se ha puesto en verde de nuevo... Tienes que moverte o bloquearás el paso.

Para apoyar mis argumentos, una camioneta que se encontraba detrás de Sinclair hizo sonar la bocina. Hizo un ruido grosero e impúdico, ese tipo de ruido que, en otras circunstancias, nos hubiese hecho reír.

Finalmente dijo:

—Está bien.

Agarró la manija de la puerta para cerrarla, pero entonces dudó y añadió:

Tenías razón en una cosa, Janey.

—¿En qué?

—El hijo de Tessa. *Era* mío.

Rompí a llorar. Las lágrimas se mezclaron con la lluvia en mi rostro y no puede hacer nada para detenerlas, no se me ocurrió nada que decir ni ninguna forma de ayudar a Sinclair. La puerta se cerró de golpe y, en un instante, ya se había ido. El coche se alejó de mí hacia los obstáculos y las luces intermitentes, cada vez más rápido en dirección hacia el puente.

Como en una pesadilla, y sin ninguna razón, me di cuenta de que tenía la mente llena de música que sonaba discordante como un organillo. Era la melodía de Sinclair y, ahora que era demasiado tarde, deseé haber ido con él.

*Caminemos alegremente, caminemos,
talón tras talón y punta tras punta,
brazo con brazo, y fila tras fila...*

Sinclair había llegado al puente y el Lotus tomó la elevada joroba como en una carrera de obstáculos. La luz del faro trasero desapareció en el extremo de la curva y al instante siguiente la noche tranquila fue desgarrada por el chirrido de los frenos y las ruedas patinando sobre el asfalto mojado. Luego se oyó el crujido del metal destrozado y el estallido de cristales rotos. Empecé a correr, tan inútilmente como se corre en un sueño, dando traspiés y metiéndome de lleno en los charcos. Me rodeaban

luces intermitentes y enormes ojos de gato rojos que formaban la palabra PELIGRO, pero cuando todavía me faltaban cien metros para llegar al puente, se oyó el ruido sordo de una explosión y, frente a mis ojos, toda la noche se iluminó con el resplandor rosado de las llamas.

No tuve oportunidad de hablar con mi abuela hasta después del funeral de Sinclair. Antes, cualquier tipo de conversación había sido imposible. Las dos estábamos impresionadas y evitábamos mencionar su nombre, como si el mero hecho de hablar de él pudiese abrir las compuertas de nuestro dolor cuidadosamente controlado.

Además, había mucho por hacer, mucho que organizar y mucha gente que ver. Especialmente mucha gente que ver. Viejos amigos, como los Gibson, Will el jardinero, el pastor y Jamie Drysdale, el ebanista de Thrumbo, que parecía un ejecutivo, por el traje serio y la expresión de piadosa tristeza. Tuvimos entrevistas con la policía y llamadas telefónicas de la prensa. Llegaron flores y cartas, docenas de cartas que comenzamos a responder, pero finalmente nos dimos por vencidas y dejamos que se apilaran sobre la bandeja de cobre del vestíbulo.

Mi abuela pertenecía a una generación que no se amedrentaba ante la idea de la muerte, de modo que insistió en celebrar un funeral a la antigua y lo sobrellevó sin conmoción aparente, ni siquiera cuando Hamish Gibson, que estaba de permiso, tocó «Las flores del bosque» con la gaita. Cantó los himnos en la iglesia, permaneció de pie durante más de media hora saludando y se acordó de dar las gracias incluso a aquellos que se habían encargado de las tareas más insignificantes.

Pero ahora estaba cansada. La señora Lumley, agotada por las emociones y por la duración de la ceremonia, se había retirado a su dormitorio para hacer descansar en alto sus pies hinchados. Encendí el fuego del salón, acomodé a mi abuela junto al hogar y fui a la cocina a preparar una taza de té.

Mientras permanecía de pie frente al calor de la cocina esperando a que hirviera el agua, miré, ausente, el mundo gris al otro lado de la ventana. Estábamos ya en octubre y la tarde era fría y tranquila. Ni tan sólo una pizca de brisa movía las últimas hojas de los árboles. El lago, en el que se reflejaba el cielo gris, estaba inmóvil como una lámina de plata, y las colinas sobresalían suavemente, como ciruelas. Mañana, quizá, o pasado mañana, estarían cubiertas por las primeras nevadas —ya hacía frío suficiente— y habría llegado el invierno.

Hirvió el agua, preparé el té y lo llevé al salón. El tintineo de las tazas y el chisporroteo del fuego eran reconfortantes, como siempre sucede con las cosas pequeñas frente a una tragedia.

Mi abuela estaba tejiendo un gorrito de niño con lana roja y blanca para, lo sabía, la feria navideña de la iglesia. Como creí que quería estar tranquila, dejé mi taza

vacía, encendí un cigarrillo, comencé a leer el periódico y estaba medio perdida en la crítica de una nueva obra de teatro, cuando de repente me habló.

—Me siento muy culpable, Jane. Debería haberte contado la historia de Aylwyn aquel día, cuando estábamos sentadas en el jardín y me preguntaste sobre él. Estuve a punto de hacerlo, pero algo me hizo cambiar de opinión. Fue muy estúpido por mi parte.

Aparté el periódico y lo doblé. Las agujas se golpeaban ligeramente y mi abuela no apartaba la mirada del tejido.

Le dije:

—Sinclair me contó...

—¿Ah, sí? Pensé que quizá lo haría. Para Sinclair significó mucho. Era importante para él que lo supieras. ¿Te impresionó mucho?

—¿Por qué debería haberme impresionado?

—Por muchas razones. Porque Aylwyn no era honrado. Porque estuvo en la cárcel. Y porque yo intenté ocultároslo todo.

—Probablemente fue mejor ocultarlo. No nos habría hecho ningún bien saberlo. Ni a él.

—Siempre creí que quizá tu padre te lo habría contado.

—No.

—Fue un detalle por su parte... Sabía cómo querías a Sinclair.

Dejé el periódico y me arrellané en la alfombra, un buen lugar para escuchar confidencias.

—¿Pero por qué era así el tío Aylwyn? ¿Por qué no era como tú?

—Era un Bailey —respondió tajantemente mi abuela—. Desde siempre han sido unos inútiles, pero poseedores de todo el encanto del mundo. Nunca han tenido un penique, y menos todavía la idea de ganar dinero o de conservarlo.

—¿Tu esposo era así?

—Oh, sí. —Sonrió como si estuviera recordando un viejo chiste—. ¿Sabes lo primero que sucedió después de casarnos? Mi padre saldó todas sus deudas, pero a él no le costó demasiado contraer otras nuevas.

—¿Le querías?

—Con locura. Pero en seguida me di cuenta de que me había casado con un irresponsable que no tenía la más mínima intención de cambiar.

—Sin embargo fuiste feliz...

—Murió pocos años después de casarnos, así que no tuve tiempo de sentirme de otra manera. Pero entonces me di cuenta de que estaba sola, y decidí que sería mejor para mis hijos si empezaba de nuevo lejos de los Bailey. Compré Elvie y crié a los niños aquí. Creí que todo iba a ser diferente, pero, como diría un psicólogo infantil, el entorno no puede llegar a anular la herencia. Era el caso de Aylwyn. Le vi crecer y

parecerse cada día más a su padre, sin poder hacer nada por evitarlo. Luego se fue a Londres a trabajar, pero en seguida empezó a tener problemas de dinero. Le ayudé, por supuesto, una y otra vez, pero llegó un día en que ya no pude ayudarle. Había manipulado unas acciones o cometido algún tipo de fraude, por lo que los directivos de su empresa decidieron avisar a la policía. Al final conseguí convencerles de que no dijese nada y accedieron, con la condición de que Aylwyn diese su palabra de que nunca volvería a trabajar en Londres. Ésa es la razón por la que se marchó a Canadá. Y, por supuesto, la historia volvió a repetirse allí también, pero esa vez no tuvo tanta suerte. Habría sido distinto, ¿sabes, Jane?, si se hubiese casado con una mujer sensata, con los pies en el suelo, y con un carácter lo suficientemente fuerte como para conseguir que Aylwyn también aterrizara. Pero Silvia tenía la cabeza llena de pájaros igual que él, no eran más que un par de chiquillos. Sólo Dios sabe por qué decidió casarse con Aylwyn; quizá pensó que tenía dinero, pero dudo mucho que estuviese enamorada, dejando a Aylwyn y a su hijo de la manera en que lo hizo.

—¿Por qué Aylwyn nunca volvió de Canadá?

—Por Sinclair. A veces la imagen de un padre puede ser mejor que... el padre mismo. Sinclair es... —dijo, y se corrigió con un pequeño temblor en la voz—. Sinclair era otro Bailey. Es increíble cómo un solo defecto puede transmitirse de generación en generación en una misma familia.

—Te refieres al juego y todo eso.

—Sinclair habló contigo, ¿verdad?

—Un poco.

—No lo necesitaba, ¿sabes? Tenía un buen trabajo y un buen sueldo, pero sencillamente no pudo resistirse a la tentación. Y el hecho de que no lo podamos entender no significa que no sintamos compasión. Sin embargo, a veces creo que Sinclair solamente vivía para eso.

—Pero le gustaba venir a Elvie.

—Sólo de vez en cuando. No sentía lo mismo que tu madre... o que tú. De hecho... —Cambió de lugar las agujas y comenzó una hilera nueva—. Bueno, hace algún tiempo decidí que sería una buena idea que Elvie fuera tuyo algún día. ¿Te gustaría?

—No... no lo sé.

—Ésa era la razón por la que ansiaba tanto que tu padre te dejase volver a casa, y por eso lo bombardeé con cartas que el canalla se negaba a responder. Quería hablarte de Elvie.

Contesté:

—Es una idea maravillosa, pero me da miedo poseer cosas... No me gustaría estar atada por todas las responsabilidades que conlleva un lugar como Elvie. Y no sería libre para coger y marcharme adonde quisiera.

—Eso suena muy cobarde, me recuerda un poco la forma de pensar de tu padre. Si él hubiese sido más realista en cuanto a las propiedades, ya podría haber echado raíces en algún sitio y haber hecho algo bueno. ¿No te gustaría echar raíces, Jane? ¿No quieres casarte y tener una familia?

Miré el fuego y pensé en muchas cosas. En Sinclair, en mi padre... y en David. Y pensé en todo el mundo que había conocido y en las amplias regiones que esperaba conocer algún día. Y pensé en niños en Elvie, en mis hijos, criados en este lugar perfecto y haciendo las mismas cosas que Sinclair y yo habíamos hecho...

Finalmente dije:

—No sé lo que quiero. Ésa es la verdad.

—No esperaba que lo supieras. Y menos hoy, cuando ninguna de las dos se encuentra en condiciones de actuar sensatamente frente a nada; no es el mejor momento para discutirlo. Pero deberías pensar en ello, Jane. Sopesa los pros y los contras. Tenemos todo el tiempo del mundo para discutirlo.

Se rompió un tronco y cayó sobre las brasas ardientes del fuego. Me levanté para poner otro y, ya que estaba de pie, aproveché para coger la bandeja y llevarla a la cocina, pero cuando me detuve para abrir, haciendo malabarismos con la bandeja y el pomo de la puerta, mi abuela me habló nuevamente:

—Jane...

—¿Sí?

Todavía con la bandeja en las manos me volví para mirarla. Había dejado de tejer y se estaba quitando las gafas. Pude ver el azul de sus ojos, que resaltaban en la palidez del rostro. Nunca la había visto tan pálida. Nunca la había visto tan vieja.

—Jane... ¿recuerdas que el otro día estuvimos hablando sobre la amiga de Sinclair, Tessa Faraday?

Apreté las asas de la bandeja hasta que mis nudillos quedaron blancos. Sabía lo que vendría • después y rezaba para que no sucediera.

—Sí.

—Leí en el periódico que había muerto. Decía algo acerca de una sobredosis de barbitúricos. ¿Lo leíste?

—Sí.

—No me dijiste nada.

—No, ya lo sé.

—¿Tuvo... tuvo algo que ver con Sinclair?

Nuestras miradas se encontraron en el centro de la sala. Hubiese entregado mi alma en ese momento con tal de ser capaz de mentir convincentemente. Pero no era capaz, y mi abuela me conocía muy bien. No tenía ninguna esperanza de escabullirme.

Contesté:

—Sí. —Y añadí—: Estaba esperando un hijo de Sinclair.
Los ojos de mi abuela se llenaron de lágrimas; fue la única vez que la vi llorar.

Capítulo 11

David vino al día siguiente por la tarde. Mi abuela estaba escribiendo cartas, y yo había salido al jardín y estaba barriendo hojas, ya que alguna vez me habían dicho que la fatiga física era la mejor terapia contra la angustia. Había juntado un montoncito y me agaché para recogerlas y llevarlas a una carretilla cercana, cuando se abrieron los ventanales y apareció David, que venía a verme. Me endrecé para observarlo mientras se acercaba por el césped, y al verlo, alto, delgado y con el cabello alborotado por el viento, me pregunté cómo hubiéramos podido superar los últimos días sin él. Se había encargado de todo, lo había organizado todo, incluso había tenido tiempo de llamar a mi padre por teléfono para comunicarle personalmente la muerte de Sinclair. Y yo sabía que, pasara lo que pasara entre nosotros dos, nunca dejaría de estarle agradecida.

Dio el último paso y se plantó a mi lado.

—Jane, ¿qué vas a hacer con este montoncito de hojas?

—Voy a ponerlas en la carretilla —dije, y lo hice. Revolotearon y casi todas volvieron a caer fuera.

Dijo:

—Si consigues un par de leños, facilitarás bastante el proceso. Te traigo una carta...

La sacó del espacioso bolsillo y vi que era una carta de mi padre.

—¿De dónde la has sacado?

—La adjuntó a una que me envió a mí. Me pidió que te la entregara.

Nos alejamos de la carretilla y la escoba, cruzamos el jardín, saltamos la cerca, pasamos al campo y luego al viejo muelle donde nos instalamos, con cierto peligro, uno junto al otro sobre los tablones quebradizos. Abrí la carta y se la leí en voz alta a David.

Mi querida Jane:

Siento mucho la muerte de Sinclair y que hayas presenciado el accidente, pero estoy contento de que puedas acompañar a tu abuela en estos momentos, ya que sin duda eres el mejor consuelo posible.

Me siento culpable —y me he sentido así desde que te fuiste— por haberte dejado volver a Elvie sin haberte contado nada sobre tu tío Aylwyn. Pero de algún modo, por alguna causa u otra, y por tu partida tan repentina, nunca se presentó la oportunidad. Sin embargo, se lo mencioné a David Stewart y él me prometió cuidarte y ocuparse de la situación general...

Dije:

—Pero nunca me lo dijiste.

—No me correspondía.

—Pero lo sabías.

—Por supuesto que lo sabía.

—¿Y también sabías lo de Sinclair?
—Sabía que le había pedido una enorme cantidad de dinero a tu abuela.
—Y falta lo peor, David.
—¿Qué quieres decir con eso?
—Sinclair murió debiendo una suma de dinero impresionante.
—Temía que eso sucediera. ¿Cómo lo sabes?
—Porque me lo dijo. Me dijo muchas cosas.
Volví a la carta.

La razón por la que nunca quise que regresaras a Elvie no estaba relacionada con lo que había sido tu tío, sino con el hecho de saber en lo que se había convertido tu primo Sinclair. Tras la muerte de tu madre, tu abuela me sugirió que te quedaras con ella y, por supuesto, ésta hubiese sido una solución obvia. Pero estaba la cuestión de Sinclair. Sabía cuánto le querías y lo que signaba para ti, y estaba seguro de que si seguías viéndolo tan seguido, llegaría el día en que terminarías con el corazón roto o los sueños destrozados. Cualquiera de las dos situaciones iba a ser dolorosa para ti, por no decir desastrosa, y entonces te mantuve junto a mí y te traje a los Estados Unidos.

David me interrumpió.

—Me pregunto qué lo hacía estar tan seguro respecto a Sinclair.

Pensé en el libro, en *Animated Nature* de Goldsmith, y por un momento consideré la posibilidad de contarle a David toda la historia. Luego cambié de opinión. El libro ya no existía. Al día siguiente de la muerte de Sinclair, lo había sacado del armario, lo había llevado abajo, lo había tirado dentro de la caldera y había observado cómo se quemaba. Ahora ya no quedaba ninguna pista. Por lealtad a Sinclair, era mejor olvidar el tema.

—No lo sé... Supongo que el instinto. Siempre ha sido una persona muy perceptiva, e imposible de engañar.

Continué leyendo:

Ésa es la razón por la que dilataba la respuesta a las cartas de tu abuela sobre tu regreso a Elvie. Habría sido diferente si Sinclair se hubiese casado, pero sabía que no lo había hecho, y yo estaba lleno de temores.

Supongo que querrás quedarte en Elvie un poco más; los negocios aquí van bastante bien. Sam Carter me está dando mucho trabajo, de

manera que ahora no me puedo quejar por el dinero, e incluso puedo comprarte un pasaje de regreso a la soleada California cuando lo desees. Te echo mucho de menos, y lo mismo le sucede a Rusty. Mitzi, la perrita de lanas, es una pequeña compensación por tu ausencia, aunque Linda está segura de que cuando se dé el momento oportuno y la luna se encuentre en la posición adecuada, Mitzi y Rusty se enamorarán perdidamente y tendrán cachorros, pero creo que no debemos preocuparnos por esa unión.

Linda está muy bien, adora Reef Point y lo que ella llama la vida sencilla, y curiosamente ha empezado a pintar. No sé si mi instinto será bueno o no, pero tengo la sensación de que puede llegar a ser muy buena. Quién sabe, quizá hasta pueda llegar a mantenerme como realmente me gustaría. Es mucho más de lo que yo podría hacer por ti.

Con todo el amor, hija querida, de

tu padre.

Doblé la carta en silencio, volví a guardarla en el sobre y luego en el bolsillo del abrigo. Después de un rato dije, lentamente:

—Parece como si estuviera intentando persuadirla de que se case con él. O quizá ella está intentando persuadirlo de que se case con ella. No estoy segura de cuál de los dos lo está haciendo.

—Quizá están intentando persuadirse mutuamente. ¿Te gustaría?

—Sí, creo que sí. Entonces dejaría de sentirme responsable por él. Sería libre.

Esta última palabra me sonó frustrante y vacía. Hacía mucho frío en el muelle y de repente temblé. David pasó un brazo sobre mis hombros y me acercó hacia sí en el círculo cálido de su brazo, de modo que me amparé en su calidez y apoyé la cabeza sobre el fuerte hombro revestido de paño.

—En ese caso —dijo—, tal vez sea un buen momento para comenzar a pensar en casarte con un abogado rural medio ciego que te adoró desde el primer momento en que te vio.

Contesté:

—No necesitas insistir demasiado.

Me apretó con el brazo y sentí sus labios acariciar mi frente.

—¿No te importaría vivir en Escocia?

—No. Siempre y cuando consigas varios clientes en Nueva York y California, y quizá más allá, y prometas llevarme contigo cada vez que vayas a verlos.

—No sería muy difícil.

—Y también me gustaría tener un perro.

—Por supuesto que lo tendrás... no otro *Rusty*, obviamente, es único. Pero quizá

uno de la misma interesante raza y con la misma inteligencia y encanto.

Me volví y hundí el rostro en su pecho. Por un momento, creí que iba a llorar, pero eso era ridículo, la gente no llora cuando es feliz, sólo en los libros. Dije:

—Te quiero.

Y David me abrazó muy fuerte, y a pesar de todo lloré, pero no importó.

Permanecimos sentados allí, envueltos en el abrigo de David, haciendo planes irreales como casarnos en la Casa de la Misión de Reef Point o encargarle a Isabel Modes McKenzie que me hiciera el vestido de novia, e inevitablemente todo terminó en risas. Entonces dejamos de lado esos planes e hicimos otros; estábamos tan absortos que no nos dimos cuenta de que la luz desaparecía y el aire de la tarde estaba cada vez más helado. Finalmente mi abuela, que nos llamaba desde una ventana para avisarnos que el té estaba listo, nos hizo volver a la realidad. Nos pusimos de pie, acalambrados y helados, y regresamos a la casa.

El jardín estaba cubriéndose de oscuridad y se llenaba de sombras. No habíamos vuelto a hablar de Sinclair, pero de repente lo sentí en todos lados, no al hombre sino al niño que recordaba. Corría ligeramente sobre el césped, y desde las sombras de debajo de los árboles provenía el suave sonido de las hojas caídas. Me pregunté si Elvie se vería alguna vez libre de él y me entristecí ya que, pasara lo que pasara y viviera quien viviera aquí, no quería que se convirtiera en un lugar encantado.

David, que caminaba delante de mí, se había detenido para coger la escoba y la carretilla y guardarlas fuera de peligro, bajo el arce. Ahora me estaba esperando y podía ver esa figura que resaltaba contra las luces de la casa.

—¿Qué ocurre, Jane?

Le dije:

—Fantasmas.

—No hay ninguno —respondió.

Miré nuevamente y me di cuenta de que tenía razón. Sólo el cielo, el agua y el viento que movía las hojas. Ningún fantasma. Seguí caminando, me cogió la mano y juntos entramos en la casa para tomar el té.